

UN NUEVO CICLO REVOLUCIONARIO

El nuevo ciclo cuya apertura espera la historia, aquel al que el nombre de esta revista que nace hoy hace referencia, va más allá de los pequeños lapsos de una o dos décadas a través de los cuales la política mundial va mudando parcialmente su fisonomía. Es algo más amplio y profundo, y a la vez más concreto: un *nuevo ciclo revolucionario*, un *gran periodo* en el cual la lucha de clases toma la forma de disputa abierta entre dos modelos civilizatorios antagónicos. En un ciclo revolucionario se dirime la victoria o la derrota de clases enteras, y el conflicto entre la barbarie y la potencia de un orden social superior alcanza su máxima expresión. Cada uno de ellos contiene momentos propiamente revolucionarios y momentos de acumulación de fuerzas, fases defensivas y fases ofensivas, momentos donde jugar al desgaste y otros en los que solo cabe apostar por el ataque, según aquella secuencia que Lenin describiera como las épocas de «hablar francés» —el lenguaje del asalto al poder— y «hablar alemán» —los momentos de preparación paciente—. A su vez, el cierre de cada ciclo revolucionario participa de la formación de las bases —tanto en positivo como en negativo— para la emergencia del siguiente, según ese proceso descrito por Marx con un optimismo quizás excesivo:

Las revoluciones proletarias [...] se critican constantemente a sí mismas, se interrumpen continuamente en su propia marcha, vuelven sobre lo que parecía terminado, para comenzar de nuevo, se burlan concienzuda y cruelmente de

las indecisiones, de los lados flojos y de la mezquindad de sus primeros intentos, parece que solo derriban a su adversario para que este saque de la tierra nuevas fuerzas y vuelva a levantarse más gigantesco frente a ellas, retroceden constantemente aterradas ante la vaga enormidad de sus propios fines, hasta que se crea una situación que no permite volverse atrás y las circunstancias mismas gritan: *Hic Rhodus, hic salta!*¹

Hablamos, claro está, de grandes procesos objetivos, que no emanan de la mera voluntad de los individuos. La revolución es un proceso histórico-material al que la voluntad y la acción subjetiva son internas y no una fuente de dinamismo externo —cuyo origen sería, en última instancia, teológico—. Pero esto convierte no solo el conocimiento del presente, sino también el examen del pasado,² en un elemento constitutivo de las proyecciones estratégicas del futuro.

El desinterés por el pasado es comparable a una solicitud voluntaria para enfermar de alzhéimer. Nos obligaría a reinventar todo desde cero, sin asideros, cada mañana. Basta comparar eso con la precisión casi obsesiva con la cual revolucionarios como Lenin conocían los eventos de las revoluciones pasadas, la historia viva de su clase: las luchas y las maniobras, las victorias y los reveses, los avances y retrocesos; el fragoroso tapiz del conflicto clasista abierto. Este conocimiento no es un registrar pasivo de datos, sino un ejercicio crítico. Aprender de las revoluciones pasadas es saber señalar sus aciertos tanto

1. MARX, K. (2003), *El 18 de Brumario de Luis Bonaparte*, Fundación Federico Engels, Madrid, p. 103.

2. Para una exposición sintética de los ciclos revolucionarios pasados ver EHKS (2023), «Nueva Estrategia Socialista: Bases Estratégicas para la recomposición Internacional del Comunismo», *Gedar*, pp. 3-4.

como sus errores e insuficiencias, la conciencia de en qué momento abrieron un camino y en qué momento se internaron en un callejón sin salida, la capacidad para saber escindir el acierto del fracaso y quebrar el nexo que ata lo promisorio a lo inviable, el progreso y la regresión. Requiere, por ello, un combate constante contra la mitología y los dogmas a cuyo calor quizás nos hayamos educado; la capacidad de mirar atrás con la frialdad y la pasión del socialista científico, tan alejada de la estrechez de miras del mitómano y la ceguera del fanático.

Los comunistas aún tenemos pendiente rendir cuentas no solo con el último ciclo revolucionario, sino con toda la historia de la lucha del proletariado. De que extraigamos las lecciones apropiadas dependerá, en gran parte, nuestro futuro. A la hora de afrontar esta tarea debemos, sin embargo, vacunarnos ante dos errores peculiares. El primero es el adanismo, tan atractivo en esta época de certezas frágiles y desmemoria generalizada. Consiste en disfrazar de crítica lo que no es sino rechazo ciego, transformándola en un bulldozer que arrollaría el pasado con la pretensión de hacer borrón y cuenta nueva. En rigor, esto vuelve a llevarnos a la casilla de salida: nada habría que aprender de la historia, salvo quizás en negativo. Si bien esta actitud adquiere una plausibilidad superficial por la suma de la debilidad actual del comunismo y la fragilidad de la conciencia histórica que caracteriza a esta era ferozmente consumida por el presente, constituye una vía muerta. El motivo es simple: se trata de una *mala* crítica del pasado, en la medida en que resulta abstracta. Prueba de ello es que quienes participan de ella, eternos reinventores de la rueda, a menudo no hacen más que reproducir... algunas de las peores apuestas

del pasado.³ Es justo desconfiar, por tanto, de quien no pretende dejar una rueda sin reinventar ni un fuego sin redescubrir: con toda seguridad estará poniendo envoltorios nuevos a viejos errores. Puede que nuestra poesía haya de venir en gran medida del porvenir, como afirmara Marx a comienzos de los años 40, pero nuestra *prosa* ha de incorporar inevitablemente nuestro pasado.

El segundo error es el reverso del primero. Allí donde uno no ve más que un único e interminable error, el segundo ve un acierto rotundo y casi total. Lo que el primero ve como la falsedad absoluta el segundo lo ve como la verdad completa. Si el primero ve la historia del comunismo como un fracaso integral de la que solo Marx podría salvarse —según la absurda narrativa, relativamente popular en círculos académicos, según la cual entre Marx y el marxismo existe una brecha insalvable⁴—, el segundo ve una dinámica de progreso puro a la que bastaría con conectarse.

En este sentido, es imprescindible no olvidar que el destino del socialismo durante el siglo XX —cuando fracasó a la hora de alcanzar sus objetivos— nos indica que no hay una ola de progreso ascendente a la que subirse, ni una tradición inmaculada que bastaría con reproducir: toda forma de lidiar con el pasado debe incorporar la complejidad de la cita de Marx anteriormente reproducida; siendo capaz de criticarse a sí misma con la mayor de las fierezas. No cabe, por tanto, enredarse en hagiografías y mitos, que no son más que un medio para condenarse a la ceguera. Pero tampoco necesitamos

3. Tal y como se argumenta acertadamente en PARKINSON, D. (2020), «Without A Party, We Have Nothing», *Cosmonaut Magazine*.

4. Memorablemente satirizada por Lars Lih en LIH, L. (2003), «A Review of Karl Marx's Critique of the Gotha Programme», *Platypus Review*, vol. 157.

inventarlo todo desde cero. La cuestión es simplemente que no podemos tomar nada como válido *a priori*, ni forzarnos a comprar packs completos: cada elemento a analizar debe evaluarse en base a su propia consistencia. Una de las magras ventajas del presente es que nos ofrece mayor perspectiva, y hace ineludible examinar la historia del llamado «socialismo real» desde la óptica de su desintegración. A su vez, debemos ser capaces de ver los errores y aciertos del pasado como parte del gran proceso histórico de transformación del capitalismo en comunismo, que bien puede dar lugar —como sucedió en el tránsito desde el feudalismo al capitalismo— a callejones sin salida puntuales sin que ello impugne o detenga el proceso en su conjunto. No hay necesidad de endulzar el pasado para entender que, desde la perspectiva de este proceso, lo que la conciencia burguesa ve como una derrota definitiva del proyecto socialista no es más que un repliegue pasajero.

Lo anterior debe enmarcarse en un proyecto de recuperación de la racionalidad del marxismo, largamente tergiversada por desviaciones de toda naturaleza.⁵ Ella es la que da cuerpo y sentido al armazón estratégico básico que puede sintetizarse en la unidad de cuatro tesis:

1. La emancipación del proletariado es la emancipación de la humanidad
2. La emancipación del proletariado solo puede ser obra del proletariado mismo
3. Solo en el socialismo puede hacerse efectiva esta emancipación.

5. Véase VOLODIA (2025), «Prólogo» en MARX, K. Y ENGELS, F., *Manifiesto del Partido Comunista*, Ediciones Extáticas, Madrid, pp. 3-21; AGUIRIANO, M. (2025), «¡Viva la Comuna! Sobre marxismo y Estado», en *MarxXXI 4: El derecho a la revolución*, MarxXXI, pp. 177-287.

4. Lo anterior requiere de la constitución del proletariado en partido, capaz de conquistar el poder político, abriendo con ello la puerta a socialización plena de la producción.

Si la acusación de revisionismo sigue teniendo sentido es simplemente porque el marxismo, como unidad de teoría y práctica, preserva su validez. Demostrar lo anterior mediante la argumentación y la polémica será uno de los objetivos centrales de la revista que tenéis entre manos. Esto forma parte del proyecto de reconstruir y desarrollar permanentemente esa independencia ideológica sin la cual la independencia política acaba revelándose como una entelequia. Frente, sin embargo, a las concepciones etapistas que confían en resolver hasta el último de los misterios del universo antes de lanzarse a la práctica, hay que insistir en la necesidad del despliegue simultáneo de ambos procesos: un esqueleto ideológico como el que fuera esbozado en el *Manifiesto Comunista* ya provee la base para los primeros pasos de un proyecto político independiente, y ambos aspectos avanzan desde ese punto en unidad dinámica. La redacción de *El Capital* y la creación de la Primera Internacional son dos expresiones de un mismo proceso.

A la hora de analizar las limitaciones del ciclo revolucionario del siglo XX debemos tomar como punto de partida la crítica de la economía política real —de la unidad entre el grado de desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción— que dotó al proceso de sus bases materiales. Aquí es donde resulta pertinente vincular el fracaso del ciclo revolucionario del pasado siglo al insuficiente desarrollo

de las fuerzas productivas.⁶ Pero esta hipótesis de fondo debe complementarse con análisis propiamente políticos para conseguir una imagen total que resulte realmente elocuente en términos estratégicos. En Marx y Engels, el hecho de que los errores de un determinado proyecto emanaran de limitaciones objetivas no eximía el absoluto la necesidad de someterlo a la crítica más rigurosa —tenemos como prueba su tratamiento de los jacobinos, del socialismo utópico, etc—. El motivo es simple: sin este último punto, podríamos seguir repitiendo en el presente los errores del pasado, que no son menos erróneos por verse históricamente limitados. En otras palabras: sería contrario a toda dialéctica imaginar que las limitaciones objetivas del pasado no dieron lugar a deformaciones subjetivas; y la adhesión a estas deformaciones puede impedir desplegar una praxis adecuada a un contexto objetivo diferente, tanto ayer como hoy. De ahí que el paso de lo abstracto a lo concreto requiera también dar cuenta de cómo y por qué el modelo de partidos y estados burocráticos y «vías nacionales al socialismo» demostró su bancarrota estratégica, alterando por el camino el sentido de los conceptos centrales del marxismo —partido, dictadura del proletariado, socialismo—. Que el «socialismo en un solo país» es un callejón sin salida es posiblemente la más elemental de las lecciones del pasado siglo. Lo que complejiza lo anterior, sin embargo, es que también las corrientes minoritarias críticas con el «comunismo oficial»

6. Véase EHKS, «Nueva estrategia...», p. 4; MESZÁROS, I. (2001), *Más allá del capital. Hacia una teoría de la transición*, Pasado y Presente XXI, Caracas; NIKOLAUS, M. (1971), «El Marx desconocido», en MARX, K. *Elementos Fundamentales de la Crítica de la Economía Política (Borrador)*, Editorial Siglo XXI, México; MARTENS, F. (1993), «Afina! Kautsky tinha razão?», *marxists.org*.

—trotskismo, bordiguismo, consejismo, etc.— demostraron su impotencia, a menudo enredadas en sus mismos dogmas⁷ o en otros de nueva invención.⁸

Esperamos que las contribuciones particulares de esta revista puedan, en este sentido, aportar el proceso necesariamente *colectivo* de actualización del marxismo revolucionario, no en el sentido de la «adición» arbitraria de falsas novedades y ocurrencias, sino de la capacidad de discernir, bajo las muchas distorsiones y callejones sin salida, sus elementos esenciales y plasmarlos de una forma adecuada a nuestro contexto presente. Esto no es otra cosa que la recuperación del marxismo como genuina *guía para la acción* —siguiendo, por qué no, la convicción de Chesterton según la cual la ortodoxia, lejos de ser plúmbea y dogmática, es la mayor de las aventuras—. ⁹

LA ENCRUCIJADA

En sus momentos más optimistas, el marxismo había imaginado que el desarrollo del capitalismo sería inevitablemente acompañado por el fortalecimiento constante del proletariado. Más que un argumento teórico como tal, esto era un

7. Véase, a modo de ejemplo, GAIDO, D. (2022), *Hacia una historia de las corrientes trotskistas después de Trotski*, Docta Ignorancia, Santiago de Chile.

8. Ver MIASNI, G. (2024), «Acerca del esquematismo: un aporte al debate con nuestros críticos», en *MarxXXI 3: Independencia Política, Contracultura*, Madrid, pp. 163-85.

9. CHESTERTON, G.K. (1998), *Ortodoxia*, Editorial Porrúa, pp. 58-9. Por supuesto, Chesterton se refería, reaccionariamente, a la ortodoxia cristiana. Considero, sin embargo, que su argumento es formalmente válido y sirve como conveniente vacuna contra la celebración pueril de la heterodoxia, vaga cobertura para el eclecticismo.

añadido voluntarista que coloreaba las proposiciones estrictamente científicas. Cada paso del capitalismo daría nuevo vigor a su sepulturero, dentro de un modelo lineal en el cual un proletariado cada vez más unificado, mayoritario y consciente confrontaría a un capitalismo crecientemente decrepito, renqueante y frágil. Cabe decir que durante muchas décadas del siglo XIX y comienzos del XX esta perspectiva parecía más que factible: se estaba, de hecho, desarrollando a ojos de todos.

Sin embargo, la historia del siglo XX ha falseado trágicamente la ingenua linealidad de esta narrativa. Fueron legión quienes respondieron a esto tirando el niño del socialismo científico con el agua sucia de las extrapolaciones esperanzadas. Cualquier desgarró en el guion de este cuento inocente parecía servir para despedirse de una vez por todas del marxismo. Se le atribuyeron tesis, como la tendencia hacia la inmisericordia absoluta, que le eran ajenas, y a pesar de ello el falseamiento de las primeras era esgrimido para justificar el abandono del segundo. Y lo que es aún peor: los añadidos del sentido común optimista fueron reemplazados por otras esperanzas o desconsuelos igualmente de andar por casa, con el debilitante añadido de que estas últimas ya no guardaban relación alguna con un cuerpo científico, sino que se sostenían sobre diferentes mistificaciones de la teoría burguesa. El «Estado social» de posguerra fue declarado permanente apenas un lustro antes de que comenzara a ser desmantelado, etc.¹⁰

10. Véase la crítica de Paul Mattick al análisis «frankfurtiano» del capitalismo en MATTICK, P. (1972), *One Dimensional Man in Class Society*, marxists.org.

En rigor, no hay nada en el corpus estrictamente científico del marxismo del que se deduzca la inevitabilidad de este progreso lineal. Tampoco hay nada en él que identifique la crisis final del capitalismo con la confrontación entre unas masas empujadas a la más inhumana miseria y una oligarquía ínfima.¹¹ La fijación con esta clase de cuestiones ha llevado a los antimarxistas, conversos o no, a cegarse ante la muy real expresión de las tendencias analizadas por Marx. A nivel global, la segunda mitad del siglo XX vino acompañada de un proceso de proletarización masivo. Por primera vez en la historia, la población urbana superó a la población rural.¹² La tendencia hacia la desaparición de las masas campesinas y su conversión en proletarios es más patente que nunca. A lo anterior debe añadirse los procesos de proletarización —en calidad de expansión y profundización de la condición proletaria— que han ido socavando a las clases medias del Norte Global. El proletariado es hoy, de largo, la clase mayoritaria en el planeta. A nivel del conjunto, la clase trabajadora nunca ha poseído las capacidades científicas y productivas que atesora en el presente.¹³

No obstante, esta unidad de fondo se realiza hoy a través de una más que notable fragmentación. Esta fragmentación no se da únicamente entre un Norte Global cuya posición imperialista aún lega mayores masas de plusvalías a repartir y

11. Ver NIKOLAUS, M., «El Marx...».

12. Ver HOBBSBAWM, E. (2011), *Historia del siglo XX*, Crítica, Barcelona.

13. Ver CHARNOCK, G. Y STAROSTA, G. (2016), *The New International Division of Labor. Global Transformation and Uneven Development*, Palgrave Macmillan, Londres.

las masas oprimidas del Sur. Es una tendencia internacional que es a su vez interna a cada Estado e incluso a los diferentes sectores económicos.

Allí donde la proletarianización viene acompañada por la desindustrialización, entendida como pérdida del peso total de la industria sobre el conjunto de la economía y no como su desmantelamiento completo,¹⁴ su dimensión homogeneizadora —centrípetas, si se quiere— es complementada por un aumento del peso de sus dimensiones centrífugas. Este es, por supuesto, solamente un factor, al que hay que añadir la segmentación de los propios procesos productivos como resultado de la nueva división internacional del trabajo y un largo etcétera, derivado en última instancia de un declive capitalista que comienza históricamente en sus países centrales para pasar a extenderse por todo el globo. En lugar de un contexto marcado por un proletariado industrial en ascenso, crecientemente cohesionado, lo que gana posiciones en casi

14. A modo de dato orientativo: en 1950, la industria representaba entre un 40 y un 45% del PIB global. En 2023 la cifra había descendido a un 26%. Se estima también que en 1950 incorporaba en torno a un 40% de la fuerza laboral —cifra que hoy, según datos de la OIT, ha bajado hasta el 23%—. Otro dato relevante: en 1950, entre el 35 y el 40% de los trabajadores industriales estadounidenses trabajaban en grandes fábricas (más de 250 trabajadores): hoy la cifra oscila entre el 10 y el 12%. A esto hay que añadirle que en 1950 los trabajadores industriales representaban el 33% de la fuerza laboral en EE. UU., cifra que hoy desciende hasta el 8%. En el caso español, se ha pasado de un 25-30% de la fuerza laboral empleada en la industria, con a su vez un 30-35% de los mismos encuadrados en grandes fábricas, a un 13-14% actual, del que solo el 13-15% trabajaría en empresas de más de 250 trabajadores. Para abordar adecuadamente este fenómeno, véase MORAITIS, A. (2022), «From the post-industrial prophecy to the de-industrial nightmare: Stagnation, the manufacturing fetish and the limits of capitalist wealth», *Competition&Change*, vol. 26, n.º 5, pp. 513-32.

todo el planeta —con la parcial excepción del sudeste asiático, que ya comienza a experimentar las consecuencias de la desindustrialización— es un proletariado de servicios marcado por la precariedad y la fragmentación, así como el aumento espectacular de unas «poblaciones sobrantes» cuya relación con el trabajo asalariado es frágil y asistemática. Las ciudades miseria brillantemente diseccionadas por Mike Davis poco tienen que ver con las grandes urbes industriales del capitalismo ascendente;¹⁵ los *slums* indios y las favelas brasileñas acogen a una población cuyo vínculo con el empleo es diferente, por ejemplo, a la de aquella que habitara los grandes suburbios chabolistas de la España de los 50 y 60. Todo lo anterior, dicho sea de paso, es un subproducto del funcionamiento de lo que Marx llamaría «Ley general de la acumulación capitalista».

La corriente de la «comunización» (*Théorie Communiste*, Endnotes, Jasper Barnes, Joshua Clover, etc.), exponente de una suerte de bakuninismo tardío, tiene el mérito de haberse tomado en serio estas tendencias. Tienden, empero, a absolutizarlas, poniendo un énfasis unilateral en la discontinuidad que lleva a cegarse frente a las formas de continuidad —dejando de lado el hecho de que extraen de todo lo anterior conclusiones políticas tan dudosas como ilegítimas—. Clover, por ejemplo, establece un vínculo entre las formas de composición de clase y los medios de protesta, según el cual la huelga, medio de lucha por antonomasia de un proletariado industrial fuerte y cohesionado, tiende a ser sustituido por el disturbio como herramienta de las masas atomizadas y pauperizadas.¹⁶ Es una tesis sugerente que, sin embargo, no da cuenta ade-

15. Véase DAVIS, M. (2006), *Planeta de Ciudades Miseria*, Akal, Madrid.

16. Véase CLOVER, J. (2025), *Disturbio. Huelga. Disturbio. La nueva era de los levantamientos*, Traficantes de Sueños, Madrid.

cuadramente de cómo los disturbios generados por el asesinato policial de George Floyd coincidieron en el tiempo con una reactivación del movimiento huelguístico en EE. UU., ni tampoco de las huelgas generales en Francia o Grecia, la oleada de huelgas en Reino Unido en 2023, etc. En lugar de obsesionarnos con la novedad absoluta, debemos prepararnos para un futuro inmediato caracterizado por las formas de acción de masas híbridas y discontinuas, donde el fragor del disturbio sea acompañado por la solidez de la huelga, los estallidos de furia tengan su reverso en grandes movilizaciones, etc., sin que todo ello sea enmarcado de forma inmediata como la *praxis* de un actor unificado —a la vez que contribuye a alimentar las condiciones para una unificación que tiene, sin embargo, una dimensión *política* insoslayable, y no cabe pensarse como mera adición de luchas callejeras, huelgas, etc. Este es el correlato «movilizadorio», si se quiere, de la complejidad real de la composición de clase a la que nos enfrentamos, que no puede reducirse —ni siquiera en Occidente— a relatos falsos sobre la «desaparición del proletariado industrial», y mucho menos a una mitológica extinción del proletariado —hoy, en rigor, más numeroso que nunca—, pero que tampoco responde a las formas que tomara en los grandes procesos de industrialización de finales del XIX o la etapa «fordista».¹⁷

Cabe recordar, en cualquier caso, que el fordismo es más una excepción que una regla a nivel histórico, y que el proceso de constitución política del proletariado durante el siglo XIX también transcurrió en coordenadas marcadas por una fragmentación que, aunque por momentos haya podido atenuarse, siempre será parte constitutiva de la condición

17. Utilizo el término por pura cuestión de economía lingüística; sobre sus debilidades, véase CLARKE, S., «What in the F** Name is Fordism?».

proletaria en el ámbito estrictamente económico. Su unificación subjetiva no requiere de una homogeneidad *económica* absoluta, sino de grandes procesos de organización política, económica y cultural capaces de abarcar sus siempre variados modos de existencia.¹⁸ Por otro lado, frente a las fantasías que quieren ver en el pasado una ola de movilización clasista espontánea a la que los socialistas solo tuvieron que conectarse, cabe insistir en que la intervención consciente de los sectores más políticamente avanzados fue *en todo momento* un elemento decisivo en la constitución del proletariado como clase.

Théorie Communiste, por su parte, se propone explicar el presente a través de la tesis de la creciente desconexión entre la reproducción del capital y la reproducción del proletariado.¹⁹ Según esta narrativa, la ecuación entre proletariado, trabajo asalariado y salarización directa tiende a romperse, socavando el papel regulador de la relación salarial en la reproducción social y quebrando con ello la fuerza homogeneizadora de la proletarianización. En su teoría, hablamos de una «desconexión dual»: primero, la ruptura del vínculo entre producción de valor y reproducción del proletariado; segundo, la quiebra de la relación entre salario directo y consumo. El acceso al crédito y las subvenciones estatales o el asistencialismo privado ganan terreno allí donde el salario directo retrocede. La unidad global del valor contrastaría con un proletariado geográficamente fragmentado. El resultado es que toda la unidad que le queda al proletariado es una «unidad en la segmentación». Pero lo anterior entrelaza errores categoriales y empíricos, absorbiendo tendencias reales bajo una teorización errónea. En

18. Véase DAVIS, M. (2017), *Old Gods, New Enigmas: Marx's Lost Theory*, Verso, Londres.

19. Véase THÉORIE COMMUNISTE (2011), «Our Present Moment», *Libcom*.

primer lugar, la producción de valor no deja de estar vinculada a la reproducción del proletariado por el hecho de que un porcentaje cada vez mayor de este quede excluido de la misma, pues el salario no es más que el porcentaje del valor total producido que sirve para la reproducción de una clase proletaria que engloba al conjunto de los desposeídos, y no solo a los asalariados. Además, con independencia de sus retrocesos relativos —hiperbolizados por TC—, el salario directo sigue jugando un papel central en la reproducción del proletariado mundial. En segundo lugar, los procesos de producción de valor siempre toman formas diferenciadas tanto a nivel local como internacional, a las cuales las formas de reproducción de la clase trabajadora van adecuándose inevitablemente —de ahí que no haya nada de insólito en la fragmentación geográfica del proletariado—. En tercer lugar, las políticas asistenciales son solo una forma de distribución del salario entre la clase trabajadora, no una fuente de ingresos externa,²⁰ y el acceso proletario al crédito es, a nivel global, un fenómeno acotado y menor. *Théorie Communiste* no solo extrapola al nivel mundial una realidad mayormente occidental, sino que se ciega a que incluso en Occidente la mayoría del crédito cae en manos de la clase media, no del proletariado.²¹

Por otro lado, un aspecto decisivo y escasamente abordado por esta corriente es la capacidad de integración desarrollada por los Estados capitalistas durante el pasado siglo, incluida la incorporación de las burocracias sindicales en el aparato de

20. Véase SHAIKH, A. (2003), «Who Pays for the “Welfare” in the Welfare State? A Multicountry Study», *Social Research*, vol. 70, n.º 2, pp. 531-50.

21. Véase ASTARIAN, B. (2020), «Ou va Théorie Communiste?» *Hic Salta-Communisation*.

gestión burgués.²² En este punto conviene rescatar los análisis del joven Bujarin sobre cómo tanto la propia posición imperialista como cualquier ascenso en la jerarquía global permiten *al Estado capitalista* ganarse la lealtad de sectores crecientes de la clase trabajadora;²³ análisis que tiene la ventaja de poder recoger la persistencia del «lealismo» proletario en países del llamado Tercer Mundo. Al mismo tiempo, otorgar centralidad a la cuestión del imperialismo es fundamental para dar cuenta de tres fenómenos de especial relevancia. El primero es la generación de unas amplias clases medias nacionales en los países del centro imperialista, sostén de la estabilidad del sistema en su mismo núcleo y hoy sometidas a un proceso desigual y combinado de desintegración. El segundo y el tercero son el aumento de los ciclos migratorios y el papel de la racialización —y el *racismo* que le acompaña inevitablemente— como medio de estratificación de la fuerza de trabajo, lo que sumado al primer fenómeno configura un futuro donde, al menos en Occidente, el proletariado *migrante* tendrá un peso cada vez mayor dentro del proletariado en su conjunto.

A su vez, es precisamente el declive —que también cabe llamar *crisis histórica*— del modo de producción capitalista, especialmente notorio en su centro occidental, lo que determina la erosión de la capacidad integradora de los Estados-nación y la necesidad, desde la perspectiva burguesa, de adoptar tanto una política de ofensiva contra los derechos políticos y económicos de la mayoría social como medidas cada vez más crudas de competición geopolítica, generando el escenario de lucha

22. Véase MAIELLO, M. Y ALBAMONTE, E. (2017), *Estrategia socialista y arte militar*, Ediciones IPS, Buenos Aires.

23. BUJARIN, N. (1971), *El imperialismo y la economía mundial*, Cuadernos de Pasado y Presente, Córdoba.

de clases agudizada que marcará nuestro futuro. Es esta dinámica de declive la que marca las tendencias objetivas sobre la que se sostendrá el próximo ciclo revolucionario. Al fin y al cabo, a nivel histórico general el triunfo de la revolución proletaria es la culminación del agotamiento del capitalismo como modo de producción, encarnando la necesidad del tránsito hacia un orden civilizatorio superior.

En lo que sigue, empero, quiero detenerme en los efectos *políticos* del debilitamiento de la clase obrera como agente histórico unificado, que ayudan a entender el complejo punto de partida desde el que habrá de desplegarse la respuesta a esta fase de la lucha de clases. El ciclo revolucionario del pasado siglo tuvo un devenir trágico, cuyo resultado es el repliegue histórico de la revolución socialista: transitorio, sin duda, pero abrumadoramente real. Lo anterior genera, por un lado, una tendencia a la eliminación progresiva de las concesiones que la burguesía hubo de entregar para contener al movimiento obrero revolucionario. Por otro, da lugar una situación paradójica, comparable a una encrucijada: toda revuelta, revolución y movimiento de masas se mueve bajo la hegemonía de las clases medias *en el momento en que las propias revoluciones burguesas ya han adquirido un carácter anacrónico*.

La cuestión de la obsolescencia de las revoluciones burguesas requiere hilar fino. El propio concepto siempre fue equívoco, hasta el punto de que ha llevado a numerosos autores (David Blackbour, Geof Eley, Ellen Meiksins Wood, Neil Davidson, etc.) a rechazarlo. No obstante, considero que esto es un error. El concepto de revolución burguesa es apropiado debido a dos hechos: 1) Las revoluciones que se realicen en base a un insuficiente desarrollo del proletariado preservarán

inevitablemente una base económica capitalista, lo que tenderá a traducirse, *ceteris paribus*, en el dominio político de la burguesía; 2) para gobernar la burguesía necesita efectivamente destruir la forma feudal del Estado —tanto los mecanismos estructurales que atan al Estado a los privilegios de la aristocracia y el clero como la legislación feudal en un sentido más amplio (algo que puede tomar la forma de una «revolución pasiva» capitaneada desde arriba)— e instaurar una nueva, adecuada a sus intereses de clase.

Es importante subrayar que los dos puntos anteriores guardan una relación compleja, como ha venido demostrándose desde la Revolución Francesa. La variable que trastoca todo es el desarrollo del proletariado. Cuanto mayor sea este, más moderará la burguesía sus ínfulas revolucionarias, hasta el punto de acabar abandonándolas del todo y reconciliarse con unos viejos regímenes que habrán, a su vez, de aceptar la necesidad de la reforma —convirtiéndose en Estados burgueses por medio de una «revolución desde arriba»—. Al mismo tiempo, el creciente desarrollo *internacional* del proletariado permitía imaginar un escenario en el cual los trabajadores encabezaran revoluciones democrático-burguesas en países atrasados, entregando el poder no a la burguesía sino a la alianza entre trabajadores y campesinos, y al engarzarse con revoluciones estrictamente proletarias en los países más desarrollados pudieran avanzar ininterrumpidamente hacia el socialismo. Este era, como se sabe, el escenario bolchevique. Pero esa es otra cuestión.²⁴

24. He escrito sobre esto en AGUIRIANO, M. (2024), «El escenario de la hegemonía», *Arteka*#56. *Lenin 1924-2024*, pp. 30-9.

A día de hoy, las revoluciones burguesas están históricamente obsoletas en al menos tres sentidos: 1) La burguesía ha dejado de ser una clase revolucionaria *a nivel mundial*, y es de hecho una clase en declive y crecientemente parasitaria; 2) el modo de producción capitalista ha conquistado efectivamente el globo, reduciendo inmensamente la producción campesina de subsistencia; 3) con la importante excepción de Palestina y algunas naciones de escaso tamaño, no siguen existiendo estructuras políticas coloniales en sentido clásico, ni tampoco Estados precapitalistas. La paradoja, sin embargo, es que, a pesar de lo anterior, el grado de fragmentación y desorganización global del proletariado hace que *todos los grandes movimientos de protesta tomen hoy un carácter democrático-burgués*. Este es el trasfondo no teorizado de la narración de *Si ardemos*, la apasionante crónica del último ciclo de protestas global escrita por Vincent Bevins.²⁵ Es lo que dota a estas protestas de una contradictoriedad que deriva en su general impotencia. Las «primaveras árabes» son un caso paradigmático. El pueblo egipcio derribó a un Mubarak a través del cual la burguesía nacional se había acostumbrado a gobernar. Pero ni existía un proletariado suficientemente organizado como para tomar las riendas del país ni un fuerte bloque entre una burguesía y la pequeña burguesía liberales. Así, la única fuerza capaz de asumir el gobierno era una fuerza pequeñoburguesa y reaccionaria, los Hermanos Musulmanes, que resultaba un medio dudoso para el gobierno de la burguesía nacional y sus amos imperialistas. De modo que los Hermanos Musulmanes fueron expulsados del gobierno por medio de un golpe militar que reinstauró un régimen bonapartista estructuralmente análogo

25. BEVINS, V. (2025), *Si ardemos. La década de las protestas masivas y la revolución que no fue*, Capitán Swing, Madrid.

al que había imperado antes de la revolución, con la burguesía gobernando por medio de un dictador apoyado en el Ejército y el aparato estatal.

La complejidad de fondo es que todo lo anterior responde a determinaciones sociales objetivas, no a la falta de pericia o arrojo de los revolucionarios egipcios. La lección es que la hegemonía mundial de la burguesía no acaba *per se* con las revoluciones burguesas: solamente socava sus probabilidades de éxito incluso *en sus propios términos*. El resultado es que las «revoluciones burguesas» tardías son estructuralmente incapaces de cristalizar en un orden social y político realmente diferente y progresivo, como sí sucediera en la Inglaterra del XVII, la Francia del XVIII o numerosos países durante los siglos XIX y XX, pues conducen inevitablemente al gobierno de una clase ya hegemónica y en decadencia.²⁶

Por recapitular: la debilidad del proletariado determina que todo movimiento de protesta caiga bajo el liderazgo de la pequeña burguesía. Pero la pequeña burguesía es una clase que carece de una alternativa civilizatoria propia. Una lucha encabezada por ella no puede ser socialista, pues se trata de una clase atada a la propiedad. Tampoco puede por sí misma, por el mismo motivo, ser consistentemente *democrática*, en la medida en que siempre deseará preservar un aparato que pueda proteger su propiedad y los privilegios que esta trae consigo de la voluntad de los desposeídos. De modo que en ausencia

26. El motivo es estructuralmente análogo al que explica por qué las invasiones de los imperios ascendentes son capaces de establecer formas de gobierno funcionales —a pesar de su brutalidad infinita—, como sucediera durante el siglo XIX, mientras que las intervenciones militares del imperialismo decadente solo generan caos y desgobierno —Libia, Siria, Irak, Afganistán, etc.—.

de una clase trabajadora poderosa que pueda guiar a amplios sectores de esta, la clase media se mueve inevitablemente bajo la hegemonía de una burguesía que no solo es ya es la clase políticamente dominante en sus países, sino que afronta profundos desafíos derivados del declive general de la acumulación. Lo que se traduce, muy simplemente, en que no está dispuesta a conceder un «cambio de régimen» en clave burguesa y progresista —como el que pudo suponer el paso de las viejas monarquías a las repúblicas liberales— que constituye, en esta era de capitalismo declinante, una suerte de entelequia histórica. Esta ha sido la contradicción que ha socavado internamente el populismo de izquierda. De ahí que las energías políticas liberadas por el 15-M hayan acabado bajo el brazo del PSOE como ala izquierda de la burguesía española. De ahí también que las «revoluciones bolivarianas» se hayan desvanecido o hayan degenerado en formas cesaristas, o el hecho de que el «proceso constituyente» chileno haya acabado tan cerca de la casilla de salida. De ahí el fracaso general de las primaveras árabes y, en última instancia, de todo el ciclo de protestas populares emergido tras la crisis de 2008.

Por contra, el «populismo de derechas» confronta perspectivas más halagüeñas, por el simple motivo de que sus políticas se alinean mejor con los intereses de la única clase hoy inmediatamente capacitada para gobernar: la burguesía. El llamado «populismo de derechas» —encarnación contemporánea de la corriente histórica que en su día representó el fascismo clásico, esto es, del ala *más reaccionaria* del bloque político capitalista— busca una salida autoritaria y chovinista a una encrucijada de estancamiento económico, polarización de clases y resquebrajamiento progresivo de los regímenes liberales. Aspira, con ello, a instaurar un nuevo contrato social

con la burguesía en términos intensamente despóticos, nacionalistas y antiproletarios. Lo cierto es que, en este punto, cada vez más sectores de la burguesía parecen dispuestos a desmantelar la «democracia burguesa» tal y como la conocemos hoy, donde el poder de la burguesía se ve acompañado de ciertos derechos políticos y económicos, que hubieron de construir en respuesta a la amenaza proletaria del siglo XX, y que en rigor llevan décadas socavando. Esto es parte del terrorífico rostro del futuro. Pero el proyecto mismo no escapa a las limitaciones generales impuestas por un capitalismo en declive: incluso recurriendo al proteccionismo, arrasando con el Estado social y desposeyendo al proletariado de cualquier derecho político sustantivo las posibilidades de relanzar procesos nacionales de acumulación que recompongan a las clases medias en clave autoritaria son nimias.²⁷ De ahí, dicho sea de paso, el peculiar «nihilismo» de proyectos como el de Trump, cuya incapacidad para cristalizar en una visión coherente de la sociedad a la que aspiran —por terrorífica que sea— emana de sus limitaciones objetivas. Todo lo anterior, empero, tiene una consecuencia tan inquietante como difícilmente escapable: el más inmediato beneficiario político de una nueva depresión global al estilo de la de 2008 sería la extrema derecha.²⁸

27. MERCHANT, J. (2025), *Colapso*, Ediciones Extáticas, Madrid.

28. Lanzo aquí una hipótesis que, si bien no acaba de convencerme del todo, no dejo de encontrar sugerente: el cierre definitivo del ciclo revolucionario del pasado siglo llegaría con el ocaso de esa *forma de gobierno* que la burguesía hubo de conceder para amortiguar su empuje: el *liberalismo bienestarista* que comienza a fraguarse tras la masacre de la Comuna de París y la fundación de la Segunda Internacional, cristaliza brevemente ante la amenaza de la revolución rusa y se consolida tras la derrota del nazismo, con los proverbiales tanques soviéticos en el Elba y el peso decisivo de la clase obrera en la lucha contra Hitler, Mussolini y sus muchos acólitos.

La razón última de todo lo anterior es la debilidad del proletariado global, que complementa por el momento su creciente expansión. Muy sencillamente, la obsolescencia de las revoluciones burguesas hace que la única revolución que podría cristalizar en un orden realmente superior sea la revolución socialista, la única salida histórica a la decadencia del capitalismo cuya actualidad se ve sin embargo bloqueada por la debilidad política y organizativa del proletariado. No puede haber revoluciones socialistas sin partidos revolucionarios de masas y un gran movimiento proletario.²⁹ A su vez, la necesidad objetiva de ambos se irá haciendo progresivamente patente en un capitalismo declinante que impulsa la polarización de las relaciones de clase. Nuestra era es por lo tanto una en la que *el declive crecientemente catastrófico del capital ha de verse acompañada por la reorganización de las fuerzas del proletariado*.

Los marxistas debemos interiorizar esta realidad para poder elaborar una estrategia paciente capaz de organizar el tránsito desde un presente de debilidad hasta la conquista del poder y la construcción del socialismo. Esta estrategia debe ser complementada por una doctrina táctica ajustada al contexto real que enfrentamos. Muchas de las tácticas que generan mayor adhesión emocional entre los comunistas fueron diseñadas para un momento histórico en el que existía un inmenso movimiento proletario organizado: limitarse a repetir-

29. «Sin la conciencia y la organización de las masas, sin su preparación y su educación por medio de la lucha de clases abierta contra toda la burguesía, ni hablar se puede de revolución socialista», LENIN, V. (1905), *Dos tácticas de la socialdemocracia en la era de la revolución democrática*, marxists.org.

las sobre el vacío es contrario al materialismo más elemental, y conlleva encarnar la figura tragicómica del general sin ejército.

Pero aquí aparece otro error contra el que conviene vacunarse: una forma peculiar de etapismo que considera que todas las energías de los comunistas en el presente deben volcarse en una «reconstrucción del movimiento obrero» que estaría *desligada* de la reconstrucción del partido, la cual vendría presuntamente más tarde.³⁰ Frente a esto, cabe insistir en que, como señala Mike Macnair:

Sin el compromiso con la independencia política de clase y el socialismo, o sea la destrucción del régimen de clase capitalista, el proceso de reconstruir el movimiento obrero no puede comenzar [...]. Este movimiento ha de ser reconstruido bajo el capitalismo no solo por medio de la sucesión de huelgas y protestas callejeras, sino en antagonismo con el Estado capitalista, los partidos capitalistas y los medios del capital. Y eso significa que el movimiento necesita tener en su mismo centro un partido que constantemente desafíe y busque socavar la legitimidad del orden constitucional, y plantee la alternativa del socialismo.³¹

En su versión más sucinta, la principal tarea del presente es la misma que aquella que articulara Marx en 1850: la independencia política del proletariado debe ser restablecida.

30. Esta visión es articulada de forma relativamente sistemática en «Our Moment: Proletarian Disorganization as the Problem of Our Time», *Communist Caucus*, 2020.

31. A modo de autocritica, cabe señalar que el concepto de «asociación», tal y como lo desarrollamos en *Café Marx*, borra completamente estas distinciones en una sopa en última instancia espontaneísta y economicista.

¿Hacia una nueva era de crisis, guerras y...?

«El mundo hoy es un barril de pólvora y sus líderes son como hombres fumando en un arsenal. Una simple chispa desatará una explosión que nos consumirá a todos». Estas palabras podrían ser pronunciadas por cualquier político de nuestros días, parafraseando a Otto von Bismarck. La mayoría sigue a pies juntillas su papel, continúa llenando el polvorín y dejando alguna colilla a medio pisar. Un papel al que no pueden renunciar, porque no hay un afuera del polvorín dentro del mercado mundial y el sistema de Estados. La política militarista y expansionista no es una decisión en manos de los gobernantes. Quien quiera competir por la hegemonía mundial deberá participar con unas reglas y unos métodos. Quien renuncie a esta carrera será relegado a una posición subalterna, subordinado y explotado por la oligarquía de las grandes potencias.

En un mercado saturado de mercancías, con tasas de ganancia ajustadas y crecientes tensiones por el control de las cadenas globales de valor, la pugna entre Estados se agudiza. Así, el gasto militar ha aumentado en la última década casi un 40%, el número de conflictos armados se ha duplicado y los muertos en ellos han aumentado notablemente.¹ Cuando una potencia hegemónica empieza a ser cuestionada por el ascenso de un nuevo candidato, el proceso dista de ser pacífico. Si la

1. Instituto Internacional de Estudios para la Paz de Estocolmo (2024), *SIPRI Yearbook 2024*, Oxford University Press; y Universidad de Uppsala (2025), Uppsala Conflict Data Program.

hegemonía mundial tiene instancias productivas, financieras y militares, la tercera es la última en perderse. Antes comienza la fragmentación del mercado mundial en zonas de influencia y la desestabilización de las instituciones de gobernanza construidas por la vieja potencia hegemónica. Finalmente, la guerra sirve de parteaguas para definir un desplazamiento de los centros de poder en el sistema mundial.²

El marxismo revolucionario no ha mantenido una actitud única ante las guerras. Entiende la conexión interna entre las contradicciones de la acumulación capitalista y tendencia al militarismo y la guerra. Entiende, también, que las guerras son la expresión más sangrienta de la sociedad de clases y que la única vía para superarlas es el socialismo. Si bien el marxismo revolucionario critica toda guerra de rapiña entre países por recursos y mercados, se disfraza esta con tintes democrático-liberales o soberanistas, lejos de cualquier pacifismo edificante y de todo indiferentismo, siempre ha distinguido entre guerras progresistas y guerras reaccionarias, diseñando unas tareas políticas específicas para cada una de ellas. A su vez, la definición de las guerras siempre ha venido determinada por la caracterización del escenario global y las fuerzas políticas contendientes. En las próximas páginas sintetizaremos las distintas posiciones del marxismo revolucionario ante las guerras para luego volver al presente.

2. WALLERSTEIN, I. (1984), «The Three Instances of Hegemony in the History of the Capitalist World-Economy». En LENSKI, G. (ed.), *Current Issues and Research in Macrosociology*, Leiden: Brill.

EL SOCIALISMO Y LA GUERRA AYER

Si «la violencia es la partera de toda vieja sociedad, preñada de una nueva»,³ la expropiación de las tierras comunales, la desamortización de las propiedades eclesiásticas, la colonización de los territorios de ultramar y el disciplinamiento de los seres humanos despojados de todo medio de subsistencia fueron las prácticas obstétricas que dieron nacimiento al capitalismo.

De esta manera, la violencia y la guerra pueden ser la expresión del avance de las fuerzas políticas contenidas en un orden social caduco, pero también pueden ser el gesto una sociedad que resiste a morirse. Por eso, Marx y Engels apoyaron la Revolución Francesa, la Comuna de París o a los unionistas en la Guerra de Secesión estadounidense. Todas ellas eran guerras civiles revolucionarias. También vieron con buenos ojos procesos que permitieron la unificación de Alemania o Italia o las luchas de liberación nacional en Irlanda y Polonia. Incluso respaldaron la defensa nacional en guerras entre Estados soberanos, por ejemplo, en el inicio de la guerra franco-prusiana de 1870-71.

Con estas discusiones, se fueron fraguando una serie de líneas generales que van permitiendo distinguir aquellas guerras justas e injustas: la construcción de Estados nacionales modernos, las guerras contra Estados reaccionarios y semi-feudales, la lucha contra el colonialismo, etc. Sin embargo, esta caracterización no encorsetaba la actividad de los comunistas, que debían fraguar una política independiente confor-

3. MARX, K. (1990 [1867]), *El Capital. Crítica de la economía política*. Tomo primero, Moscú: Editorial Progreso, p. 685.

me el proletariado se constituía históricamente como clase. En consecuencia, con el avance de la nueva sociedad contenida en el capitalismo:

La empresa más heroica que aún puede acometer la vieja sociedad es la guerra nacional. Y ahora viene a demostrarse que esto no es más que una añagaza de los gobiernos destinada a aplazar la lucha de clases, y de la que se prescinde tan pronto como esta lucha estalla en forma de guerra civil. La dominación de clase ya no se puede disfrazar bajo el uniforme nacional; todos los gobiernos nacionales son uno solo contra el proletariado.⁴

El periodo en que las guerras nacionales tenían un contenido progresista empieza a agotarse en el viejo continente europeo y se comienza a abrir la época de la revolución proletaria.⁵ Los Estados capitalistas no dudaron en abandonar su instinto egoísta para acabar con la Comuna, como sucedió, casi medio siglo después, con la Revolución de Octubre.

4. MARX, K. (2003 [1871]), *La guerra civil en Francia*, Madrid: Fundación Federico Engels, p. 95.

5. Engels en 1892, sin embargo, apoya una hipotética guerra nacional defensiva ante una posible agresión a Alemania por parte de Rusia y Francia. ENGELS, F. (1892), «Socialism in Germany», *Almanach du Parti Ouvrier*. Disponible en: <https://www.marxists.org/archive/marx/works/1892/01/socialism-germany.htm>. Desde su punto de vista, si estallaba una guerra de agresión, esta era la mejor vía para defender las conquistas de la clase trabajadora, llevar al SPD al poder y desencadenar una ola revolucionaria en Europa. En este sentido, ya no se trataba meramente de una guerra nacional progresista, si no de utilizar esta para la toma del poder, en una suerte de «defensismo revolucionario». Sobre esta discusión véase: BLACKLEDGE, P. (2019), «Guerra y revolución: Friedrich Engels como pensador militar y político», *Sin permiso*. Disponible en: <https://www.sinpermiso.info/textos/guerra-y-revolucion-friedrich-engels-como-pensador-militar-y-politico>

Por eso, contra los restos de nacionalismo y del socialismo de Estado heredado de Ferdinand Lasalle y plasmado en el programa de Gotha con la consigna de «fraternización internacional de los pueblos», Marx propone «la fraternidad internacional de las clases obreras, en su lucha común contra las clases dominantes y sus gobiernos».⁶ Ahora, los comunistas deben organizar la agitación y la propaganda contra su propia burguesía y por la paz.

Es más, la historia es astuta y el militarismo, para Engels, «lleva en sí el germen de su destrucción», ya que obliga a los Estados «a acelerar cada vez más la catástrofe financiera [...], y con ello, en definitiva, a familiarizar al pueblo entero con el uso de las armas, a capacitarlo para imponer en un momento determinado su voluntad contra la soberanía del mando militar».⁷ Así cobra un nuevo sentido a la vieja fórmula del *Manifiesto*: «la burguesía» no solo «produce [...] sus propios sepulcros»,⁸ sino que les entrena y les pertrecha. Los comunistas serán quienes, en el momento oportuno, podrán subvertir la cadena de mando del partido del orden para armar al partido de la revolución.

Este esquema, construido en las experiencias revolucionarias de 1848 y 1871, va a ser heredado por la Segunda Internacional. Sin embargo, el contexto político en el que se van a construir los grandes partidos socialdemócratas de masas va a coincidir con un periodo de desarrollo relativamente pacífi-

6. MARX, K (1970 [1891]), *Crítica del programa de Gotha*, Madrid: Ricardo Aguilera Editor, p. 29.

7. ENGELS, F. (2014 [1877]), *Anti-Dühring. La revolución de la ciencia por el señor Eugen Dühring*, Madrid: Fundación Federico Engels, p. 248.

8. MARX, K. Y ENGELS, F. (1848 [2025]), *Manifiesto del Partido Comunista*, Madrid: Ediciones Extáticas, p. 80.

co del capitalismo en las metrópolis. Por ello, la línea militar que habían establecido Marx y Engels va a quedar en suspensión mientras los socialistas apostaban por una construcción política paciente, orientada a alcanzar una mayoría suficiente para ejecutar el programa del partido a escala estatal.

Así, todas las resoluciones de la Segunda Internacional sobre la guerra van a recoger una serie de principios políticos claros y sintéticos, vinculados a una comprensión general del capitalismo, que definen la posición de los socialistas ante la guerra: la búsqueda de nuevos mercados en los que extraer recursos, explotar trabajadores y exportar mercancías y capitales es una de las vías del capitalismo para mantener una acumulación estable. Las tensiones entre potencias por el control de estos nuevos mercados son inevitables. Así, el capitalismo origina el militarismo y las guerras. La paz perpetua es, por ende, imposible sin acabar con la fuente económica del militarismo. La solución para evitar las guerras es, por consiguiente, la construcción del socialismo. El medio para construir el socialismo es la organización de la clase trabajadora en un partido socialista internacional. Por tanto, las tareas específicas de los partidos socialistas nacionales son luchar contra el militarismo y por el desarme; reivindicar la abolición del ejército permanente y la conformación a una milicia popular y fomentar la solidaridad entre los trabajadores de diferentes nacionalidades. Reflejando la tensión que años más tarde resultará en una escisión dentro de la socialdemocracia internacionalista, en las resoluciones de 1896 y 1900 se confía en tribunales internacionales de arbitraje para resolver los conflictos, mientras en 1907 se apuesta por la acción de la clase trabajadora que fuerce a los gobiernos a recurrir a esos tribunales y afirma:

En caso de que a pesar de todo estalle la guerra, es su obligación intervenir a fin de ponerle término en seguida, y con toda su fuerza aprovechar la crisis económica y política creada por la guerra para agitar los estratos más profundos del pueblo y precipitar la caída de la dominación capitalista.⁹

En cualquier caso, todas estas resoluciones pronto fueron papel mojado. Tras el inicio de la Primera Guerra Mundial y la aprobación de los créditos de guerra por parte de los partidos socialdemócratas, estos se unirán a sus respectivas burguesías para defender a la patria. Aunque la traición de la Segunda Internacional a sus compromisos adquiridos durante décadas dejó en minoría a los internacionalistas, las diferencias tácticas entre quienes mantienen las viejas posiciones pacifistas y quienes apuestan por transformar la guerra imperialista en guerra civil revolucionaria van a pervivir.

El propio enquistamiento y prolongación de la guerra fue alejando a la clase trabajadora del fervor patriótico y fue dando fuerza a la política internacionalista. El *Manifiesto de Zimmerwald* (1915), redactado por Trotsky tras un encuentro de los socialistas internacionalistas en Suiza, recoge las posiciones dominantes entre la socialdemocracia internacionalista en ese momento, que aún apuntan hacia el pacifismo: «la clase obrera [...] en el segundo año de carnicería no ha podido todavía encontrar los medios para comenzar en todos los países una lucha activa y simultánea por la paz».¹⁰

9. Segunda Internacional (17 enero 2025), «El proletariado frente al militarismo y la guerra. Resoluciones de la Segunda Internacional», *Contracultura*. Disponible en: <https://contracultura.cc/2025/01/17/el-proletariado-frente-al-militarismo-y-la-guerra-resoluciones-de-la-segunda-internacional/>

10. TROTSKY, L. (15 de septiembre 1915), *Manifiesto de la Conferencia Socialista Internacional de Zimmerwald*, Grupo Germinal. Disponible en: [ht-](https://www.germania.com/...)

Lenin y los bolcheviques van a ser los más decididos defensores de la línea conocida como derrotismo revolucionario. Ya en septiembre de 1914 afirma que:

Las consignas actuales de la socialdemocracia deben ser: una detallada propaganda, que abarque tanto a la tropa como al teatro de las operaciones militares, sobre la revolución socialista y la necesidad de dirigir las armas, no contra los propios hermanos, los esclavos asalariados de otros países, sino contra los gobiernos y partidos reaccionarios y burgueses de todos.¹¹

No es suficiente con parar la guerra, ni si quiera por medio de la acción de masas. Es necesario, además, realizar una agitación sistemática en el ejército orientada a la toma del poder y a la proclamación de los «Estados Unidos republicanos de Europa».

Además, los panfletos de Lenin en este periodo se van a caracterizar por sus ataques frontales no solo a los socialdemócratas que se han alineado con sus respectivas burguesías, que califica como socialchovinistas y defensistas, sino también a todos los socialdemócratas que van a privilegiar la unidad partidaria con los defensistas y las demandas de paz, denominados centristas y socialpacifistas.¹²

[tps://www.grupgerminal.org/?q=system/files/1917-09-15-manifiestozimmerwald-trotsky.pdf](https://www.grupgerminal.org/?q=system/files/1917-09-15-manifiestoZimmerwald-trotsky.pdf)

11. LENIN, V. I. (1914), «Las tareas de la socialdemocracia revolucionaria en la guerra europea». En LENIN V. I. (1977). *Obras completas*, tomo XXII, junio 1914–septiembre 1915, Madrid: Akal editor, pp. 83-9.

12. Véase la crítica de Lenin al *Folleto Junius*, redactado por Luxemburgo, por no ser suficientemente explícito en sus llamados a solucionar la guerra por la acción revolucionaria del proletariado y por no señalar al centrismo kautskiano: LENIN, V. I. (1916), «El folleto Junius». En LENIN V. I. (1977)

Así, tras el triunfo de la Revolución de Octubre, que mostró la validez táctica de la línea defendida por los bolcheviques, el reagrupamiento de los socialdemócratas revolucionarios e internacionalistas, ahora denominados comunistas, será desde posiciones estrictamente derrotistas, excluyendo tanto al centrismo socialpacifista, como al derechismo socialchovinista. De esta manera, la consigna derrotista se transformará en uno de los sellos de identidad de las variadas ortodoxias que surgirán de la III Internacional. El razonamiento era tan simple como incuestionable: todos los partidos adscritos a la Komintern debían denunciar y excluir a los reformistas y el socialpacifismo es la expresión del reformismo respecto a la cuestión de la guerra imperialista.¹³

Sin embargo, esta posición principista será rápidamente abandonada por la Internacional Comunista, ya que el derrotismo, en sentido estricto, solo es posible cuando está sobre la mesa el problema del poder y cuando los comunistas se encuentran en la posición de realizar una agitación sistemática en el ejército en tiempos de guerra imperialista dirigida a la revolución socialista.¹⁴ Por eso, el abandono de la teoría de

Obras completas, tomo XXIII, septiembre 1915–julio 1916, Madrid: Akal editor, pp. 426-40.

13. Véase los puntos 6º y 7º de las Condiciones de admisión de los partidos en la Internacional Comunista, disponible en ARICÓ, J. (dir.) (1973), *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista: primera parte*, Buenos Aires: Ediciones Pasado y Presente, pp. 109-14.

14. En este sentido, cabe distinguir entre el socialpacifismo, que renuncia a necesidad de la toma del poder e imagina un capitalismo sin guerras, y las demandas de paz enmarcadas en una estrategia revolucionaria, que no oculta, ni maquilla sus objetivos finales. En el segundo caso se reconoce, a nivel táctico, que no están dadas las condiciones para la toma del poder y, por tanto, que es necesario hacer agitación y propaganda por la paz o incluso por la desertión, pero no por la revolución. Sobre esta discusión:

ofensiva, tras el fracaso de la revolución alemana, y el resurgimiento de la cuestión de cómo organizar la actividad política en un periodo no revolucionario marcaron un cambio en la táctica hacia el frente único obrero. A esto se sumó otro elemento novedoso y fundamental: la existencia de un Estado socialista en un solo país, la Unión Soviética.

Precisamente, el solapamiento entre la defensa intransigente de la URSS, sus intereses geopolíticos, la política interna del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) y la internacionalización de la revolución será uno de los principales ejes de discusión y ruptura en el movimiento comunista internacional.¹⁵ Primero, los acuerdos con la burguesía liberal, encarnada por los futuros Aliados, durante la táctica del frente popular. Luego, los compromisos con el nazifascismo, personificado por las potencias del Eje, durante el Pacto Ribbentrop-Mólotov. Después, el trato con los Aliados durante el final de la Segunda Guerra Mundial y la carrera por el reparto del mundo en zonas de influencia. Finalmente, la división del mundo en un «campo imperialista», dirigido por Estados Unidos, y el «campo antimperialista», con la URSS a la cabeza.

El Movimiento de Partidarios de la Paz y el Consejo Mundial de la Paz definiría las posiciones socialpacifistas del comunismo oficial dentro del campo imperialista durante

DRAPER, H. (1953). «The Myth of Lenin's "Revolutionary Defeatism"», *New International*; y MACNAIR, M. (2006), «War and Revolutionary Strategy», *Weekly Worker*, p. 621.

15. Un cuestionamiento de las explicaciones unilaterales de la política de la Komintern se encuentra en: POULANTZAS, N. (1971), «La URSS y la Komintern». En POULANTZAS, N., *Fascismo y dictadura. La Tercera Internacional frente al fascismo*, México: Siglo XXI.

la segunda mitad del siglo XX.¹⁶ El resultado fue la apuesta de los partidos comunistas —reforzados por su papel en la resistencia contra el fascismo y por el rol de la URSS en la Segunda Guerra Mundial— por la finlandización de sus respectivos países, es decir, neutralidad en la guerra fría, desarme y salida de la OTAN. Esta línea tenía un objetivo claro: debilitar y dividir al campo imperialista que había limado sus diferencias, bajo la dirección estadounidense, para enfrentar al enemigo común, la amenaza soviética. El coste fue una renuncia a la revolución en sus respectivos países. No obstante, las vías nacionales al socialismo, primero, y el eurocomunismo, después, acabaron flexibilizando estas y otras posiciones. Siempre temerosos de sufrir un golpe represivo y de no ser considerados responsables para gobernar, al igual que sus epígonos hoy, acabaron renunciando incluso a la posición socialpacifista.¹⁷

En las colonias y en los países semicolonizados la traducción de los virajes tácticos de la Komintern fue parcial. Las guerras anticoloniales eran consideradas justas y, por tanto, el papel de los comunistas en los países imperialistas era apoyarlas sin miramientos. Además, la revolución en occidente

16. Un recorrido exhaustivo —a pesar de estar escrito desde la fe del converso— por estos virajes y sus implicaciones políticas se puede leer en: CLAUDÍN, F. (1970), *La crisis del movimiento comunista 1. De la Komintern al Kominform*, París: Ruedo Ibérico.

17. «Quiero que Italia no abandone el Pacto Atlántico, me siento seguro estando de este lado» afirmó Berlinguer, dirigente del PCI, en PANSÀ, G. (junio de 1976), «Entrevista a Enrico Berlinguer», *Corriere della Sera*. Pablo Iglesias, casi cincuenta años después, sacaba pecho sin sonrojarse por haber participado en el gobierno de un Estado de la OTAN en su discurso de despedida en el Congreso de los Diputados.

había fracasado, por tanto, la posibilidad de romper el cerco a la URSS y extender el socialismo más allá de las fronteras marcadas por Brest-Litovsk empezó a venir de oriente.

En cambio, el papel de los comunistas en los países colonizados era más problemático y fue un punto de discusión en los primeros congresos de la Komintern, principalmente encarnado en el debate entre Lenin y Manabendra Nath Roy. El resultado fueron el Informe de la Comisión y las Tesis sobre la cuestión nacional y colonial del II Congreso de la Komintern, el Congreso de los Pueblos de Oriente en Bakú y las Tesis generales sobre la cuestión de oriente del IV Congreso de la Komintern.¹⁸ Aunque las posiciones oscilaron entre fases izquierdistas, que enfatizaban la organización independiente de los trabajadores en alianza con el campesinado pobre, y derechistas, que subordinaban las fuerzas comunistas a los partidos de la burguesía nacional y los terratenientes, y a pesar de que también se vieron afectados por los intereses geopolíticos de la URSS,¹⁹ mantuvieron una política más o menos coherente. La posición hegemónica tendió hacia el etapismo y la disolución de los partidos comunistas en frentes únicos antimperialistas.²⁰

18. Disponibles en: RIDDELL, J. (ed.) (1993), *To See the Dawn, Baku, 1920: First Congress of the Peoples of the East*, Nueva York: Pathfinder; y RAMOS J. I. (2010) (comp.), *La Internacional Comunista. Tesis, manifiestos y resoluciones de los cuatro primeros congresos (1919-1922)*, Madrid: Fundación Federico Engels.

19. El caso latinoamericano es bastante ilustrativo, véase: LÖWY, M. (2007), *El marxismo en América Latina*, Santiago de Chile: Ediciones LOM, pp. 79-268.

20. Solo pequeños grupos de la izquierda comunista adoptaron una posición internacionalista intransigente, que Lenin denominó economicismo imperialista. Originalmente esta posición fue defendida por el ala izquier-

Estos frentes únicos antimperialistas tuvieron fundamentalmente dos resultados. En unas ocasiones el aniquilamiento de los comunistas a manos de sus supuestos aliados. Los ejemplos son abundantes:

El primer caso registrado fue el de los comunistas turcos, los cuales se vieron obligados a apoyar al kemalismo por requerimiento de la política exterior de la Komintern, todo ello mientras eran masacrados y encarcelados por el nuevo régimen. En China, el frente antimperialista con la burguesía nacionalista del Kuomintang llevó al naciente partido comunista chino a estar a punto de ser completamente exterminado entre los años 26 y 28. Otro de los trágicos capítulos del frente antimperialista de mayor actualidad fue el exterminio a manos del régimen de los ayatolás de los comunistas del Partido Tudeh y de otros partidos obreros, dejando descabezado el gigantesco y poderoso movimiento obrero iraní.²¹

En otras ocasiones los comunistas pasaron a ocupar una posición subalterna dentro de regímenes burgueses poscoloniales que intentaron implementar proyectos desarrollistas con mayor o menor éxito. El panarabismo o el panafricanismo son algunos ejemplos. Los Estados poscoloniales progresistas, normalmente con un carácter bonapartista, se distanciaron de

da de la Segunda Internacional, donde se situaban el joven Bujarin, Luxemburgo o Pannekoek. Su indiferentismo ante la opresión nacional y colonial, alejado de la tradición comunista, les granjeó escasas simpatías dentro y fuera de los países colonizados.

21. SEIJO, J. (2025), «Apuntes sobre el socialismo y la guerra», *Marx XXI: El derecho a la revolución*, volumen 4, pp. 48-9.

las viejas potencias europeas, acercándose tímidamente a la URSS.²² Su plasmación a nivel internacional fue la Conferencia de Bandung y el Movimiento de Países No Alineados.

Solo cuando los comunistas rompieron con estas directrices de la Komintern, como fue el caso de la Revolución china comandada por Mao, consiguieron tomar el poder. En este caso, se mantenía el componente nacional de la lucha anticolonial, pero apoyándose principalmente en el campesinado pobre combatían también a los terratenientes y a otros elementos reaccionarios de la sociedad china. De esta manera, se luchaba en dos frentes: contra el imperialismo japonés y contra el nacionalismo conservador representado por el Kuomintang.²³

Dentro de los países imperialistas en la posguerra, la actitud de los comunistas hacia las luchas anticoloniales fue cambiante. A menudo, los partidos comunistas oficiales tuvieron posiciones ambiguas respecto a sus propias colonias, dejando en manos de los pequeños grupos de la extrema izquierda las viejas tesis kominternianas. Maoístas, trotskistas, guevaristas y la nueva izquierda hicieron de la denuncia de las masacres en las colonias su bandera y de las campañas de solidaridad

22. Estos regímenes consiguieron limitar la influencia de las potencias imperialistas e iniciar procesos de desarrollo siguiendo el modelo de industrialización por sustitución de importaciones o modelos más autárquicos —autocentrados, diríamos hoy—, a menudo mejorando las condiciones de vida de la clase obrera nacional. Sin embargo, tan pronto como las condiciones económicas se deterioraron, mostraron lo que siempre habían sido: regímenes sostenidos sobre la explotación y opresión del proletariado internacional. Los paralelismos con los proyectos neodesarrollistas del siglo XXI son evidentes.

23. Cfr. GUILLERMAZ, J. (2023), *Historia del Partido Comunista Chino (1921-1949)*, Madrid: Dos Cuadrados.

internacionalista una de sus principales actividades, jugando un papel fundamental en la deslegitimación de las actividades del campo imperialista lo largo y ancho del globo. El caso más conocido y exitoso fueron las protestas contra la invasión de Vietnam. En la mayoría de las ocasiones, estos movimientos sirvieron también para justificar a los regímenes poscoloniales que, como ya hemos explicado, bien eliminaron físicamente a los comunistas que no se subordinaron a su proyecto, bien les integraron en una posición subalterna.

EL SOCIALISMO Y LA GUERRA HOY

El desmoronamiento del bloque socialista supuso la hegemonía global indisputada de Estados Unidos y el surgimiento de un mundo unipolar. El Fondo Monetario Internacional, la Organización Mundial del Comercio, el Banco Mundial y la OTAN ya no tenían un oponente que cuestionase su dominio. Entre pronósticos sobre el fin de la historia, aclamaciones a los regímenes liberales y alabanzas a las bondades de la globalización, el bloque occidental asumió el papel de policía del mundo. El mercado mundial requiere de un orden internacional basado en reglas y toda regla precisa de una autoridad que vele por su cumplimiento.

Sin embargo, la oligarquía occidental era consciente de que esta situación era transitoria. La subordinación de las burguesías de las potencias emergentes al marco institucional construido por Estados Unidos no duraría para siempre. Así, conforme la URSS se desintegraba entre revoluciones de colores, la UE y la OTAN se apresuraron a extender sus fronteras, aprovechando el resentimiento nacionalista que décadas

a chovinismo gran ruso habían dejado en Europa del Este.²⁴ La beligerancia contra los regímenes que se opusieran a la hegemonía occidental no amainó y los intentos de construir mecanismos de integración regional Sur-Sur fueron permanentemente asediados. Las intervenciones en la antigua Yugoslavia, en Afganistán o en Irak son buenos ejemplos de la voluntad de la oligarquía occidental de hacer prevalecer sus intereses por los medios que fuesen necesarios ante cualquier potencial amenaza.

La mayoría de los comunistas en este periodo de repliegue se disolvieron en la izquierda. El antimperialismo fue sustituido por el movimiento antiglobalización y los sucesivos Foros Sociales Mundiales. El pacifismo hegemónico durante la segunda mitad del siglo XX continuó siendo, *mutatis mutandis*, hegemónico en la izquierda. La posición histórica del comunismo, por tanto, brilló por su ausencia.

En el Estado español, el surgimiento de Izquierda Unida es inseparable de la lucha contra el militarismo y la guerra desde posiciones pacifistas. Son las protestas en torno al referéndum sobre la salida de la OTAN, convocado por el PSOE de Felipe González en 1986, las que dan lugar a una convergencia de los grupos de la extrema izquierda que habían sido avasallados por el proyecto modernizador socialista y el fervor europeísta. Lejos quedaban las olas huelguísticas de la década pasada y la abnegada militancia contra el franquismo. Era necesario aunar fuerzas contra el neoliberalismo encarnado por los Boyer y los Solchaga. El lema «OTAN no, bases fuera» sirvió para lanzar un ciclo de movilizaciones contra el go-

24. Cfr. SUNY R. G. (1993), *The Revenge of the Past: Nationalism, Revolution, and the collapse of the Soviet Union*, Redwood City: Stanford University Press.

bierno que tendría su apogeo en la huelga general de 1989. Aunque se perdió el referéndum, que era irrenunciable para un Felipe González que veía en la OTAN el remedio perfecto para suavizar el inmovilismo de las Fuerzas Armadas, el PCE consiguió rearticular la izquierda bajo su ala. Asimismo, en las protestas contra la invasión de Irak, la izquierda española consiguió movilizar a millones de personas en torno a la consigna «No a la guerra». El movimiento antiglobalización, las protestas contra la guerra de Irak y las movilizaciones contra el Plan Bolonia fueron, también, la escuela de una generación de militantes posteriormente protagonizaría el ciclo político del 15-M y Podemos.

¿UNA NUEVA ÉPOCA DE CRISIS, GUERRAS Y...?

No obstante, el mundo unipolar tenía fecha de caducidad. La crisis inmobiliario-financiera iniciada en 2007 mantuvo a las economías occidentales en un periodo de estancamiento relativo, mientras las potencias emergentes continuaban su itinerario. La tímida recuperación económica se vio truncada por la pandemia global del COVID-19. Las protestas surgidas tras la crisis desembocaron en guerras por delegación en países, como Siria y Ucrania. China ya no era solo la fábrica del mundo, centrada en productos intensivos en trabajo, y su capital comenzaba a tener presencia en todo el mundo. La posibilidad de sistemas monetarios y financieros alternativos a la hegemonía del dólar resonaba en las reuniones de los BRICS. Además, el Eje de la Resistencia en Oriente Medio, el ALBA y la CELAC en América Latina y, más recientemente, la Alianza de Estados del Sahel han empezado a cuestionar abiertamen-

te la hegemonía occidental. El final del «superimperialismo» estadounidense y la emergencia de un nuevo orden multipolar parece estar a la orden del día.²⁵

De esta manera, la UE y Estados Unidos han vuelto al nacionalismo económico, dinamitando el orden internacional basado en reglas que ellos mismos construyeron y acercándonos a una economía de guerra que desconoce las limitaciones presupuestarias y las rígidas normas del Banco Central Europeo. Las recetas económicas heterodoxas, que durante los años de la austeridad reivindicaba la izquierda, hoy son habituales bajo la forma de renovado keynesianismo verde-militar. Mientras la clase trabajadora nacional es disciplinada entre vulneraciones de los derechos políticos y estancamiento de los salarios reales, las tendencias reaccionarias se extienden entre todas las fuerzas políticas.²⁶

En el nuevo ejecutivo estadounidense, «la paz a través de la fuerza» hace resonar el legado de Reagan. Aunque la extravagancia característica de Trump oscurece la continuidad fundamental con los anteriores presidentes, esta es evidente: impedir la pérdida de la hegemonía mundial estadounidense por los medios que sean necesarios. Calmar las revueltas aguas de Oriente Medio y Europa del Este para avanzar en el *Pivot to*

25. Análisis sobre las tendencias de cambio en la hegemonía mundial desde el Atlántico Norte al Sureste Asiático se pueden encontrar en WALLERSTEIN, I. (2006), «The Curve of American Power», *New Left Review*, 40; ARRIGHI, G. (2007), *Adam Smith in Beijing: Lineages of the Twenty-First Century*, London: Verso Books; y CHASE-DUNN, C., & ZHAI, E. (2025), «US Hegemony in Evolutionary Perspective», *Critical Sociology*, 51 (4-5), pp. 1001-23.

26. Cfr. MERCHANT, J. (2025), *Colapso. Nacionalismo económico y declive global*, Madrid: Ediciones Extáticas.

Asia, iniciado hace más de una década por Obama, parece ser su objetivo final. Para ello, es fundamental asegurar la cohesión de las tropas. Después de todo el enemigo común que había permitido unificar al campo imperialista ya no existe. Estados Unidos debe mantener la subordinación de sus aliados en Europa, Asia y Oriente Medio. Y estos deben ser capaces de ordenar sus respectivos «patios traseros».

Entre el Pacto Verde Europeo y el plan ReArm Europe, rebautizado eufemísticamente *Readiness 2030*, han pasado seis años: una pandemia global, la invasión rusa de Ucrania, la voladura del Nord Stream, el avance de las fuerzas de extrema derecha a lo largo y ancho del planeta, el criminal apoyo occidental del genocidio en Gaza y la vuelta de los aranceles estadounidenses. Las ilusiones de un capitalismo verde progresista se han esfumado dejando a la vista el imperialismo belicista que lo sostiene.²⁷ En marzo de 2025 conocimos los mecanismos que permitirán a los países de la UE aumentar su gasto y sus capacidades militares. Tan solo tres meses después, en junio de 2025, los mandatarios otanistas decidieron elevar el gasto militar hasta el 5% del PIB en diez años. Al mes siguiente, en julio de 2025, se hizo público el acuerdo comercial entre Estados Unidos y la UE: aumento de las compras de material bélico *Made in USA*, incremento de las adquisiciones de combustibles extraídos bajo el eslogan «*Drill, baby, drill*»

27. Hay varios trabajos que apuntaron estos problemas de un *Green New Deal* que fuese diseñado por las élites occidentales, apoyado por sectores políticos de izquierda y ejecutado por el Estado capitalista: BORDERA, J., CORONEL, A., Y PEDREGAL, A. (2022), «Green New Dilemmas. Inercias autoritarias y límites de la democracia», *Ecología política* (64), pp. 12-6; HERNÁNDEZ, J. Y RAMIRO, P. (2024), *La Unión Europea y el capitalismo verde militar*, Madrid: Ecologistas en Acción; y OMAL O AJL, M. (2021), *A People's Green New Deal*, London: Pluto Press.

y aranceles asimétricos en favor del capital estadounidense. Mientras escribo estas líneas, opinadores de todo signo político se preguntan dónde está la autonomía estratégica de la UE, que tanto habían demandado los dirigentes europeos y que se recoge en la Brújula Estratégica de la UE.

Ante esta situación, han comenzado a perfilarse las diferentes posiciones sobre la guerra en las izquierdas. En primer lugar, la posición estrictamente socialchovinista, que dentro del bloque occidental se caracteriza por defender el mantenimiento de la hegemonía occidental, disfrazada de defensa de la «democracia liberal», frente a las amenazas que suponen las nuevas potencias emergentes, que se saltan sistemáticamente las leyes de propiedad intelectual, recurren a la fuerza para subordinar a países de su entorno y desprecian los derechos y las libertades. De una u otra manera, comparten aquellas declaraciones de Borrell y las extienden a todo occidente y sus aliados. El mundo es una jungla y nuestros socios son el último bastión de la civilización que debemos defender por los medios que sean necesarios. Quienes mejor representan este relato, en el Estado español, son los social liberales, con el PSOE a la cabeza.

Hay también una posición que alimenta la política socialchovinista desde coordenadas comunistas. Todas aquellas corrientes que, desde una concepción espontaneísta de la estrategia marxista y de la construcción partidaria, se deshacen en halagos ante cualquier protesta contra regímenes bonapartistas, sin atender a las fuerzas políticas en liza. Al reducir la política comunista a un autodesarrollo de las luchas, disuelven las tareas específicas de los comunistas, y alimentan procesos políticos pretendidamente democráticos que a menudo

resultan en nuevos regímenes bonapartistas —cuando no en Estados fallidos— controlados desde occidente. Una teorización de esta tendencia se puede encontrar en el trotskismo morenista,²⁸ aunque está presente en otras corrientes.

En segundo lugar, tenemos la posición pacifista, que tiene hoy dos expresiones. De un lado, un pacifismo abstracto y humanista, que no busca favorecer los intereses geopolíticos de un bloque socialista hoy inexistente, sino que simplemente cree en la promesa de un capitalismo sin guerras. Para estos pacifistas la labor política sería demandar el desarme, la disolución de los ejércitos permanentes y la resolución de los conflictos por medio de organismos supranacionales. Niega tanto la lucha de clases como la jerarquía internacional de Estados, al entender que el belicismo es una opción política por la que apuestan determinados países y no un aspecto consustancial al capitalismo. Esta versión del pacifismo es nominalmente mayoritaria entre la izquierda institucional y en los movimientos sociales. Sin embargo, Podemos, Más País e IU se ven obligados a asumir posiciones belicistas y socialchovinistas cuando ponen un pie en el gobierno, mostrando otra vez la falsedad de la posición socialpacifista un siglo después. El militarismo no es una cuestión de voluntad —aunque habrá en sus filas quienes defiendan el rearme y las intervenciones militares—, sino una condición estructural del Estado capitalista, que solo podemos enfrentar desde una estrategia revolucionaria.

28. Una crítica de esta innovación de Nahuel Moreno se puede encontrar en ASTARITA, R. (julio 2019), *Nahuel Moreno y las revoluciones «de contenido socialista»*. Disponible en: <https://rolandoastarita.blog/2019/07/30/nahuel-moreno-y-las-revoluciones-de-contenido-socialista/>; y ROMANO, M. (1994), «Polémica con la LIT y el legado de Nahuel Moreno», *Estrategia internacional*, n.º 3.

De otro lado, ha resurgido un pacifismo que identifica el desplazamiento de la hegemonía mundial del Atlántico Norte al Sureste Asiático bien con la crisis terminal del imperialismo, o bien con el surgimiento de un mundo multipolar equilibrado y pacífico. Las justificaciones de esta posición son de dos tipos. En ocasiones se niega el carácter capitalista de China, argumentando que es un socialismo de mercado o un socialismo con características chinas, enmarcado en una eterna Nueva Política Económica. En otras ocasiones se niega la posibilidad un capitalismo no-occidental, por una supuesta incompatibilidad de las cosmovisiones no eurocéntricas con la modernidad capitalista. No tenemos espacio para profundizar en por qué ambos argumentos parten de una comprensión errónea del capitalismo. En cualquier caso, las idealizaciones actuales del multilateralismo tienen implicaciones similares al ultraimperialismo kautskiano, que imaginaba la posibilidad de un capitalismo pacífico a principios del siglo XX.

Las tareas de los comunistas en los países del bloque imperialista occidental, según los defensores del multilateralismo, serían demandar la salida de la OTAN, el desarme y el final de las intervenciones militares, mientras se realizan campañas a favor de los regímenes que cuestionan la hegemonía occidental, independientemente de las fuerzas políticas que los dirigen. Esta versión es, por ejemplo, la que se defiende desde la Plataforma Antimperialista Mundial, que reúne a partidos marxistas-leninistas de todo el mundo, o desde el Instituto Tricontinental de Investigación Social, vinculada a la Asamblea Internacional de los Pueblos.

Aquí el problema es el que ya hemos señalado respecto a los frentes únicos antimperialistas, con el agravante de que ya no existe un «campo socialista» que pueda desplazar las luchas anticoloniales hacia el socialismo: la lucha por la superación del capitalismo requiere de la organización de la clase trabajadora en partido independiente a escala internacional. Su subordinación a proyectos soberanistas —sea bajo el ala estadounidense, bajo el ala de las nuevas potencias emergentes o bajo retóricas nacionalistas y regionalistas— impide una lucha antimperialista genuina, que solo puede ser el resultado de la revolución socialista.

Por eso, el señalamiento constante de las atrocidades cometidas por nuestro bloque imperialista no debe ir acompañado de una exaltación de las potencias emergentes que cuestionan su hegemonía. El motivo es simple: ninguna potencia capitalista puede subvertir la naturaleza del capitalismo, sus tendencias expansivas y su belicismo. Por ello, nuestras tareas, como comunistas en el bloque imperialista occidental, deben ser:

(1) Realizar una propaganda sistemática contra el militarismo, que vincule el belicismo con el capitalismo y que denuncie cada retroceso en nuestras condiciones de vida al proyecto imperialista de nuestro Estado y sus aliados. A su vez, que explique la conexión entre la paz, la solidaridad internacional de la clase trabajadora y la revolución socialista.

(2) Actualizar la agitación y las medidas programáticas, que permiten unir la propaganda y los objetivos finales con las luchas concretas contra el militarismo y la guerra, evitando el oportunismo, expresado por el pacifismo abstracto y el soberanismo, y el maximalismo. A nivel estratégico, la abolición

del aparato burocrático-militar del Estado y su sustitución por una fuerza armada sometida a la voluntad del partido de la revolución es una cuestión cardinal. Las demandas de constitución de una milicia popular y de un servicio militar universal, abolición del ejército permanente o la construcción de los Estados Unidos de Europa deben ser adaptadas a un mundo definido por las estructuras militares supraestatales, los ejércitos profesionales, las creciente securitización, las guerras híbridas, el desarrollo sin precedentes de la tecnología militar y altos —aunque declinantes— niveles de pacificación social.

(3) Criticar tanto a aquellas fuerzas políticas que quieren subordinarnos a uno de los bandos capitalistas en pugna, como a aquellos discursos soberanistas que presentan al Estado español o a la UE como marionetas en manos del capital extranjero.

(4) Acumular fuerzas en torno a un proyecto de independencia de clase, que sirva de cristalización de los principios del marxismo revolucionario ante la guerra y que vincule estos con cada manifestación de opresión.

(5) Organizar una respuesta internacional contra la miseria moral y material que trae el militarismo, junto con el resto de las organizaciones obreras, antimperialistas y antimilitaristas, construyendo alianzas que permitan consolidar cierta capacidad de acción, manteniendo una autonomía organizativa y rechazando cualquier tipo de unidad diplomática que censure las posiciones comunistas.

Hoy, como hace más de un siglo, el enemigo principal está en casa. Solo la solidaridad obrera y construcción de un partido comunista internacional pueden enfrentar la escalada bélica ante el ocaso del imperio estadounidense. Hagamos que la nueva era de crisis y guerras lo sea también de revoluciones.

Nuestros enemigos se recolocan:

Sobre la situación política española

Proteccionismo y guerra comercial. Militarización de la economía y la sociedad. Tendencia creciente hacia la guerra. Genocidios y regímenes de apartheid. Recorte continuado de derechos y libertades políticas. Ataque al fondo de salario de la clase trabajadora. Primeros compases de una nueva era de austeridad. Fronteras convertidas en fosas comunes para los trabajadores pobres de la periferia capitalista. Racismo y criminalización de la población migrante. Crisis ecológica, temperaturas descontroladas y fenómenos meteorológicos devastadores. Derechización de la política y la sociedad. Fragmentación y debilidad de las fuerzas obreras. Crisis histórica del proyecto socialista. Etc.

Todo es caos bajo las estrellas, pero al contrario de lo que gustaba en pensar el viejo camarada Mao la situación resulta bastante mejorable. *¿Qué hacer* bajo estas circunstancias? *¿Por dónde empezar* para no caer en la parálisis y el catastrofismo que asegurarían nuestro hundimiento? Responder a estos dos interrogantes resulta sin duda nuestra gran tarea histórica, nuestro gran reto colectivo como nueva generación de militantes comunistas, interrogantes necesarios de resolver si queremos que las próximas generaciones revolucionarias puedan plantearse y enfrentar otros interrogantes superiores y más esperanzadores —esto es, de ofensiva, frente a un tiempo que nos impone perspectivas de recomposición o defensivas, en el sentido de preparar las propias fuerzas—.

Al nivel de lo general hemos sido capaces de llegar a una primera conclusión, quizás la más importante de todas aquellas a las que podíamos y debíamos llegar, pues esta era necesaria para sentar las bases que posibilitaban desarrollar después conclusiones cada vez más elaboradas y concretas. Tal conclusión es que para dar una respuesta *real y completa* a la nueva era de guerras y catástrofes abierta necesitamos recomponer un proyecto político independiente que tenga como sujeto al proletariado internacional y que dé los primeros pasos en la apertura de un nuevo ciclo revolucionario —o proceso socialista—. Es decir: necesitamos recomponer el proyecto comunista.

Aunque nuestros enemigos tengan interés en seguir haciendo pasar esto como un mero arrebató infantil, como el enfado pasajero de un hijo con su progenitor cuando este último no actúa correctamente, pero al cual pese a todo se acaba perdonando tarde o temprano «el paso del tiempo los pondrá en su sitio», fantasean paternalistamente nuestros reformistas patrios), esta conclusión supone ya una brecha difícilmente salvable para ellos. Ahora bien, para seguir profundizando en esta brecha abierta entre el reformismo y un amplio sector juvenil militante y convertirla en una ruptura política de masas, en una verdadera ruptura de clase, debemos afinar y concretar nuestros análisis, propuestas y líneas de intervención. Para lo cual debemos conocer, estudiar y discutir más a fondo la realidad política en la que intervenimos de manera más inmediata, lo que en nuestro caso nos impone profundizar en el estudio de la coyuntura política del Estado español: la coyuntura en la que debemos tratar de concretar hoy nuestra respuesta al qué hacer y por dónde empezar. Pues la política comunista es siempre una política concreta y situada, es decir, la articula-

ción de unas fuerzas determinadas en una situación específica.¹ En las próximas páginas, por tanto, trataré de ofrecer un breve esbozo de la actualidad política española, entendida no en el sentido burdamente empirista de su realidad inmediata, sino de la unidad entre esta y las tendencias generales que le subyacen.

LA SITUACIÓN ESTATAL Y SU DETERMINACIÓN INTERNACIONAL

La situación política española viene determinada por la situación política internacional. Quizás para algunos esto resulte de Perogrullo, pero frente al nacionalismo ideológico tan extendido hoy entre las más diversas tendencias políticas, los marxistas debemos reafirmar siempre este punto de partida —el único realmente científico cuando se abordan procesos de acumulación capitalista que son estatales en su forma, pero globales en su contenido—. En este sentido, los elementos mencionados en el primer párrafo de este texto, todos ellos de carácter internacional, se reproducen a grandes rasgos a escala estatal, porque las tendencias generales se sobrepone y determinan a las particulares. Lo cual, sin embargo, no implica que estas últimas sean inertes e inoperantes: la trayectoria

1. A la vez que es una política internacional, consciente —como señaló Marx en su *Crítica del Programa de Gotha*— de que cada Estado y situación particular no es más que un elemento de una jerarquía internacional que tiene como trasfondo un capitalismo global por naturaleza. Lo que tiene su reverso en el hecho de que la clase obrera no puede constituirse en sujeto político más que como sujeto internacional, para lo cual su acción política revolucionaria debe articularse también a esa escala. Punto esencial en la constitución estratégica del marxismo y cautela clave frente al nacionalismo inherente a todo reformismo y oportunismo.

política española cuenta así también con ciertas especificidades, las cuales se explican por los efectos de calado que dejó el pasado «ciclo político progresista», que tuvo también un carácter internacional, pero que en nuestro contexto dejó como elementos clave el 15-M, la irrupción de Podemos, el *procés* catalán, la nueva ola feminista y la creación del primer gobierno de coalición entre el PSOE y las fuerzas a su izquierda.

Este «ciclo político progresista», que podríamos situar temporalmente entre 2008 y 2020 como primera reacción «popular» —aunque bajo la dirección y el impulso de las clases medias— a los efectos de la gran crisis de 2008 y las largas tendencias a las que esta crisis respondía, vino sin embargo a ser desplazado por un nuevo «ciclo político reaccionario». En 2016 el Brexit y la primera victoria de Trump dieron así la primera señal de que el ciclo progresista era sumamente frágil. En España Vox, que hasta ese momento era prácticamente un fantasma, irrumpió con fuerza en las andaluzas de enero de 2018. Y en torno a 2019-20 este nuevo ciclo se consolidó y agudizó, en tanto que las fuerzas progresistas protagonistas del anterior ciclo empezaron a caer en desgracia —Syriza en Grecia, Sanders en EE. UU., Corbyn en UK, Podemos en España— y las nuevas fuerzas de derecha radical comenzaron a crecer rápidamente. Bolsonaro, Meloni y Milei fueron sus triunfos más sonados. Y la nueva victoria de Trump a finales de 2024 supuso un nuevo salto de escala en este ciclo, que sitúa ahora la victoria de Farage en UK y Le Pen/Bardella en Francia como su objetivo estratégico para seguir avanzando en los próximos años.²

2. Para una comprensión más ajustada de cómo se relacionan entre sí estos ciclos políticos burgueses, cabe apuntar que el ciclo político reaccionario no nació de la nada, sino que se gestó en las entrañas del ciclo progresista.

Dentro de este marco general podría decirse que la situación política española se encuentra en un *largo momento de impasse*. Pues el ciclo político progresista, agotado y agónico, no termina de morir del todo. Pero el ciclo político reaccionario, vigoroso y ansioso, tampoco termina de desarrollarse en todo su esplendor. Los elementos reaccionarios dominan así ya gran parte del tablero político, habiendo avanzado muchas posiciones en la articulación de sentido común y determinación de la agenda mediática y la discusión pública, pero no han conseguido aun lograr condensarse políticamente en una correlación de fuerzas definitiva y favorable en la arena política. Los efectos de calado del anterior ciclo político hacen que los progresistas puedan mantener aun ahí ciertas posiciones, y todo ello complica la cuestión. A continuación, a través del análisis de su sistema de partidos, con sus dos grandes bloques, los cuales condensan y reflejan bien esta correlación de fuerzas, trataré de desgranar algunos elementos de esta situación.

Los límites estructurales expresados en la derrota de este último —por ejemplo, su lealtad al orden constitucional, que convierte a los partidos de oposición en partidos turnistas— son así uno de los factores que explican el crecimiento de la extrema derecha en sus distintos frentes. Factor que se suma, a nivel más general, con el descontento de unas clases medias, dada la paulatina descomposición de su posición social, y una clase obrera internacional fragmentada, desorientada y políticamente inmadura. Por ello, lo máximo a lo que podía aspirar un bloque político progresista articulado bajo estas coordenadas era a una parodia de «revolución ciudadanista», de cuyos restos la alternativa reaccionaria solo podía salir fortalecida.

EL BLOQUE DE GOBIERNO ESPAÑOL, O LAS IZQUIERDAS (PEQUEÑO)BURGUESAS HACIENDO AGUAS

La situación actual de la izquierda española está definida por la situación del PSOE, la principal fuerza política a su interior, su verdadero organizador. No obstante, para entender la situación actual del PSOE debemos echar la vista algo atrás, al menos hasta el «giro a la izquierda» que este se vio obligado a dar en respuesta al 15-M y la irrupción de Podemos. Por aquel entonces, hace ya 10 años, la posibilidad del *sorpasso* de la nueva izquierda populista se puso con fuerza sobre la mesa tras la victoria de Syriza en Grecia, la cual obligó a las élites políticas españolas a aceptar la necesidad de ciertos cambios, sino estructurales, al menos sí simbólicos y/o de segundo orden. Determinados sectores del PSOE entendieron así que era esencial adaptarse a la nueva situación y modernizarse para que el partido pudiera seguir cumpliendo su papel como principal fuerza de Estado y cohesionador social entre clases. El objetivo era frenar la sangría de votos a Podemos, especialmente los provenientes de una clase media inestable, pero aun pujante, que históricamente había configurado ese «centro político-sociológico» esencial para la dinámica bipartidista-turnista del PSOE y el PP, pero que tras la crisis de 2008 recibió su primer espasmo y dio como primera respuesta un severo desplazamiento a la izquierda.³

3. Los espasmos de esta clase media inestable y en vías de descomposición han marcado los últimos 15 años de la política española. En disputa con la articulación que de esta clase han hecho históricamente el PSOE y el PP, Podemos fue el primero que trató de disputar en serio ese campo, lográndolo en cierta medida, aunque de manera muy frágil y temporal. Luego fue Ciudadanos, que murió en el intento. Y hoy lo intenta Vox, que ha logrado ya ciertos avances. Lo iremos viendo a lo largo del texto, pero para pro-

En esa tesitura, en 2015 una figura poco conocida como la de Pedro Sánchez, que trataba de capturar esos aires de renovación, logró imponerse a un Eduardo Medina que creía tener la victoria al alcance de la mano. Un proceso de «renovación» del PSOE pensado al inicio como un cambio de maquillaje ordenado y sin estridencias —pues Sánchez en ningún caso apareció como un candidato *a la izquierda* de Madina, y en las primarias se ganó el apoyo de la muy corrupta y conservadora federación andaluza—, pero que devino rápidamente en crisis tras la negativa del propio Sánchez de abstenerse para facilitar un gobierno de Rajoy, como querían el aparato dirigente, viejos figurones como Felipe González y el brazo mediático nucleado en torno al grupo PRISA. Así, en el verano de 2016 más de la mitad de los miembros de la Ejecutiva Federal se sublevaron contra Sánchez, a lo cual este respondió con su dimisión y famosa *gira a bordo del Peugeot* (recordemos este Peugeot, porque tiene mucho que decirnos sobre la actual situación). El plan era recabar los apoyos de las bases frente a unas «élites del partido» ancladas en el pasado, plan que sonó risible para algunos, pero que resultó en su sonada victoria en las nuevas primarias frente a dos figuras de gran peso, como Susana Díaz y Patxi López, que volvieron a contar con los apoyos de los González y demás viejas glorias de turno. El resto es historia: moción de censura a Rajoy en 2018, formación del primer gobierno de coalición en 2020 con Unidas Podemos y Pablo Iglesias de vicepresidente —y con toda la plana mayor de la nueva izquierda en sus ministerios: Irene Montero, Al-

fundizar en las vicisitudes de esta peculiar «clase» y su trayectoria política siguen siendo fundamentales los dos libros de Emmanuel Rodríguez: *La política en el ocaso de la clase media* (2016) y *El efecto clase media* (2023). Ambos disponible en PDF en: <https://traficantes.net/autorxs/rodr%C3%AD-guez-l%C3%B3pez-emmanuel>

berto Garzón, Yolanda Díaz, etc.—, convocatoria anticipada de elecciones en mayo de 2023 como respuesta a la victoria del PP en autonómicas y municipales y formación del gobierno de coalición 2.0 con Sumar —aún con Podemos dentro— y el apoyo necesario de EH Bildu, ERC, BNG, PNV y Junts.

Hay que tener bien situado este verano de 2023 para entender la situación actual. Porque el movimiento del PSOE y la decisión de formar un nuevo gobierno descolocaron y desquiciaron por partes iguales a la derecha. Así, la nueva dinámica de coalición/bloques que se abrió en 2018, como remodelación sin ruptura del modelo bipartidista, junto al rápido movimiento del PSOE frente a la victoria del PP, alteró el «desenlace natural» estructurado históricamente por el turnismo español: que el partido de gobierno, en este caso el PSOE, con trayectoria descendente de apoyos, diera paso a su natural sucesor, el PP, el cual contaba con más votos que él. Y, para más inri, lo hizo: a) sobreponiéndose a la tendencia internacional de nuevos gobiernos de derecha en toda la UE y b) apoyándose de nuevo en EH Bildu y ERC, pero sumándole además a Junts, que vendió sus votos al precio de una amnistía de la que Sánchez, hasta entonces, había abjurado repetidamente.⁴

4. El *procés* catalán supone un factor esencial para entender la pugna que se ha venido dando durante los últimos 10 por definir la orientación de ese pilar fundamental del orden político español que es el PSOE. Pues su «renovación» tras 2015 no podía solo aspirar a integrar la distancia respecto al «Régimen del 78» activada en el 15-M, sino que debía hacerlo también con la deslealtad al régimen tal y como esta había sido encarnada por el independentismo catalán. Este ha sido el peaje que el Gobierno de coalición ha tenido que pagar en las sucesivas legislaturas —siendo la amnistía su máxima expresión—. Y el «sanchismo» puede definirse así, en gran medida, como el intento de reformular los términos en que las fuerzas de orden mantienen su lealtad al régimen, evitando que se deslicen peligrosamente hacia una política de oposición.

La concesión de la amnistía, considerada por las élites *muy y mucho españolas* como un pecado de lesa patria, implicó por tanto que la estrategia de acoso y derribo con que la derecha —en sus dos vertientes— había saludado desde el primer minuto al gobierno de Sánchez (y muy especialmente durante la pandemia, bebiendo del manual ya ensayado contra Zapatero, que categorizaba como ilegítimo cualquier gobierno no presidido por el PP) diera un salto cualitativo. Aquí se sitúan el Noviembre Nacional y la famosa arenga de Aznar: «el que pueda hacer, que haga; el que pueda aportar, que aporte; el que se pueda mover, que se mueva». Es decir, comienza la estrategia de desgaste total a Sánchez, reforzando la idea de que el gobierno resultante era ilegítimo y él era un tirano que se había instalado en el poder a través del apoyo de los enemigos de España. El embiste político, social y mediático que se inicia en este momento, aunque aún dentro de los parámetros en los que se mueve la política burguesa-parlamentaria en tiempos de fuerte polarización, destaca entonces por su intensidad y variedad de repertorio. Especialmente en lo que se refiere a su dimensión administrativa-judicial-policial.

Aquí entra en juego, precisamente, uno de los puntos más destacados de la situación actual —y, claro está, uno de los mayores quebraderos de cabeza del PSOE—: la insumisión tácita de ciertos aparatos del Estado frente al gobierno de Sánchez, al que efectivamente consideran ilegítimo. Y es que, como resultado forzoso dada su naturaleza de partido de Estado, la imposibilidad de que el PSOE reforme sustancialmente ciertas instancias estatales especialmente rechazadas ha permitido que altas esferas administrativas, judiciales y policiales *que podían hacer mucho contra él, estén hoy haciendo*. Estas instancias, que tienen un poder objetivo heredado del

pasado capaz de perpetuarse y ampliarse por los intereses de parte y las dinámicas clientelares que en ellas se dan, con las cuales el PSOE mantiene una negociación constante y sobre las que se ha apoyado históricamente para sus intereses partidistas, están siendo así movilizadas hoy en su contra. La persecución judicial al entorno familiar de Sánchez (el caso de su mujer, Begoña Gómez, sigue siendo hoy uno de los puntos más delicados para la continuidad de la legislatura), el aprovechamiento del error de cálculo del fiscal general del Estado o la filtración de comunicaciones privadas de altos cargos del partido son solo algunos ejemplos. La judicatura y la Unidad Central Operativa (UCO) de la Guardia Civil ocupan un lugar destacado en esta historia. Y respecto a esta última, el tira y afloja entre Marlaska y el coronel Pérez de los Cobos y los efectos al interior de la putrefacta benemérita que este ha generado —véanse las relaciones entre la comandancia y Aldama en el caso Koldo— deja lecciones claras sobre lo que implica gobernar el Estado capitalista.⁵

En todo caso, esta insumisión administrativa-judicial-policial habría encontrado las cosas algo más difíciles si el PSOE no hubiera sido *lo que siempre fue, es y será*: como partido capi-

5. Como recordó Alberto Santamaría al respecto de los hechos: «No se trata de las cloacas del Estado, sino de sus cimientos». Por lo que ese mantra tantas veces repetido por la izquierda burguesa de «democratizar» un aparato burocrático-militar cuya razón de ser es precisamente la subordinación de las grandes mayorías trabajadoras y el control por todos los medios de cualquier mínimo intento de cambio (si le hacen esto a Sánchez, si le hicieron aquello a Iglesias, que no nos harían a nosotros, podríamos pensar con razón) resulta un oxímoron. Esta es una lección que nosotros debemos tener siempre clara: la única forma de democratizar el Estado capitalista es destruyéndolo. O lo que es lo mismo: no apartando «un par de manzanas podridas», sino eliminando de raíz un árbol que está estructuralmente envenenado para la clase trabajadora y cualquier alternativa revolucionaria.

talista, un partido corrupto y miserable; como partido profesional, un partido formado por hombres y mujeres de Estado que son buenos traficantes de influencias, prevaricadores y arribistas. Porque si la legal y oficiosa puerta giratoria al consejo de administración de turno de una gran empresa no es viable para algunos después de ciertos favores, las mordidas por amaños de contratos siempre serán buenos sustitutos para otros. El caso es que la lealtad al orden capitalista y su Estado tengan recompensa. Es lo que tiene la política profesional burguesa, es lo que tienen los partidos capitalistas. El caso Koldo-Ábalos-Cerdán, los tres acompañantes de Pedro Sánchez en aquella gira suya de 2016 a bordo del Peugeot, en el que la prostitución y la misoginia han sido la guinda del pastel, le ha puesto a toda la izquierda española bien de frente la miseria moral y política de la que es hoy su principal fuerza de combate. Ese PSOE renovado, ese PSOE modernizado en 2015, ese PSOE *progresista, feminista y social*, ha tenido durante los últimos años en sus más altas esferas —números 2 y 3 del partido, ministros, exsecretarías de Estado, etc.— hijos sanos de la política profesional burguesa y su miserable ética.

Mientras tanto, a «la izquierda a la izquierda del PSOE» todo este embrollo le ha pillado no ya a contrapié, sino en ese estado entre comatoso y mezquino que solo provocan las resacas más atroces. No podía ser otro el resultado de esa ingesta que comenzó con las cervecitas *destituyentes* y los *cielos por asalto* para pronto pasarse al vino —ya más respetable y en copa— del lealismo constitucional y el «OTAN, de momento sí», para acabar en los copazos en un consejo de ministros compartido con los Marlaskas y Ábalos de turno, finiquitados con unos chupitos en forma de tanquetas en Cádiz y subidas del gasto militar y sueldos de la policía. Tratemos de hacer un

breve repaso sobre su situación actual. Desde la muerte política de Errejón en otoño, Sumar, socio fiel de gobierno, se encuentra en respiración asistida. Como tal, hoy podría decirse que no existen ya políticamente. Y es que con 4 ministerios todo lo que hacen no parece importarle a nadie. Yolanda Díaz y su laborismo cursi murieron en el paritario, tal y como se esperaba. Ni siquiera la famosa jornada laboral de 35 horas; no, de 37; no, perdón, de 37'5, con la que llevan pregonando desde hace 3 años, despierta un mínimo de ilusión. A estas alturas de la película, sencillamente ya nadie se cree sus promesas. Bustinduy suena como el elegido para tratar de reagrupar fuerzas en torno a Sumar, pero IU parece no tener claro qué hacer y los equilibrios con los Comunes, Compromís y Más Madrid parecen difíciles. Sobre todo con Podemos agitando el avispero continuamente desde Canal Red. Podemos, qué decir hoy de Podemos... Aquello de primero como tragedia y después como farsa se queda corto para esta empresa familiar y su pequeña pero irredenta corte de fanáticos.⁶

6. No pueden abordarse aquí las causas del proceso de capitulación y degeneración sufrido por Podemos. Su marco ideológico, proyecto político general y modelo de partido son sin duda los principales factores. Dicho esto, resulta más interesante en este texto incidir en su papel como principal catalizador de esa «pulsión destituyente» surgida del 15-M, que Podemos integró en el espectro de la izquierda y, con ello, del régimen, abrazando así completamente el horizonte del turnismo y postulándose como una fuerza de régimen y no de «ruptura». El paso del «no pactaremos con el PSOE» al *cálido abrazo de coalición* entre Iglesias y Sánchez sella así un proceso de capitulación progresiva, que va estrechando irremediablemente el espacio político que este venía a ocupar, deudor de ese sujeto electoral «destituyente» que fue desarticulándose. Para profundizar en este proceso y sus implicaciones recomiendo leer el capítulo 5, seguido del 1, de *Marx XXI: El derecho a la revolución*, disponible en: <https://marxxi.com/products/volumen-4>.

Tratar de reflexionar sobre qué pasará con todo este espacio político de aquí a año y medio vista es sumamente difícil. El grado de irracionalidad e incompetencia política que arrastran unos y otros, sumado al odio visceral que han desarrollado entre sí, hace que cualquier previsión sea altamente inestable. Las encuestas de los últimos meses pueden empujar a Podemos, encabezado por la desgastada Irene Montero, a decidirse transitar por el desierto en solitario a la espera de que el presumible futuro gobierno del PP y Vox reactive a los movimientos sociales y ellos puedan resucitar-encabezar a «la verdadera izquierda» a través de Canal Red. El grado de deslegitimación social que Podemos arrastra, incluso entre la propia base sociológica de izquierdas, unido al reposicionamiento ideológico que están buscando asentar a través de Canal Red, muestra que quieren ocupar el pequeño pero tranquilo lugar histórico de IU y luego ya ver cómo continuar. Qué hará IU para tratar de evitarlo es sin duda el gran interrogante. Porque con un PCE arruinado, sin juventudes y proyecto histórico alguno, la pequeña fuerza moral, política y militante que la federación mantenía se ha evaporado. IU no puede así sobrevivir sin integrarse en una coalición más grande, donde un PCE moribundo sería la matrioska más pequeña. De ahí que este sea a la vez el actor más agónicamente interesado en crear una nueva coalición de toda la izquierda, como Maíllo viene dejando claro mientras los cargos orgánicos de Sumar le ignoran y los de Podemos le desprecian. Solamente con Rufián, por el momento y *a su manera*, pareciendo querer echarles un capote con ello. Así, mientras escribo estas páginas, el hijo pródigo del independentismo catalán que decidió dejar aquello de la independencia ya si tal para otro momento, ganándose con ello la simpatía de gran parte de la izquierda española, agu-

diza su llamada a «las izquierdas soberanistas» a encabezar el proceso de creación de «una nueva izquierda plurinacional». Una nueva izquierda, otra más, como si el problema no fuera el proyecto estratégico general de la izquierda, el qué y él cómo, y no el quién o el (desde) dónde.

El bloque de izquierdas, en todo caso, se enfrenta a un dilema de primer orden. La cuestión es sencilla: si lo que hay a la izquierda del PSOE no se presenta conjuntamente a las elecciones, la victoria del PP y Vox será prácticamente inevitable. Lo era ya antes de Ábalos-Koldo-Cerdán, y lo es más ahora si cabe. El PSOE e IU-Sumar no pueden permitirse esa victoria por las crisis internas que les produciría y apostarán por tanto fuerte por la unidad. Podemos sí podría permitírsela, pues su sectarismo los ha llevado ya al punto de creer en el «cuanto peor (para la izquierda), mejor (para nosotros)», aunque carecen de la fuerza para sustraerse sí o sí, del todo y de antemano, del proceso de unificación sin pagar un precio importante en términos de legitimidad. Sus últimas maniobras deben entenderse por tanto como un medio bien para asegurar las mejores condiciones posibles en ese proceso de unificación —logrando imponer que se margine a los sectores que les son más incómodos y/o sacando ciertos beneficios especiales—, bien para crear las bases ideológicas para, si el proceso de unificación se les plantea de una forma perjudicial, aspirar a sobrevivir a pesar de no haber formado parte de él. Aunque esto no tiene sentido en términos básicos de racionalidad política, pues el proyecto estratégico de IU-Sumar y el de Podemos es exactamente el mismo —lo que hace que su unificación sea positiva para no seguir enajenando a un electorado de izquierdas ya muy maltrecho de por sí, al que se empuja a imaginar grandes diferencias políticas donde solo hay cuestiones de matiz y

rencillas personales—, esta parece que es para Podemos hoy la opción más probable. Es sin duda la vía en la que están trabajando, lo que implica dar por hecho que PP y Vox gobernarán y ellos se encontrarán en la oposición con unos pocos diputados, similares a los de IU-Sumar o su *rebranding*, solo que contando con Canal Red para intentar terminar de hundirlos y recomponerse capitalizando la reactivación de ciertas luchas sociales, convirtiéndose así en la oposición a la derecha post-Sánchez. Se trata de una estrategia de tierra quemada. Pero ¿qué puede ofrecerle el resto de la izquierda para no llevar a cabo tal fratricidio? He ahí la gran encrucijada... En todo caso, si el proceso de unificación fracasa el escenario de descrédito generalizado de toda la izquierda será muy grande. Debemos estar bien atentos a ello porque esta sería una cuestión de especial interés para nuestro objetivo de generar una ruptura política amplia y de clase con toda el ala izquierda del sistema de partidos burgueses.

Pero no nos adelantemos. La «excepción española» del gobierno de izquierdas (recuérdese que solo 8 de 64 países occidentales, y 3 de 27 de la UE, están encabezados por partidos socialdemócratas, y algunos de ellos como los de Reino Unido o Dinamarca muy a la derecha del español) enfrenta su momento más agónico. Se trata de un gobierno débil y asediado, con una mayoría parlamentaria frágil y contradictoria que requiere de constante negociación en un parlamento donde la derecha tiene mayoría y ni siquiera es capaz de aprobar presupuestos generales. La «excepción» se explica así por la habilidad de negociación del PSOE y por la unidad de tres elementos: 1) un crecimiento económico mayor que el de sus vecinos; 2) la onda larga de un 15-M que desplazó hacia la izquierda a sectores importantes de población, y 3) la cuestión nacional, que

impide a las derechas nacionalistas vascas y catalanas alinearse plenamente con la muy españolista derecha española. El primer factor otorga cierta estabilidad al gobierno, el segundo le impide escorarse fuertemente hacia la derecha —como los laboristas británicos o los socialdemócratas daneses sí han hecho— y el tercero le da su débil mayoría parlamentaria. Ahora bien, el primer factor parece comenzar a renquear, mientras que el segundo puede saltar por los aires y hacer que el tercero sufra ciertas presiones. Es decir: la derechización general de la sociedad que trae consigo el nuevo ciclo político reaccionario, sumado a la deslegitimación de «la nueva izquierda» española y el gobierno de Sánchez tras los casos de corrupción, puede hacer decantarse a esa clase media antes mentada a desplazarse del todo a la derecha —o al menos a refugiarse en una abstención asqueada—. Y el desplazamiento hacia la derecha de ese «centro sociológico» podría permitir después que Junts y PNV se replanteen cierta colaboración con el PP.

El PSOE dará la batalla hasta el final y si la legislatura aguanta tendrán 2 años para tratar de hacer olvidar lo sucedido y agitar de nuevo el «que viene el lobo Abascal». Sánchez, su manual de resistencia y la reunificación de su izquierda siguen siendo posibles, aunque su probabilidad mengua por la introducción de otra variable internacional decisiva: el retorno de la austeridad a Europa, que ya resuena en Berlín, París y Londres. Acorralado entre su propia crisis interna y la obligación de imponer un programa de recortes que quebraría todas sus costuras, el progresismo español podría estar a punto de implosionar. Demos paso así al otro gran protagonista de nuestra historia.

EL BLOQUE DE DERECHAS Y LOS VIENTOS DE ÉPOCA REACCIONARIOS

Si la famosa imagen de Colón de inicios de 2019 que unió por primera vez al PP, Vox y el felizmente difunto Ciudadanos marcó el primer hito del nuevo ciclo político reaccionario que venía a iniciarse en nuestro país, el mencionado Noviembre Nacional de 2023 marcó el segundo hito y, en cierto sentido, el salto de escala patrio del mismo. Hay un hilo de continuidad fuerte entre ambos, pues las protestas de Ferraz solo proseguían las de Colón amenazando ya con ejecutar el programa de la derecha —impugnación del gobierno de Sánchez por ilegítimo y convocatoria de nuevas elecciones— *por otros medios*.

En este nuevo ciclo, el PP, al igual que hizo el PSOE en el anterior, debía adaptarse a la nueva situación y enfrentar por primera vez un competidor «serio» en su campo, Vox, para lo cual era necesario dar un «giro a la derecha». Con la moción de censura a Rajoy en 2018 y la irrupción de Vox se inició así una pugna al interior del partido por su orientación ideológica y línea estratégica, que dejó por el camino a algunas víctimas, como el olvidado Pablo Casado. La pandemia sepultó lo increíble de aquel asesinato político. Y es que cuesta recordarlo, pero frente a la opción de continuidad representada por el perfil «tecnocrático y de consenso» de Feijoo, Ayuso, que acababa de aniquilar sin inmutarse al secretario general de su partido en apenas dos días, estuvo muy tentada de lanzarse a la guerra por el control de este. Pese a no hacerlo, pese a no haberse hecho *aún* con el liderazgo formal del partido (Feijoo tiene una sola oportunidad más, *una*), esta sí consiguió reforzar la marcha a la derecha del partido. Marcha que se concreta hoy en ese embiste total y constante a Sánchez y la orientación

del PSOE bajo su liderazgo —lo que comúnmente se conoce como el «sanchismo»—, pero también en la adopción de distintos marcos de guerra cultural propios de la derecha radical, cuya ejecución, debe apuntarse, es siempre bastante chapuce-ra, aunque les vale para ir tirando al contar con la inercia del momento y la simpatía de partes importantes de los aparatos del Estado y grandes medios.

El XXI Congreso del PP de este verano ha definido la orientación ideológica de los populares sin introducir grandes innovaciones: se refirma como la casa común de la derecha liberal, los democristianos y los conservadores. No obstante, esta definición ideológica no puede entenderse sin su nueva definición estratégica frente al escenario global, donde ha defendido sin tapujos la alianza con Vox, al que debe sin embargo enfrentar por su flanco derecho —las jóvenes generaciones nacionalistas, conservadoras y reaccionarias son sin duda su principal reto—, pero también desbordar para no perder demasiado el contacto con ese centro sociológico que define la política burguesa española. Desborde para el cual, como viene insistiendo Enric Juliana, el antisanchismo es condición necesaria, pero no suficiente. Aznar marca así el paso al respecto: el objetivo debe ser disciplinar de manera categórica al PSOE, llevando si es necesario a Sánchez a prisión tras sacarle del gobierno, y poniendo las bases ideológicas y culturales para un posible futuro gobierno de concertación nacional. Las dos grandes facciones de la burguesía unidas si la situación internacional lo requiere, como Alemania viene tiempo enseñando. Esto es, agudizar el desplazamiento a la derecha de todos los marcos. Y, mientras tanto, retejer relaciones con los tradicionales aliados nacionalistas de derechas, como PNV y Junts, al que se propone «poner el contador a cero» y recuperar la cola-

boración. Como decía Enric Juliana al inicio de la legislatura: «Todos dentro», pero ahora en otro sentido. Así pretende solucionar el PP el dilema de pactos y alianzas que se le presenta a corto-medio plazo, aunque afirmando desde ya su disposición a gobernar con Vox, lo que hoy resulta el escenario más probable para 2027.⁷

¿Y Vox? Pues envalentonado y frotándose las manos, tras haber decidido que la mejor manera de surfear la ola es a calzón quitado. Así, propulsado por los reaccionarios vientos de época y la desazón generalizada respecto a la política estatal, se ha convertido ya hoy en el agente más dinámico y con mayor capacidad de articular el desencanto general de ciertas capas medias y de trabajadores desclasados. Su crisis interna de 2023, que resultó en la salida de Espinosa de los Monteros y la aniquilación de su sector más «liberal» en favor del sector más radical y posfascista de Buxadé, fue resuelta por Abascal adoptando el modelo caudillista de partido: quien me lleve mínimamente la contraria va fuera. Pero también con un viraje en su línea internacional, pasando en la UE de formar parte del grupo de Meloni (ECR) a hacerlo del de Orban (Patriots), deslizándose así a una posición más marcadamente ultra. Una línea que, además del nacionalismo y el nativismo antimigratorio, apuesta por una postura menos subordinada a ciertos consensos estratégicos de los partidos del orden europeo, especialmente el europeísmo y el atlantismo.

La cuestión de la inmigración se ha convertido en todo caso en su gran caballo de Troya, bajo el cual propagan su proyecto general y conectan con esas capas medias inestables y

7. Columnas de Enric Juliana para *La Vanguardia*: «¡Sánchez a prisión!» (05/07/205) y «El largo verano del 25», (27/07/2025).

temerosas, dispuestas a echarse en brazos de cualquier fari-seo que prometa defender los muros de su *decadente ciudadela*: vivienda en propiedad, fronteras controladas y «moros, rojos y maricas» a currar barato y calladitos en sus casas. Así, con una falsa retórica cada vez más antiestablishment, han conseguido asentar una cierta narrativa histórica: «la decadencia de Occidente» producida por la inmigración, el progresismo y la maligna ideología *woke* han de ser combatidas para hacer de nuevo grande a España. Trump siempre resuena. La combinación de racismo, chovinismo, autoritarismo y conservadurismo ponen el resto y definen su línea ideológica, en total lineamiento con la internacional reaccionaria de la que son fiel sección local y a la que, cabe la pena incidir en ello, han dedicado grandes esfuerzos por consolidar. Vox se mueve así en la disyuntiva de moderar los aspectos más agresivos de su línea y tratar de disputar al PP un electorado de derechas más grande (su matización de la beligerancia hacia al feminismo, por su devaluada reputación en el electorado femenino, debe leerse desde esta clave) o consolidarse como un partido algo más pequeño, pero muy cohesionado y genuinamente ultra, que fuerza al PP a adoptar medidas más radicales cuando este necesita sus votos, pero del que se diferencia muy claramente.⁸

8. Una hipótesis en este sentido que puede estar circulando entre los dirigentes de Vox es la de mantenerse fuera de un gobierno del PP, al que alzarían al poder, pero al que chantajearían constantemente desde la oposición, que liderarían en clave reaccionaria. Un PP desesperado, sin otra opción de gobierno a la vista, podría transigir con este compromiso. Por su parte, Vox tendría fuerza para presionar selectivamente y arrancar grandes objetivos, lavándose las manos con el resto —como Junts o ERC han hecho esta legislatura, arrancando proporcionalmente al PSOE incluso más de lo que Unidas Podemos y Sumar consiguieron desde dentro del Gobierno. De este modo, frente a un PP débil y decepcionante para un electorado que vivía de la idea del «antisanchismo», Vox podría ser a largo plazo el ganador

En todo caso, su objetivo a medio-largo plazo es claro: desplazar cada vez más el marco de lo que se considera políticamente posible y aceptable. Y, con ello, ampliar el espacio político de la ultraderecha y el posfascismo.

Todo lo cual, por supuesto, tiene grandes implicaciones más allá de Vox. Pues la enorme influencia mediática que este ha conseguido, combinando la astuta utilización de nuevos medios y formatos de guerra cultural y los vínculos empresariales y con grandes medios tradicionales del conservadurismo, no solo están sirviendo para desplazar a la derecha a todo lo que está a su izquierda, sino también para dar alas a todo el reducido pero peligroso campo que existe a su derecha. Un campo con el que Vox no teme desarrollar alianzas y ofrecer cobijo, a través de empleo —miembros de Núcleo Nacional y Revuelta trabajan para ellos— o financiación directa a pequeños medios ultras —HerQles, Estado de Alarma, etc.— que apoyan abiertamente el fascismo callejero y utilizan una retórica directamente fascista. Y un campo que, como ha señalado nuestro compañero Lorién Gómez, le sirve a Vox como «brazo auxiliar», en cuanto que ejecutor del trabajo sucio callejero a través de la violencia —hoy totalmente vehiculada contra los migrantes magrebíes, pero que sin duda irá ampliándose a nuevos sectores sociales y políticos—, y el cual va transformando la inseguridad económica de las inestables capas medias en inseguridad cultural y política. Poniendo con ello

de un juego político inscrito en una tendencia de creciente derechización. El Vox que ha terminado definiéndose a partir de las últimas luchas internas estaría así en condiciones de canalizar el descontento creciente en clave de una reforma autoritaria del Estado más directa y agresiva, con el horizonte de un gobierno en solitario en mente. Marco en el cual, como veremos a continuación, estaría dispuesto a apoyarse en los elementos más extremistas.

bases cada vez más firmes para la recomposición del fascismo si llegado el momento la burguesía vuelve a necesitarlo como último recurso.⁹

A MODO DE CIERRE: ENEMIGOS (MÚLTIPLES), RIESGOS (COMBINADOS) Y TAREAS (ESPECÍFICAS)

Esta es, a grandes rasgos, la situación política española en lo que se refiere a su sistema de partidos, es decir, la situación específica en la que debemos aterrizar nuestra reflexión sobre qué hacer y por dónde empezar para recomponer una fuerza política de clase, independiente y revolucionaria. Una situación que, como hemos visto, es sumamente dinámica, está abierta a grandes cambios y donde nuestros enemigos están permanentemente recolocándose y tomando nuevas posiciones. Y una situación que se inserta bien en la tendencia general hacia la descomposición política y social del orden burgués-liberal, al que las clases dominantes responden apretando cada vez más los engranajes represivos de su maquinaria, que amenaza con estallar por los cuatro costados.

Como hemos insistido muy necesariamente en los últimos años, el sistema de partidos burgueses en su totalidad, esto es, todas las facciones del «partido de la burguesía» o «partido del orden» en sentido histórico —todas las organizaciones que, al margen de sus diferencias y matices, están a favor de perpetuar el orden capitalista y la opresión de las grandes

9. LORIÉN GÓMEZ, «Del “Noviembre Nacional” a los pogromos de Torre Pacheco: la “estrategia de la seguridad inducida” de Vox», 17/07/2025, *Sin Permiso*. Disponible en: <https://www.sinpermiso.info/textos/del-noviembre-nacional-a-los-pogromos-de-torre-pacheco-la-estrategia-de-la-seguridad-inducida-de-vox>

mayorías trabajadoras sobre la que este se sostiene—, deben ser enfrentadas y combatidas por una fuerza de oposición revolucionaria como la que aspiramos a construir. La tarea general y primordial que se desprende de ello es así la necesidad de construir un partido separado de, y opuesto a, el resto de partidos de otras clases, elemento estratégico indispensable al que hemos dado y debemos seguir dando gran centralidad.¹⁰

No obstante, sería infantil por nuestra parte pensar que todas estas facciones enemigas son idénticas y su correlación de fuerzas al interior del orden político burgués no tiene implicaciones distintas y específicas para nosotros y los objetivos que tenemos en esta primera fase de recomposición política. Esto nunca fue algo propio de los socialistas revolucionarios. A Marx nunca le pareció lo mismo que en Francia se constituyera la Tercera República o perviviera el Imperio bonapartista, o que en Alemania gobernara Bismarck o lo hicieran los liberales. Tampoco a Lenin, que se pasó toda su vida insistiendo en el análisis concreto de la situación concreta, y para el cual el gobierno de Rasputín, los kadetes o Kerenski abría una situación completamente distinta en cada caso.

Sacar las lecciones necesarias del pasado para enfrentar los enormes retos que tenemos por delante es sin duda una obligación de primer orden para consolidarnos como nueva generación comunista. Y, en este sentido, partiendo de dichas lecciones, debemos ser capaces de detectar los riesgos concretos que trae consigo cada situación y correlación de fuerzas entre las diversas facciones burguesas en pugna, así como las

10. Para una exposición sistemática de lo que ello implica hoy puede leerse el capítulo 8 de *Marx XXI: Independencia política*. Disponible en: <https://marxxxi.com/pages/articulos-vol-3>.

distintas tareas específicas que cada una de ellas nos impone para avanzar en nuestro objetivo de recomposición política y construcción partidaria.¹¹ De modo no taxativo, termino así este texto tratando de exponer las que considero que son hoy algunas de nuestras principales tareas respecto a nuestros distintos enemigos políticos.

A corto plazo, resulta esencial que sigamos profundizando en la clarificación estratégica de nuestro proyecto, es decir, en qué significa construir un partido revolucionario, independiente y de masas e impulsar un proceso socialista en pleno centro imperialista en el siglo XXI. Y para ello es fundamental ahondar en el deslinde de campos con toda el ala izquierda del sistema de partidos burgueses, es decir, con todos aquellos partidos que desde una presunta perspectiva «transformadora» —a veces incluso retóricamente «de clase» o «socialista»—, apuestan por reproducir de manera edulcorada el orden capitalista. A este respecto resulta clave tener bien situado el viraje táctico de Podemos (que es posible que sea seguido después por otros actores como IU) y la modulación oportunista de su discurso hacia la izquierda, con una nueva terminología *ad hoc* —«malmenorismo», «régimen de guerra», etc.— que presiona desde la derecha nuestro marco ideoló-

11. Pues cabría añadir que los marxistas tampoco se opusieron nunca a todas las facciones no proletarias como «una masa reaccionaria» —idea que Marx y Engels criticaron duramente a los seguidores de Lassalle—, sino que estos lucharon siempre por establecer *las condiciones políticas generales más favorables* para el avance del proletariado. Sin perjuicio de que otras clases o sectores de clase pudieran beneficiarse a corto plazo de estos avances —sin ir más lejos, de la conservación o ampliación de ciertos derechos políticos y sociales—. Pues de lo que se trataba siempre es de que el proletariado fuera el que pudiera beneficiarse a largo plazo de ellas para llevar a cabo su gran misión histórica.

gico, amenazando con erosionar su coherencia. Algo que nos permite entender la necesidad de que el trabajo de agitación y denuncia nunca eclipse por completo la clarificación ideológica y el trabajo de propaganda en sentido estricto, que deben estar a la base del primero. Lo cual es condición para abordar con éxito un espacio político con el que nuestro proyecto debería pronto empezar a realizar trabajo político, y que hoy en día todavía se encuentra bajo el ala ideológica del reformismo —los sectores de la clase obrera más combativos, politizados y organizados—. Puede vislumbrarse ya, en este sentido, un escenario de lucha por definir cuál será la fuerza que lidere ideológica y políticamente a las fuerzas extraparlamentarias y de oposición —esto es, sin vocación de gobierno— en la era post-Sánchez, por lo que tener bien situados los planes de las izquierdas procapitalistas, reformistas y oportunistas a este respecto, y las tareas y medios específicos con que debemos hacerles frente, resulta una cuestión de primer orden.

A medio plazo, esta última se inserta en una lucha más general, o de fondo, sobre las condiciones en las que se abordarán las tendencias fundamentales de nuestro tiempo, como el auge reaccionario o la derechización general de la sociedad y el programa de la austeridad y la militarización, que representan el programa de la oligarquía occidental. En este campo, de nuevo, el gran dilema aparece entre una respuesta basada en la independencia política, la potencia de la clase obrera internacional y la construcción de una fuerza de oposición al sistema burgués en su totalidad, o el de una estrategia neo-reformista, ministerialista y de integración social burguesa que siga aplazando hacia el futuro, cada vez en peores condiciones y de forma más brutal, la llegada al poder de la extrema derecha. Pues una cosa es clara: renunciando a construir las herra-

mientas que se necesitan para luchar verdaderamente contra la extrema derecha —y, más en general, contra el programa estratégico de la burguesía occidental, que ellos mismos se ven obligados a aplicar—, la izquierda española no hace más que extender la agonía que precede a la victoria de Vox. Y es que retrasar la llegada de la extrema derecha al gobierno no es sinónimo de frenar su avance. Ni siquiera es sinónimo de ralentizarlo. Sino que ello puede provocar incluso que su llegada acontezca bajo una correlación de fuerzas todavía más desfavorable. En este camino, por tanto, no hay atajos: sin construir las herramientas necesarias, todo será contribuir a precipitar los peores escenarios. Por ello, como decía Koltitza, es más importante intentar lo difícil que engañar a la gente con lo imposible.

A largo plazo —o quizás, por desgracia, ya a medio-largo plazo—, sin ganar posiciones decisivas en esas batallas no será viable abordar el previsible escenario de mayor represión y autoritarismo, en el que las condiciones para la militancia y la actividad política general se vean gravemente erosionadas. En este sentido, se nos impone la tarea de tratar de convertirnos en la vanguardia en la lucha contra: 1) el ataque a los derechos políticos de toda la clase trabajadora, 2) el retroceso de los elementos democráticos de los regímenes liberales-burgueses y 3) la recomposición de las fuerzas fascistas que trabajarán por nuestra exterminación política, e incluso aniquilación física. Debemos tenerlo claro: para salir vivos de la ofensiva intensificada que la burguesía está poniendo en marcha es preciso emplearse a fondo en la construcción de un referente político de la clase trabajadora y en la recomposición de una dinámica combativa para el movimiento obrero, entendido este en sentido amplio. Lo cual, a su vez, ofrecerá las bases para un frente

de autodefensa y de clase unitario en caso de que se materialicen los peores escenarios, en los que la clase obrera y sus sectores militantes se vean amenazados por la violencia fascista y policial. Punto respecto al cual es importante empezar a prepararnos, teniendo bien situados desde ya los principales vectores de recomposición de estas fuerzas protofascistas, como la cuestión migratoria, y tratando de llevar a cabo un fuerte trabajo ideológico y cultural para bloquearlo, a la vez que las enfrentamos en todos los planos, incluido a nivel de calle.

Como puede verse, todos los anteriores son distintos niveles de un proceso único,¹² el cual tiene como factor esencial la recomposición de una alternativa política de y para la clase trabajadora en forma de partido comunista de masas. El gran ausente hoy, a la vez que la única alternativa real, dentro del tablero político internacional. Construir las bases de esta alternativa y de este partido es por lo tanto nuestra gran tarea. Pues solo a partir de estas bases podrá la clase trabajadora internacional volver a hacerse un hueco, poco a poco, en el tablero político con una voz propia y diferenciada. Lo cual le permitiría progresivamente ponerse a la cabeza de la lucha contra los embistes de las fuerzas más reaccionarias, mientras mantiene su independencia respecto a las fuerzas «progresistas». Organizada en un partido independiente, la clase obrera podría ejercer desde muy pronto una mayor presión sobre sus

12. Al cual se podría sumar, aún más a largo plazo, la gran crisis ecológica y el riesgo de una nueva guerra mundial nuclear, factores ambos que amenazan directamente con destruir las condiciones de posibilidad para la vida humana tal y como hoy las conocemos, o al menos con llevarse por el camino a una ingente cantidad de población humana, y factores que por su amplitud y complejidad he decidido no introducir para no alargar de más el texto, pero que también encuentran en el socialismo su única respuesta.

adversarios, impulsando así la defensa de las cuestiones más urgentes, mientras conserva la perspectiva a largo plazo de los objetivos más ambiciosos.

De todo ello se trata. De escarbar un espacio para el comunismo en el siglo XXI, que recupere la racionalidad interna de sus principios y lo haga inteligible para cada vez un sector más amplio de nuestra clase. De tener claro que la mediación central de este proceso es la proyección del socialismo como una fuerza de oposición y no de simple turnismo. De combinar medios específicos de lucha para cada uno de nuestros enemigos, situando bien el momento en que cada uno se encuentra, cómo se relacionan entre sí y qué pasos debemos dar para combatirlos. Y de medir cada decisión desde la perspectiva general de aumentar las capacidades de lucha de la clase obrera, de su poder frente al Estado y el resto de clases, y de la construcción de su partido. Ese es nuestro gran reto histórico como nueva generación de militantes comunistas.

Lecciones del movimiento de solidaridad con Palestina

Nos acercamos al segundo aniversario de la ofensiva militar genocida que el Estado de Israel lanzara sobre el pueblo palestino en Octubre de 2023. Dos años en los que, de forma prácticamente ininterrumpida, Gaza ha vivido bajo las bombas, las balas y el asedio; en los que la colonización de Cisjordania ha avanzado a pasos agigantados, en los que Israel ha extendido su ofensiva de forma desigual a toda la región. Años que se insertan en una historia de colonización y limpieza étnica que ya se extiende casi un siglo, inscritos ambos en el ADN del Estado de Israel. Años en los que el mundo se ha acostumbrado a convivir con una barbarie meticulosamente documentada y la legalidad internacional se ha probado como letra muerta.

Al mismo tiempo, el mundo no ha aceptado lo anterior en silencio. El pueblo palestino ha seguido resistiendo heroicamente al invasor, y la solidaridad con Palestina se ha extendido a lo largo y ancho del planeta. El objetivo de este artículo es precisamente extraer las lecciones legadas por estos dos años de luchas en solidaridad con Palestina, restringiendo el objeto de análisis al caso Occidental. El motivo es doble: se trata, por un lado, del principal bloque imperialista mundial y aquel que está directamente implicado en la ejecución del genocidio. Por otro lado, se trata de nuestro marco de actuación inmediato. Nada de lo anterior significa, sin embargo, que potencias como Rusia o China deban ser exculpadas por su complicidad con Israel, o que las clases dirigentes de los países árabes pue-

dan ser exoneradas por su cobardía y su perfecto alineamiento con el imperialismo. Tampoco significa que, en lo que respecta a la solidaridad con Palestina, todo dependa de Occidente. Sin ir más lejos, las masas árabes habrían de jugar un papel central en cualquier proyecto de destrucción del sionismo. A modo de introducción, esbozaré una breve cronología de estos dos años de ofensiva israelí y la represión del movimiento propalestino occidental que la ha acompañado como un doble siniestro.

El día 7 de Octubre de 2023 tuvo lugar la Operación Inundación de Al-Aqsa organizada por Hamás, a lo que Israel responde con una campaña que le permitirá avanzar hacia la erradicación total del territorio palestino, utilizando la excusa de derrotar a Hamás y liberar a los rehenes. Esto se materializa primeramente en Gaza, de manera tan localizada como desproporcionada, con una serie de ataques a gran escala cuyas dimensiones desbordan por mucho el marco de su propia justificación. Poco a poco, comenzando por la Franja de Gaza y expandiéndose rápidamente, Israel reduce a cenizas las principales zonas de residencia y supervivencia palestina.

Durante estas semanas, la posición política en Occidente es, de manera incuestionable, la defensa del «derecho de Israel a defenderse». Alimentando así la narrativa de la escalada militar como algo necesario, tanto en un sentido discursivo a la par que bélico, financiando y proporcionando armas a Israel. En Francia, el Ministerio del Interior prohíbe las manifestaciones propalestinas bajo el alegato de peligro del orden público. En Estados Unidos, la policía y las universidades reprimen las protestas estudiantiles propalestinas. En España, las demostraciones de apoyo a Palestina se convierten en el cuarto caso más perseguido de ese año.

La ofensiva sobre Gaza continúa y se extiende a Cisjordania. En noviembre, el principal filósofo alemán, Jürgen Habermas, escribe junto a otros intelectuales destacados una carta pública donde afirma que el Estado alemán está moralmente obligado a cerrar filas con «el Derecho de Israel a existir», renunciando además a condenar la ofensiva israelí. Esta carta sigue el formato ambiguo que se propaga por todo Occidente, tejiendo una red donde cada crítica a Israel pueda categorizarse de antisemitismo. Estas intenciones de endulzar la ofensiva israelí se extienden desde dos puntos: el coro unificado de voces de los líderes políticos que claman el derecho de Israel a defenderse, y las posturas que van un paso por delante, justificando abiertamente los cortes en servicios humanitarios, agua y electricidad en territorio palestino, como hizo Starmer, líder laborista de Reino Unido. En Suiza, como uno de los países que se presupone neutral históricamente ante conflictos, la Universidad Tecnológica prohibió todo tipo de expresión política tras las protestas de los estudiantes que demandaban romper los lazos que mantiene ésta con Israel. Siguiendo esa línea, la Universidad de Finlandia prohíbe manifestaciones propalestinas.

A inicios del año 2024 la cifra entre asesinados y heridos en Gaza alcanza los 75.000 según los cálculos del Royal Holloway College de la Universidad de Londres, aproximadamente 1 de cada 25 palestinos. Tras décadas de homenaje pacífico, la policía berlinesa reprime brutalmente la manifestación en honor a Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht donde se portaban símbolos propalestinos. En febrero Israel intensifica sus ataques y bombardea Rafah, lugar donde se encontraba aproximadamente la mitad de la población gazatí tras haber sido obligada por el ejército israelí a evacuar el norte de la Fran-

ja de Gaza hacia una «zona segura». Comienza la Operación Mano Dorada sobre este territorio como forma de «asegurar» su posición. El miembro de la Fuerza Aérea de Estados Unidos, Aaron Bushnell de 25 años, se prende fuego vivo frente a la Embajada de Israel en Washington D. C., como protesta contra el genocidio en Palestina. Israel continúa con evacuaciones forzosas hacia ratoneras definidas, en las cuales vuelve a impedir la entrada de ayuda humanitaria. Mientras, la Unión Europea desestima las peticiones de forzar un alto el fuego y se conforma con «aumentar la presión» sobre Israel en marzo.

En mayo Israel bombardea el campamento de refugiados de Jabalia y acentúa los ataques en Rafah. La policía reprime brutalmente las protestas en los campus americanos y alemanes. En la Universidad de California son arrestados más de 200 estudiantes. 49 estudiantes son detenidos en la Universidad de Utrecht, Países Bajos. Ahora conocemos las expulsiones y sanciones que se han puesto en marcha en la Universidad de Columbia a casi un centenar de los estudiantes que formaron parte de la acampada por palestina. En España se desalojan por la fuerza varias acampadas como la de Santiago de Compostela o la de Sevilla, y en esta última se pide prisión a uno de los estudiantes que participaron.

Durante el verano de 2024 se amplían los ataques a Cisjordania y se reduce a cenizas gran parte de los hospitales y campamentos de refugiados que quedaban en las principales ciudades del territorio palestino. La mayor parte de la población palestina reside en las zonas de evacuación y la inanición se coloca como una de las principales causas de muerte. En septiembre, Israel extiende sus ataques a Líbano. En octubre se conoce que la Heritage Foundation, responsable de múltiples planes

que dan cuerpo al gobierno de Trump, publica el «Proyecto Esther», un plan para suprimir el movimiento propalestino en Estados Unidos. Más de la mitad de sus propuestas —poner en el punto de mira a estudiantes, activistas y universidades, etc.— han sido aplicadas por la Administración Trump desde su toma de posición en enero de 2024. Se termina el año con aproximadamente 47.000 muertos en Palestina, directas e indirectas, según cifras del Ministerio de Salud de Gaza.

En enero del actual 2025 se acuerda un alto el fuego en Gaza. Israel pausa los ataques a gran escala, mientras sigue cometiendo asesinatos diarios. En febrero, Israel suspende la liberación de los presos palestinos establecidos en el alto el fuego. El 18 de marzo rompe el acuerdo y bombardea Gaza con ataques continuados que mataron e hirieron a cerca de mil palestinos. Estados Unidos encierra en un centro migratorio a Mahmoud Khalil, estudiante que participó en la acampada por Palestina de la Universidad de Columbia, mientras se tramita su deportación.¹ El secretario de Estado, Marco Rubio, lo llama «el primer arresto de muchos que vendrán» y comienza la campaña de asfixia a las universidades estadounidenses para notificar de los estudiantes que formaron parte de las protestas propalestinas, siendo sancionados, expulsados y algunos enfrentados a procesos judiciales. En Italia se registran los domicilios de quienes participaron en la manifestación pacífica propalestina frente a la Embajada de EE. UU. en la Toscana.

En mayo se activa la operación «Carros de Gideón», nombrada en honor al personaje bíblico que aniquiló a la tribu de los medianitas. Israel avanza hacia la ocupación completa de

1. PÉREZ, A. (2025), «El primer arresto de muchos que vendrán», *Diario Socialista*.

Gaza tras meses de bloqueo que han provocado terribles enfermedades y hambrunas. Biden sale a la palestra tras filtrarse que, contrariamente a sus promesas públicas, no realizó ningún intento serio por detener la ofensiva israelí. Israel extiende sus ataques a Yemen. Francia ilegaliza las organizaciones propalestinas Urgence Palestine y La Jeune Garde. Estados Unidos sigue encerrando estudiantes. Alemania cierra Red Stream, y el Consejo Europeo condena sin mediar juicio alguno a una «muerte civil» a su fundador, Hüseyin Dođru. España condena a 60.000 euros de multa a Indar Gorri por un tweet contra el sionismo. El grupo irlandés Kneecap es perseguido e investigado por expresar solidaridad con Palestina en varios festivales, uno de sus miembros es enviado a juicio tras haber agitado una bandera de Hezbollah durante un concierto del pasado noviembre, alegando enaltecimiento al terrorismo. Se revela que el Estado español ha seguido vendiendo armas a Israel, y que en Reino Unido las ventas se triplicaron desde la llegada del gobierno laborista. El exfutbolista Gary Lineker es expulsado de la BBC por compartir un vídeo antisionista en su cuenta de Instagram. Petición de dos años de cárcel y deportación para dos participantes del escrache a la embajadora del régimen israelí en 2023 en la universidad Complutense. Austria disuelve un campamento propalestino en la Universidad de Viena utilizando drones y represión policial que terminó con heridos. La Administración Trump deniega a Harvard, la universidad más importante del mundo, el derecho a matricular alumnos extranjeros, acusándola de promover la violencia, el antisemitismo y colaborar con el Partido Comunista Chino. Se amplían los métodos de control de antidisturbios y el uso de la fuerza represiva cada vez más desproporcionada para hacer frente a la solidaridad con Palestina: durante el mes de

mayo en Italia, Bélgica, Alemania y Grecia se utilizan gases lacrimógenos para detener protestas propalestinas.² En España, se mantienen las ventas de armamento a Israel y se eleva una declaración en favor de la solución de dos Estados a la ONU. El representante de Palestina en la ONU, Riyad Mansour, rompe a llorar mientras narra la situación en Gaza. Israel continúa asediando Gaza y redobla sus ataques a Irán en junio, generando un escenario de guerra abierta que acaba dando lugar a un cierre provisional tras el bombardeo estadounidense de instalaciones nucleares iraníes.³ En agosto son asesinados periodistas de Al Jazeera.

En las semanas siguientes, y hasta el momento de escribir estas líneas, Israel preserva su bloqueo a la entrada de ayuda humanitaria a Gaza, generando una situación de hambruna generalizada a la vez que sigue disparando contra quienes tratan de acceder a alimentos. Las imágenes de niños famélicos, reducidos a puro hueso, recorren el mundo, forzando a numerosos negacionistas a reconocer por fin la realidad del genocidio y obligando incluso a Occidente a expresar su condena hipócrita.

A toda esta narración terrorífica le subyacen al menos dos tendencias principales. La primera es la *determinación expansionista y genocida del régimen israelí*, inevitablemente acompañada por una *creciente beligerancia*. La clase dirigente sionista vio en el 7 de octubre el «shock» necesario para poder cumplir de forma acelerada algunos de sus más ambiciosos objetivos estratégicos, y ha ejecutado desde entonces, con un alto gra-

2. PÉREZ, A. (2025), «Matar al mensajero, armar al genocida», *Diario Socialista*.

3. SEIJO, J. (2025), «Un perro de presa desatado», *Diario Socialista*.

do de sistematicidad, una agenda de limpieza étnica, avance colonial y ofensiva generalizada contra sus enemigos. En otras palabras, la «respuesta» al 7 de octubre fue concebida y ejecutada, desde el minuto uno, como un proyecto genocida y expansionista. Este proceso posee tres ejes internamente relacionados: la liquidación y ocupación de Gaza, la intensificación de la colonización de Cisjordania y la guerra generalizada contra los enemigos geopolíticos del régimen sionista, con ataques contra Yemen, Líbano, Siria e Irán.⁴ Su correlato retórico es la creciente tendencia a complementar la cínica justificación oficial de la guerra —«liberar a los rehenes y derrotar a Hamás»— con narrativas que cada vez se molestan menos en ocultar sus voluntades de expandir el «Lebensraum» sionista. A su vez, la promoción del grotesco vídeo sobre «Trump's Gaza» por parte del propio Trump puede verse como la luz verde simbólica⁵ a la confesión abierta por parte de la élite israelí de que nos encontramos ante un proyecto de limpieza étnica.

En este punto, cabe realizar una precisión que el *nacionalismo metodológico* con el que tienden a abordarse estos fenómenos oscurece de forma sistemática: Israel no es una entidad autónoma cuyos actos son vagamente «consentidos» o «insuficientemente combatidos» por Occidente. Esta idea genera el falso imaginario de Israel como matón y Occidente como espectador pasivo, reproduciendo una exterioridad inexistente entre ambos. En rigor, tanto la capacidad militar como la solvencia financiera de Israel dependen *directamente* de Estados

4. Véase MACHOVER, M. (2025), «Netanyahu pretender redibujar el mapa de Oriente Medio», *Sin Permiso*; «El doble objetivo militar del sionismo», *Sin Permiso*.

5. CONRAD, J. (2025), «Trump da luz verde a la limpieza étnica», *Contracultura*.

Unidos y generalmente de Occidente en su conjunto, por lo que las operaciones militares israelíes, y por lo tanto el mismo genocidio, deben verse como *operaciones militares de EE. UU.* en su función de líder del bloque imperialista occidental. Por decirlo de otra manera, la creciente beligerancia israelí tiene como trasfondo una *acción conjunta* de este mismo bloque, estructurada en base a la división del trabajo que opera en su seno. Por ejemplificar con datos: el 47% de los vuelos militares que durante estos dos años han sobrevolado Gaza para recabar inteligencia y entregársela al Estado sionista han sido británicos, mientras que solo un 20% de vuelos han sido propiamente israelíes. Las «condenas» hipócritas a las operaciones israelíes por parte de líderes occidentales deben verse, a su vez, como medios —mayormente vacíos y cosméticos— para negociar la tensión entre la legitimidad de cada Estado entre su propia población —mayoritariamente opuesta al genocidio— y sus férreos compromisos internacionales.

La segunda tendencia que debemos mencionar es la *creciente represión del movimiento de solidaridad con Palestina*. La razón de ser de ésta es que el caso palestino amenaza con abrir una brecha entre la necesidad del Estado liberal de presentarse como garante del «bien común» y valores universales, y la realidad de unos compromisos imperialistas que le ubican firmemente en el bando del genocidio. En la medida en que ahondar en esa brecha tiende a socavar la legitimidad interna de los Estados —de la que también requieren para administrar sus intereses imperialistas— un movimiento propalestino *consecuente* es inevitablemente un *enemigo del Estado*, y el desarrollo de un movimiento propalestino que fuera ganando en fuerza, convicción y organicidad sería una amenaza de primer orden. Una amenaza, por cierto, independiente del color político del

partido de gobierno, pues el imperialismo es una política de Estado. La represión, por lo tanto, debe verse como un medio permanente de *contención* de la solidaridad con Palestina dentro de unos límites aceptables para el orden estatal. En este sentido, las declaraciones hipócritas de nuestros dirigentes, mucho más inconsistentes, son su complemento (al modo del palo y la zanahoria), en la medida en que persiguen un objetivo idéntico. El propósito de esta clase de «denuncias» a Israel es esencialmente evitar que la indignación se dirija también hacia su propio Estado y el gobierno que encabezan, canalizándola por vías «seguras». Ahora bien, la fuerte continuidad de la represión obedece a un hecho simple: las declaraciones, por hipócritas que sean, son algo que los Estados deben administrar con cautela, pues encierran el riesgo de generar unas expectativas que no están dispuestos a cumplir. España, en este sentido, es un caso paradigmático, donde solamente la enorme capacidad de contención que el PSOE posee sobre «la izquierda» en el sentido más amplio obstaculiza que su abierta hipocresía genere una indignación más generalizada. Tampoco puede sorprender, por otro lado, que la intensidad de la represión esté proporcionalmente vinculada a la fortaleza del vínculo que cada Estado posee con Israel —internamente relacionado, a su vez, con el peso de cada uno de estos dentro del bloque imperialista occidental—. De ahí que EE. UU., Alemania y Reino Unido encabezen el pódium represivo.

En cualquier caso, como expondremos a continuación, la suma de represión y concesiones retóricas difícilmente hubiera podido impedir la expansión del movimiento propalestino si el despliegue de este último no hubiera tenido como punto de partida un contexto de desmovilización, fragmentación y desarme ideológico de las fuerzas obreras y populares.

Antes de entrar en esta cuestión, sin embargo, cabe mencionar tres elementos que permiten ubicar tanto el propio el genocidio como la represión al movimiento propalestino en su contexto histórico, así como en el proceso que les otorga unidad: un declive capitalista que media el declive del bloque imperialista occidental, imponiendo un tanto un *giro militarista* que tiende a convertir la competencia entre bloques en competencia bélica abierta como un *giro autoritario* que blinda los Estados para asegurar su correcto desempeño en una era de lucha de clases intensificada. Sumadas al *auge reaccionario*, estas tendencias apuntan hacia la sustitución del orden liberal post-1945 por formas más descarnadas de dictadura de la burguesía.

El propio caso de Israel es revelador. El Estado sionista siempre fue un ejemplo de cómo la «democracia» en el sentido burgués es *perfectamente compatible* con el racismo, el supremacismo y las políticas de apartheid. Sin embargo, en Israel la reciente escalada genocida se solapa en el tiempo con un giro autoritario que, acompañado por la hegemonización del sionismo mesiánico,⁶ apunta hacia el abandono del marco liberal y la instauración de un régimen dictatorial abierto. No es, como señala cierto progresismo, que Netanyahu esté utilizando la guerra para perpetuarse en el poder y esquivar las causas judiciales pendientes, como si el genocidio fuera una mera cortina de humo para cuestiones de política doméstica. La realidad, por el contrario, es que existe una unidad entre el avance del sionismo hacia sus más ambiciosos objetivos estratégico-coloniales —el Gran Israel en una u otra versión—

6. MACHOVER, M. (2022), «Israel: Populismo, anexionismo y mesianismo», *Sin Permiso*, 2019; «Israel: colonialismo mesiánico», *Sin Permiso*; «Israel: colonialismo sionista acelerado», *Sin Permiso*.

y la eliminación de su máscara liberal, estando ambos íntimamente vinculados a los procesos globales ya mencionados —giro militarista, giro autoritario, auge reaccionario— y su expresión específicamente israelí, donde el empoderamiento del colonialismo mesiánico-autoritario responde a la crisis social generada por las últimas décadas de desarrollo económico «neoliberal».

* * *

Pasemos ahora a nuestro campo, el de la oposición militante al genocidio. En este punto, un mínimo realismo nos obliga a hacernos la pregunta: ¿no existe una obvia y terrible *desproporción* entre la gravedad de los hechos y la intensidad de la respuesta, tanto en términos cuantitativos como cualitativos? Desde California hasta Marsella, el movimiento propalestino occidental ha dado numerosas muestras de tenacidad y heroísmo. Sin embargo, no deja de ser palpable una debilidad a todos los niveles, que de hecho contrasta con el carácter socialmente mayoritario de las simpatías propalestinas.

El problema de fondo es que el genocidio ha tenido lugar en un contexto marcado, como decíamos, por la desmovilización, la fragmentación y la debilidad ideológica de las fuerzas obreras y populares. Aquí se superponen varias capas, de menor y mayor profundidad: 1) el fracaso y extinción del ciclo de protestas 2008-20; 2) el declive del movimiento obrero; 3) la bancarrota y liquidación de los partidos proletarios, unida a la crisis de la conciencia socialista y la independencia de clase en su sentido más básico. Todo lo anterior tiene su reverso en

el giro *generalizado de la política hacia la derecha*; tendencia que aceleró a partir de los 70, se reforzó en 2008 y dio un salto espectacular a mediados de la década pasada.

Una lección elemental del caso que nos ocupa es que en ausencia de organizaciones de masas la mera gravedad de un hecho —y resulta difícil imaginar uno más espeluznante que el genocidio palestino— no da lugar por sí misma a la creación de un movimiento estable y coherente. En rigor, quienes han sostenido el movimiento son las *organizaciones ya existentes* (la suma, en la mayoría de los casos, de las redes internacionales de la resistencia palestina, debilitadas tras décadas de acoso y derribo israelí, y fuerzas comunistas, anarquistas o —de forma mucho más timorata y oportunista— socialdemócratas), siendo la debilidad del propio movimiento un reflejo de la debilidad de estas.

Otra forma de expresar una idea similar es la siguiente: las organizaciones son la mediación necesaria entre los sentimientos y opiniones de la población, y su canalización política y movilizatoria. Allí donde esa mediación flaquea, la capacidad de que esas opiniones se transformen en praxis política flaqueará también.

La siguiente cuestión, por tanto, es qué clase de organizaciones podrían, en este caso, haber abordado esta tarea de forma adecuada. Debemos tener en mente lo que ya hemos mencionado: un movimiento palestino consecuente sería, por definición, un movimiento *desleal* a los intereses geopolíticos de su Estado y el bloque del que este participa. Esto, por tanto, excluye a una socialdemocracia cuya característica esencial es precisamente esta lealtad. A nivel de los gobiernos, el del PSOE y Sumar se ha limitado a enmascarar su complicidad ge-

neral con declaraciones de condena más bien simbólica, que en ningún caso se han convertido en acciones diplomáticas contundentes ni el fin del apoyo *de facto* a Israel —relaciones comerciales mediante—. Aún peor es el caso del gobierno laborista presidido por Keir Starmer, mucho más directamente involucrado en el genocidio —por su posición dentro del bloque occidental— y que apenas llega siquiera a las declaraciones hipócritas. El SPD alemán se mueve en una lógica similar. A su vez, en lo que respecta a la presencia en las calles, los partidos socialdemócratas (más o menos radicales) y los sindicatos mayoritarios han ofertado un repertorio de movilizaciones esporádicas y profundamente romas en su contenido político —y en algunos casos, como en Alemania, ni siquiera han llegado a eso—.

La cuestión de la flaqueza del contenido político —o, mejor dicho, de su complicidad con el *statu quo*— es especialmente importante, pues está internamente vinculada al carácter asistemático y débil de muchas de las protestas. El sentido común podría decir: ¿no es mejor una movilización en términos políticamente muy «neutros» y que fuera por lo tanto capaz de incorporar al máximo número posible de gente? El problema de esta lógica es que su coherencia es solo aparente: renunciar a abordar *la realidad* de lo que está sucediendo en Gaza —una operación militar genocida del bloque imperialista occidental por mediación de su punta de lanza en Oriente Medio, un etnoestado colonial erigido sobre la expulsión y el exterminio de los palestinos— en pos de alguna vaguedad «atrapalotodo» es renunciar a politizar realmente la respuesta al genocidio, y genera por lo tanto una dinámica de «pan para hoy, hambre para mañana». En otras palabras, condena al movimiento de solidaridad a no ser *un movimiento*, sino más bien un paraguas

vacío completamente dependiente de los episodios puntuales en los que la indignación más general con los actos de Israel desborda, dando lugar a una serie de movilizaciones que pasan pronto a extinguirse.

Tras estos dos años de horror, debería estar más que claro que el problema no es Netanyahu, ni Trump, ni los colonos más ultras: es *el sionismo como tal*, las dinámicas inevitablemente generadas por un Estado colonial que funciona como «base» del imperialismo occidental en Oriente Medio y está fundado sobre una legitimación étnico-religiosa que, entre otras cuestiones, le impide por principio delimitar constitucionalmente sus propias fronteras.⁷ Que no se pueda saber dónde acaba Israel es parte del concepto mismo de Israel. Esto es lo que determina que la llamada «solución de dos Estados» nunca haya sido realmente una solución, pues aceptar una delimitación geográfica cerrada y una coexistencia pacífica con sus vecinos es contrario a la naturaleza del Estado sionista.⁸ Este es también el motivo por el cual la política israelí estaba condenada a ser tarde o temprano dominada por las ramas más fanáticas y fundamentalistas del sionismo, mucho más coherentes con los principios fundacionales de su Estado que un laborismo sionista escindido por la contradicción entre su secularismo formal y la esencia étnico-religiosa de su proyecto, así como entre su falaz apelación a ciertos valores universales y su naturaleza colonial, particularista y asesina.⁹

7. FORD, E. (2025), «No es solo Netanyahu: es el sionismo», *Contracultura*.

8. MACHOVER, M. (2025), «El espejismo de la solución de uno o dos Estados», *Sin Permiso*.

9. ARANZADI, J. (2001), *El escudo de Arquíloco, volumen 2: el Nuevo Israel Americano y la Restauración de Sión*, Visor, Madrid.

La *destrucción del Estado sionista* es el elemento programático mínimo para apuntar a una solución real y plenamente independiente de nuestro bloque imperialista. Que el problema es Israel es precisamente lo que unos Estados occidentales estructuralmente atados a este no pueden aceptar en ningún caso. Pueden hablar hipócritamente de «paz», pero obvian groseramente que la creación de un único Estado secular y la eliminación de toda estructura colonial es una condición indispensable para la paz entre judíos y árabes.

Un segundo eje básico es la defensa del derecho del pueblo palestino, como pueblo colonizado, a la resistencia armada. Esto, cabe subrayar, es formalmente independiente de la adhesión estratégica a una u otra fracción de la resistencia palestina, cuestión que nos llevaría a otro debate. La presunción de que los palestinos deben aceptar sumisamente su suerte —la lenta extinción a la que Israel estaba condenándolos antes de proceder a su exterminio acelerado— es el sumidero ideológico por el cual se cuela ese «derecho de Israel a defenderse» que, desde el minuto uno, no ha sido más que una cobertura para el genocidio.

Ambos puntos son, cabe subrayar, elementos básicos para construir formas de unidad parcial, pero firme, en torno a esta lucha, la cual no excluye la participación en movilizaciones más amplias, pero sí obliga a un fuerte deslinde de campos con el socialimperialismo implícito en muchas de las posturas allí presentes, y deben ser complementadas por formas de debate estratégico capaces de abordar con todo el rigor y ofrecer posibles respuestas a los profundos dilemas políticos que encierra la cuestión palestina.¹⁰

10. KILANIS, R. (2024), «Estrategias para la liberación: viejos y nuevos debates en la izquierda palestina», *Contracultura*; MACHOVER, M. (2025),

La lucha ideológica y el deslinde de campos es y será decisiva para evitar la claudicación política ante las sofisticadas redes de defensa del imperialismo, que combina su rostro más cruel con la faceta amable de un pacifismo abstracto que no es más que otra coartada para su dominio. Extender ambas ideas sería fundamental para generar un movimiento capaz de no desinflarse ante las concesiones retóricas de los dirigentes occidentales ni achicarse ante una represión que saben vinculada a su abierta oposición a los intereses de su Estado, así como, por supuesto, para atacar realmente la legitimidad de este y el tinglado imperialista sobre el que se sostiene. Esto, por otro lado, no disminuiría su capacidad de presión inmediata, sino que de hecho la aumentaría —pues es una regla general que el calado de las concesiones que los Estados capitalistas otorgan es directamente proporcional a cuánto esté en juego su legitimidad—. También es, por supuesto, fundamental para ejercer una labor de educación política que merezca tal nombre. Quien se vea movido por un vago, pero honesto sentimiento de injusticia frente al horror no debe encontrarse por parte de los sectores organizados con consignas falaces que busquen masajear sus prejuicios, sino con explicaciones reales sobre lo que sucede y soluciones a la altura del desafío.

Con estos mimbres, podemos reformular levemente la tesis anteriormente expuesta: en la medida en que todo movimiento propalestino consecuente sería enemigo de «su» Estado, *la debilidad del movimiento propalestino occidental es una expresión de la debilidad de las fuerzas contrarias al Estado imperialista.*

«¿Qué solución «entre el río y el mar»? No es un juego de suma cero», *Sin Permiso.*

Pero aquí cabe introducir otra lección importante, siguiendo con la pregunta de qué clase de organizaciones necesitamos: las «campañas de tema único» no sirven, por sí mismas, para crear un movimiento político propiamente cohesionado e independiente, por importante que sea el tema. De hecho, existe una relación de proporcionalidad directa entre la cohesión y radicalidad que alcanza el movimiento, la amplitud de los temas que aborda, y la fortaleza previa de las organizaciones que lo impulsan. A su vez, una lucha concreta por sí misma no basta para construir un movimiento político unitario, por más que pueda facilitarlo. Pensemos en el ejemplo de la oposición a la guerra de Vietnam. Su fortaleza radicaba en estar integrada en un movimiento generalizado que, en grados variables de radicalidad, cuestionaba el *statu quo* del imperio americano —movimiento por los derechos civiles, resurgimiento de la militancia sindical, auge de los grupos comunistas y antimperialistas, radicalismo negro, movimiento de liberación homosexual, etc.—, permitiendo que el rechazo a la guerra pudiera vincularse de inmediato a la lucha contra el racismo estructural, los bajos salarios, el autoritarismo político, la opresión a las minorías sexuales, etc., y haciendo posible que todas ellas alcanzaran un cierto grado de unidad en términos de *oposición* al sistema existente.¹¹ Su debilidad, por otro lado, radicaba en la fragmentación política y muy variable claridad ideológica de las fuerzas que lo impulsaron, que hizo imposible que cristalizara en una alternativa política coherente, así como lo que hubiera sido su reverso: destronar a la burocracia sindical y romper el yugo del ala izquierda de la burguesía —el Partido Demócrata— sobre los movimientos de protesta.

11. MACNAIR, M. (2025), «Fifty years on», *Weekly Worker*.

Antes de extraer las conclusiones de lo anterior, debemos dar un pequeño salto hasta la pregunta de qué clase de acciones han resultado más efectivas en lo que a la solidaridad con Palestina se refiere. Es un salto necesario porque la pregunta a la que intentamos responder no puede separarse de la pregunta de cómo promover, albergar o proteger estas acciones.

En primer lugar, tenemos las acampadas propalestinas, que formaron posiblemente el punto álgido del movimiento de solidaridad en Occidente. Al contrario que las manifestaciones, cuyo carácter es inevitablemente más efímero, las acampadas poseían una voluntad de permanencia que permitió tanto su expansión internacional —con acampadas en prácticamente todos los países occidentales— como su extensión cuantitativa y cualitativa, convirtiéndose por un tiempo en una expresión estable del rechazo total al genocidio y la voluntad de aceptar ciertos sacrificios para combatirlo. De estas cabe subrayar no solo su internacionalismo ideológico, en cierto sentido implícito a la solidaridad con Palestina, sino su naturaleza como formas de acción política *directamente* internacionales, a pesar de la ausencia de lazos formales entre ellas. Que toda forma de acción política de masas con genuino impacto, dentro de la amplísima escala que esta categoría puede albergar, ha de ser *internacional* —y no únicamente internacionalista— es una lección estratégica de primer orden (véase, en sus diferentes escalas, los periodos 1917-21; 1942-50; 1968-74 y 2008-18).

En segundo lugar, cabe destacar cómo, bajo un notable silencio mediático, se han ido sucediendo formas de boicot obrero destinadas a bloquear el envío o la producción de materiales para Israel, siendo lo más relevante en este sentido las

acciones de los estibadores (los cuales, no por casualidad, son no solo un gremio con altas tasas de sindicación, sino también insólitamente interconectado a escala internacional para los estándares actuales).¹² Sectores estratégicos como los puertos siguen siendo uno de los espacios privilegiados para que la clase trabajadora siga haciendo valer su fuerza incluso en momentos de reflujo, y poseen un efecto material inmediato —por pequeña que sea a la escala en que se han dado estos procesos—.

En tercer lugar, tenemos las manifestaciones masivas, por un lado; y la dinámica relativamente permanente de movilizaciones minoritarias, por otro. Las últimas, a pesar de sus modestas dimensiones, han sido fundamentales para mantener viva la llama de la solidaridad. Las primeras han logrado cierta repercusión e impacto, y sin embargo se han visto socavadas por todos los hándicaps que ya hemos mencionado —desorganización, enorme dependencia de la coyuntura mediática, vaguedad política, falta de sistematicidad—.

En cuarto lugar, tenemos los diferentes tipos de acción directa y minoritaria en forma de sabotajes, ataques contra sedes y empresas, etc., donde la ratio entre número de participantes e impacto mediático es notable, pero tiene su reverso en el alto grado de represión y criminalización al que están sometidas. La regla general, en estos casos, es que el éxito de este tipo de acciones es directamente proporcional a su grado de arraigo entre las masas y su vinculación con un movimiento más amplio. De ahí que los actos más abiertamente «aventureros» o arbitrarios tengan un impacto social más bien nulo (que, en el cómputo total, tiende a resultar negativo

12. SPENCER, I. (2025), «Building working class resistance», *Weekly Worker*..

en relación con su coste represivo), o que el impacto político de Palestine Action solo haya comenzado a ser notable como producto de la indignación provocada por la represión a la que han sido sometidos. Si bien las acciones individuales, localizadas y parciales responden a un modelo de organización como el actual, de activismo y movimientos asistemáticos arrastrados por aquellos momentos de alza sobre la coyuntura que nos permita hablar sobre el tema que queremos, esperando a que se genere una situación que permita interceptar esporádicamente la agenda política, esto no puede hacer que nos dobleguemos ante una dinámica diseñada para la parcialización y la euforia que brilla mucho, pero se apaga pronto. Los auges y reflujos de respuestas aleatorias estarán a la orden del día, no siendo capaces de permear a la mayoría, consiguiendo que solo una minoría estemos muy concienciadas cuando las masas amplias siguen adhiriéndose por activa o por pasiva al orden existente, a falta de una capacidad de deslegitimación real y constante al orden estatal capitalista. Por el contrario, cuando esta clase de acciones están realmente engarzadas con un movimiento masivo —que ellas mismas, sin embargo, no son capaces de generar—, pueden poseer un gran valor táctico (como lo tuvieron, por ejemplo, los ataques contra centros de reclutamiento en el contexto de la guerra de Vietnam).

Cuando hablamos de un movimiento masivo no nos referimos, empero, a diluir el mensaje en pos de una mayor acogida social, acabando con una postura que, en el mejor de los casos, no dice nada, y en el peor refuerza la contraria, algo de lo que son grandes representantes los partidos de la burguesía. Es importante ser honestos y mantener la independencia, no hay cabida para la equidistancia ni soluciones de medias tintas que premian al colonizador con una parte de territorio.

Del mismo modo que la creación de las reservas indias en Estados Unidos no es más que el broche simbólico al exterminio de los pueblos originarios, la creación de unas reservas palestinas —quizás perversamente ennoblecidas con el nombre de «Estado»— sea el punto final —momentáneo al menos— de una operación genocida que se habrá saldado con la anexión de Gaza y amplias porciones de Cisjordania. Esto es, con la aniquilación fáctica de cualquier posible estatalidad palestina coherente que coexistiera con el Estado de Israel. Por lo tanto, el problema no es la falta de diálogo, ni la poca presión que se pueda poner sobre Israel, ni que le falte justicia. El problema del conflicto en Palestina es el sionismo, y ello mismo está mostrando al mundo. Por otro lado, deslindar campos y alejarse de una narrativa atrapalotodo puede generar el efecto contrario: aislarse entre organizaciones y hacer trinchera de los matices. Esto, alimentado por años de prácticas sectarias, implican problemas graves para la unidad de acción en torno a objetivos parciales conjuntos. Compartir unos mínimos comunes que permitan a cada organización exponer y desarrollar sus máximos es un marco acertado a la hora de unir fuerzas frente a enemigos comunes, y sobre todo poder desplegar una verdadera práctica revolucionaria que no diluya los objetivos finales.

Dado todo lo anterior, podemos extraer una serie de conclusiones estratégicas. Un movimiento propalestino mínimamente apropiado a la altura de sus desafíos debería tener en su centro un gran *partido revolucionario* entregado a una actividad política sistemática de lucha y deslegitimación del orden político imperialista. Esto permitiría atar el combate contra los horrores del genocidio con la lucha contra todas las formas del poder burgués a destruir, vinculándola con la necesidad

de la superación de este orden en pos de la alternativa que ese partido encarna y defiende. Este partido debería estar profundamente arraigado entre las masas obreras, gozando de una capacidad de movilización permanente y de poder e influencia en los centros de trabajo, donde habría de estar conectado a un sindicalismo de clase renovado. A su vez, debería estar atado a un amplio tejido asociativo por medio del cual los sectores aun despolitizados pudieran adherirse a una política antimperialista, siendo capaz de movilizar una fuerza de masas que trasciende la suya propia y trabajar con otros sectores obreros y populares; y gozar de un poder mediático propio capaz de competir con los medios de la oligarquía. Esto permitiría, entre otras cuestiones, asegurar una dinámica de movilización permanente, dar estímulo a las acciones antisionistas en los centros de trabajo y proteger frente a la represión a quienes practiquen la acción directa. Y, ante todo, elevaría la lucha a un nivel propiamente político, canalizándola bajo la forma de una lucha contra el Estado imperialista y sus partidos. Por último, este partido, así como el movimiento que le acompaña, debería ser internacional —y no solamente, como se da por hecho, internacionalista—. Debería, en otras palabras, trascender estrechos los marcos nacionales y organizarse a una escala superior, que es la única que contiene la potencialidad estratégica para combatir adecuadamente al enemigo.

Es obvio que, hoy por hoy, no contamos con las herramientas ahora descritas. Pero saber qué es lo que necesitamos es esencial para organizar nuestra práctica, luchando por atravesar el camino entre el presente de debilidad y un futuro de potencia. Un futuro que no podría construirse sin la lucha contra el imperialismo genocida y sin el intento de orientar

esta lucha, así como todas nuestras acciones hacia el objetivo de dotarnos de las herramientas para derrotar a un enemigo que pervive por medio de la barbarie.

Nada fuera del Estado:

Delitos de «terrorismo» y criminalización de la disidencia desde Palestine Action a la Operación Pandora

Era el año 2014 y el Director General de la Policía Nacional, Juan Ignacio Cosidó, afirmaba en rueda de prensa: «el terrorismo anarquista ha vuelto a instaurarse en nuestro país». Durante los meses siguientes, en medio del clima de alarmismo y conflictividad social desatado por el 15-M, se sucedieron cuatro operaciones policiales contra grupos políticamente vinculados al anarquismo. Entre 2014 y 2018 llegaron a estar encausadas más de un centenar de personas por pertenencia a organización terrorista.

Durante la mañana del 23 de junio de 2025, solo un mes antes de que se escribieran estas líneas, la Ministra de Interior del Reino Unido, la laborista Yvette Cooper, comunicaba la decisión de ilegalizar al colectivo Palestine Action basándose en la legislación antiterrorista del país.¹ La semana anterior varios activistas habían rociado con pintura roja dos aviones militares de la estación RAP Brize Norton en un acto de denuncia al apoyo que el gobierno británico está brindando a las fuerzas aéreas israelíes en el genocidio y masacre de Gaza. El Primer Ministro laborista británico, Starmer, solo tardó unos minutos en apoyar públicamente la ilegalización del colectivo propalestino, quedando así asimilado a grupos armados como al-Qaeda o el ISIS y pasando a considerarse delito penal el simple hecho de ser miembro o dar apoyo verbal a este colec-

1. Palestine Action: Proscription - Hansard - UK Parliament.

tivo. Estos hechos desencadenaron rápidamente una campaña de denuncia internacional ante el ataque a los derechos fundamentales de libertad de expresión, asociación y reunión que se está dando bajo el paraguas de la legalidad de las democracias liberales occidentales. Aún así, en un acto de apuntalamiento y defensa de los intereses geoestratégicos del Estado británico, el 9 de agosto eran detenidas casi 500 personas frente al Parlamento británico por denunciar, junto al señalado colectivo Palestine Action, la facilitación de información y material aéreo que el Reino Unido sigue proveyendo al Estado genocida de Israel.

En las páginas que siguen abordaremos el elemento penal que compone el giro autoritario de los Estados y nos centraremos específicamente en la legislación antiterrorista, la cual cobra una importancia indiscutible como medio privilegiado de criminalización de la disidencia y el disciplinamiento político. El endurecimiento de los códigos penales y la creación de nueva legislación represiva tienen también una dimensión abiertamente política bajo la cual los Estados «democráticos» liberales aumentan su poder sobre la población, tratando de coartar cualquier posibilidad de antagonismo y preparación para la acción política que se genere de forma independiente a ellos. Así, veremos cómo estos regímenes han formulado descripciones tan laxas del concepto de *terrorismo* que pueden ampararse en ellas para ilegalizar todo tipo de protestas y organizaciones que consideren enfrentadas a los intereses del Estado.

Para analizarlo, nos retrotraeremos al periodo 2014-18 en el Estado español. En estos años se puso a prueba la laxitud y amplitud con la que el legislador ha decidido regular la materia antiterrorista, suponiendo el procesamiento de actos

que quedan lejos de encajar en uno de los tipos penales más restrictivos y punitivos que existen. Nos servirá, además, para traer estos debates a la actualidad, pues estos fueron también años en los que se puso sobre la mesa el debate sobre si, para lidiar con el malestar social producido tras la crisis de 2008, continuaba teniendo actualidad la aplicación de categorías punitivas que en el siglo pasado fueron usadas para perseguir la disidencia política.

PERO EMPECEMOS POR EL PRINCIPIO...

Antes de abordar el periodo mencionado vamos a echar un vistazo rápido al particular camino que ha recorrido desde el siglo XIX la configuración de la legislación antiterrorista en el Estado español, con el objetivo de mostrar que lo que la tipificación penal entiende por *terrorismo* ha variado con tanta intensidad y se ha acercado a conceptualizaciones tan abiertas, que a día de hoy es la categoría por excelencia que permite criminalizar cualquier forma de disidencia política.² Vamos a ver cómo se han ido introduciendo lo que hoy son las líneas maestras de la legislación antiterrorista: 1) cometer cualquier delito grave, menos grave o leve; 2) con fines considerados *terroristas*, es decir, de subversión del orden público; 3) o incluso no cometer nada de esto, pero que prime la peligrosidad de quien profesa o comparte una ideología que se considere que *incita* a tales fines.

La respuesta judicial al *terrorismo* llegaría tras los atentados del Liceu de Barcelona en 1893. Conscientes del vacío legal que adolecía la normativa del momento para afrontar los deli-

2. A día de hoy el delito de terrorismo se encuentra regulado en el artículo 573 y siguientes del Código Penal.

tos cometidos mediante sustancias explosivas, los legisladores promulgaron la primera «Ley sobre atentados por medio de explosivos»,³ castigando a quien atentase con bombas en lugares públicos o provocase con dichas acciones la muerte. Este fue el inicio del núcleo duro del delito de terrorismo: castigar al individuo que realizase acciones vinculadas a explosivos, independientemente del ánimo con el que perpetrase la acción y de su pertenencia o no a un grupo o corriente política.⁴ No obstante, la respuesta legislativa no tardará en evolucionar tras el atentado del Corpus Cristi en Madrid en 1896, endureciendo la represión por estos delitos y vinculando por primera vez los delitos cometidos por «explosivos» con una organización de ideología determinada⁵ —que en ese momento sería la anarquista—. Es en la Segunda República, con la aprobación de la «Ley de 11 de octubre de 1934», considerada la primera ley antiterrorista del Estado, cuando se acaba de añadir el último de los elementos principales a este delito, condenando a

3. Quedaba así castigado con cadena perpetua o pena de muerte a todo aquel que atentase con bombas en lugares públicos o provocara con dichas acciones la muerte. Herrerin López, Á. (2008). 1893: año clave del terrorismo en la España de la Restauración. *Espacio, Tiempo y Forma, Serie V, Historia Contemporánea*, t. 20, p. 75.

4. Véase APARICIO ORDÁS-GONZÁLEZ, L. A. (2011), «Enfrentamientos asimétricos. La respuesta del Estado español frente a la primera oleada de terrorismo moderno (1880-1902)», *Boletín de Información del Ministerio de Defensa*, n.º 322.

5. Así aparece en su artículo 4: «El Gobierno podrá suprimir los periódicos y centros anarquistas, y cerrar los establecimientos y lugares de recreo donde los anarquistas se reúnan habitualmente para concertar sus planes ó verificar su propaganda». Véase MARTÍNEZ DHIER, A. (2022), «La primera ley antiterrorista de España: Ley sobre atentados contra personas o daños en las cosas por medio de aparatos o sustancias explosivas de 10 de julio de 1894», *Revista Electrónica de Ciencia Penal y Criminología*, Universidad de Granada.

pena de muerte a quienes «con el propósito de alterar el orden público aterrorizasen a los habitantes de una población mediante el uso de sustancias explosivas».⁶ Quedaba así introducido el elemento subjetivo que acompañará en adelante a la tipificación del delito de terrorismo: la pretensión de subvertir el orden público.⁷

Con la llegada de la dictadura franquista la persecución del terrorismo estuvo marcada por la prolongación de la guerra por otros medios contra el enemigo interno, llevando a cabo un exterminio físico y moral del enemigo político. En este sentido, se rescataba la Ley de Vagos y Maleantes promovida en la Segunda República y con ella se le daba la vuelta de tuerca definitiva al uso de la legislación antiterrorista para combatir a todo aquel que fuera «enemigo del Estado». A partir de entonces, se perseguirá también la *peligrosidad* del individuo y no únicamente la responsabilidad de este tras haber cometido un delito. Es decir, se consigue adelantar la barrera de la punibilidad hasta el momento anterior a la comisión del delito, castigando la presunta peligrosidad de un individuo sin que hubiera cometido delito alguno.⁸ Así se ha construido el aparato jurídico que continua vigente en el Estado democrático-liberal actual.

6. Véase *Gaceta de Madrid. Diario Oficial de la República*. Miércoles 17 de octubre de 1934.

7. Cada delito tiene elementos objetivos —aspectos externos y observables: la acción llevada a cabo, que esté recogida en el Código Penal, etc.— y subjetivos —aspectos interpretables que hacen referencia a la intención y al conocimiento del sujeto a la hora de cometer la acción, a su grado de conciencia y de voluntad de cometer el delito, etc.—.

8. Véase CERRADA MORENO, M. (2018), «Evolución histórica de la legislación antiterrorista en España: la lucha contra el terrorismo anarquista, el terrorismo subversivo y el terrorismo yihadista». *History Review*, n.º 26.

Tras la muerte de Franco, se aprobó la Ley 82/1978, de 28 de diciembre de 1978,⁹ el primer cuerpo normativo que regularía el delito de terrorismo en el nuevo sistema político que se abrió con la Transición. El final de la dictadura y el aperturismo del nuevo régimen monárquico-parlamentario también tuvo influencias en una legislación antiterrorista que venía marcada por ese adelantamiento de la barrera de la punibilidad que hemos visto. En esta nueva norma, se determinó una lista cerrada de acciones que responderían al delito de terrorismo. Entre ellas, se encontraba el asesinato perpetrado por quienes estuvieran integrados en grupos organizados y armados. Así, no se requirió la existencia del elemento finalístico, es decir, que el ánimo del autor para perpetrar el delito fuera subvertir el orden político o causar conmoción social, sino que bastaba con reconocer la existencia del elemento estructural: que quien llevase a cabo el comportamiento estuviera integrado en un grupo terrorista. Esto cambiaría rápidamente con la entrada en vigor del Código Penal de 1995 y sus posteriores reformas.¹⁰ A partir de entonces, se recogerá en el Código Penal un concepto vago de «acto terrorista», como aquel que comprendiera «actuaciones encaminadas a subvertir el orden constitucional o a alterar gravemente la paz pública mediante la comisión de delitos de estragos o incendios»,¹¹ introduciendo

9. Véase Anuario de Derecho Penal y Ciencias Penales (1978). *Disposiciones Legales*. Ley 82/1978, de 28 de diciembre, de modificación del Código penal en materia de terrorismo («B. O. E.», 12 de enero de 1979).

10. El Código Penal de 1995 ha visto reformado su contenido sobre terrorismo en cuatro ocasiones desde su entrada en vigor, en los años 2000, 2010, 2015 y 2019.

11. Véase GONZÁLEZ VAZ, C. (2022). «La evolución de la legislación antiterrorista nacional desde el terrorismo anarquista hasta la reforma del año 2015 del Código penal». *Revista Jurídica Valenciana*, n.º 39.

do tanto el elemento objetivo (todo acto que genere estragos o incendios), como el elemento subjetivo específico, esto es, «que esté encaminado a subvertir el orden constitucional o alterar gravemente la paz pública». Por su lado, como *organización terrorista* pasaría a ser aquella agrupación formada por más de dos personas, con un carácter estable o por tiempo definido, en la que sus integrantes se repartan las tareas o funciones con el fin de cometer delitos de terrorismo (artículo 573 CP).¹² El grupo terrorista vendría conformado por quienes se juntan sin un objetivo de continuidad en el tiempo ni un reparto de tareas entre sus miembros.

Esta definición del delito de pertenencia a organización o grupo terrorista se completa con el artículo 572 CP, que establece el castigo a quienes promuevan, constituyan, organicen o dirijan una organización o grupo terrorista así como a quienes participen activamente o formen parte de ella. Con ello,

12. Artículo 573 CP: «1. Se considerará delito de terrorismo la comisión de cualquier delito grave contra la vida o la integridad física, la libertad, la integridad moral, la libertad e indemnidad sexuales, el patrimonio, los recursos naturales o el medio ambiente, la salud pública, de riesgo catastrófico, incendio, de falsedad documental, contra la Corona, de atentado y tenencia, tráfico y depósito de armas, municiones o explosivos, previstos en el presente Código, y el apoderamiento de aeronaves, buques u otros medios de transporte colectivo o de mercancías, cuando se llevaran a cabo con cualquiera de las siguientes finalidades:

- 1.^a Subvertir el orden constitucional, o suprimir o desestabilizar gravemente el funcionamiento de las instituciones políticas o de las estructuras económicas o sociales del Estado, u obligar a los poderes públicos a realizar un acto o a abstenerse de hacerlo.
- 2.^a Alterar gravemente la paz pública.
- 3.^a Desestabilizar gravemente el funcionamiento de una organización internacional.
- 4.^a Provocar un estado de terror en la población o en una parte de ella».

puede verse cómo el legislador toma partido por un concepto de terrorismo muy amplio, suscitando cuestiones irresueltas como si cabría considerar integrante de estas organizaciones o grupos a quienes, no ejecutando ningún acto tendente a la constitución o permanencia de la estructura, se adhirieran o comulgaran con las ideas de la organización. La mayoría de la doctrina sostiene que solo integraría el delito de pertenencia a organización o grupo terrorista quien materialmente formara parte del grupo aún con distinta intensidad, así como quien aporta una ayuda «genérica»; pero no quien se limita a adherirse ideológicamente a sus postulados. No obstante, es la interpretación más restrictiva de este artículo lo que a día de hoy opera como base para aplicar la privación de libertad bajo la acusación de «enaltecimiento del terrorismo», es decir, la defensa o apología a organizaciones criminales o terroristas, o a sus actividades, según el artículo 578 CP.

Finalmente, no ha sido hasta la Ley Orgánica 2/2015 que ha reformado por completo la legislación antiterrorista. Esta reforma fue una de las más criticadas y que mayor cuestionamiento ha tenido respecto a su constitucionalidad, ya que pasó a considerar delito de terrorismo no solo a los delitos de incendios y estragos clásicos, sino a cualquier delito considerado *grave, menos grave o leve*, que afecte a la lista de bienes jurídicos protegidos por el artículo 573 CP. Por ejemplo, la redacción del precepto mencionado pasó a atribuirle naturaleza terrorista a desórdenes que puedan ser realizados de un modo reiterado en espacios públicos si se consideran susceptibles de crear alarma social. Por otro lado, también se puso sobre la mesa el hecho de que el legislador confundiera los medios con los fines, pues si bien la doctrina está de acuerdo en que lo que pretenden estas acciones es causar una situación de

conmoción e impacto social en parte de la población, lo hacen para alcanzar una finalidad determinada y no buscan con ello el terror por el terror, sino que lo utiliza como herramienta para presionar al sistema político. En cambio, de la redacción actual del artículo 573 CP, se puede entender que lo que se persigue es la provocación de un estado de terror o alteración grave de la paz pública como si éste fuera el objetivo de los actos terroristas, desechando la necesidad de medir el impacto real que dicha conmoción ha generado.¹³

Fueron varias las voces que pusieron en entredicho que el espíritu de esta reforma del Código Penal de 2015 fuera la incorporación de la legislación europea, tal y como alegaba su exposición de motivos. Con el paso del tiempo se ha visto cómo la novedad fundamental de la reforma era la inclusión de medidas que venían ampliar de forma silenciosa el concepto de terrorismo, como es el caso de la introducción del nuevo delito de *autoadoctrinamiento terrorista* incluido actualmente en el artículo 575.2 CP.¹⁴ Con él, ha quedado tipificado

13. Como se tratará más adelante, esta interpretación de ja vía libre a los diferentes sujetos que instruyen las causas penales para decidir si una práctica política determinada ha causado la conmoción necesaria o no para entrar en la categoría de terrorismo, como ocurrió con el caso del colectivo ecologista Futuro Vegetal.

14. Artículo 575 CP: «2. Con la misma pena se castigará a quien, con la misma finalidad de capacitarse para cometer alguno de los delitos tipificados en este Capítulo, lleve a cabo por sí mismo cualquiera de las actividades previstas en el apartado anterior.

Se entenderá que comete este delito quien, con tal finalidad, acceda de manera habitual a uno o varios servicios de comunicación accesibles al público en línea o contenidos accesibles a través de internet o de un servicio de comunicaciones electrónicas cuyos contenidos estén dirigidos o resulten idóneos para incitar a la incorporación a una organización o grupo terrorista, o a colaborar con cualquiera de ellos o en sus fines. Los hechos se

como delito de terrorismo la capacitación llevada a cabo por uno mismo mediante el acceso habitual a servicios de comunicación en línea accesibles al público, el acceso a través de internet a contenidos que estén dirigidos o resulten idóneos para incitar a la incorporación a una organización o grupo terrorista o a colaborar con ellos, y la tenencia de documentos igualmente susceptibles de incitar a tal incorporación. Son varias las figuras dentro de la doctrina penal las que han catalogado este hecho como un acercamiento al «Derecho Penal del Enemigo», el cual difumina el límite entre el pensamiento y la acción al asemejar «capacitarse» a «adoctrinarse».

Al adelantar injustificadamente la barrera de la punibilidad hasta el punto de sancionar a quien en su esfera privada posee o consume un contenido que ahora puede calificarse de terrorista si se considera idóneo para incitar a la incorporación o colaboración con una organización terrorista, sin que se haya puesto ningún bien jurídico en peligro ni quede acreditado de qué forma dicha conducta puede poner en peligro los bienes jurídicos que busca proteger la tipificación del delito de terrorismo, se asemeja demasiado esta normativa penal a la peor interpretación que de este delito se hizo durante el franquismo, pone en riesgo la libertad de conciencia e ideología y penaliza poseer unas ideas sin que estas lleguen a expresarse de ninguna forma.

entenderán cometidos en España cuando se acceda a los contenidos desde el territorio español.

Asimismo se entenderá que comete este delito quien, con la misma finalidad, adquiera o tenga en su poder documentos que estén dirigidos o, por su contenido, resulten idóneos para incitar a la incorporación a una organización o grupo terrorista o a colaborar con cualquiera de ellos o en sus fines».

El camino que sigue la configuración del delito de terrorismo responde a la búsqueda de los mecanismos de castigo más sofisticados y actualizados ante cualquiera que se considere «enemigo del Estado». Lo cierto es que se ha abandonado la tendencia de elaborar la legislación antiterrorista desde la excepcionalidad o urgencia, hallándose hoy regulada en el Código Penal común. Sin embargo, esto no ha impedido la inclusión de medidas excepcionales que, precisamente por estar incorporadas al Código Penal, ofrecen el peligro de ir extendiéndose a otro tipo de infracciones.

¿QUÉ PASÓ EN EL OCASO DEL 15-M? **OPERACIÓN PANDORA, PIÑATA E ICE**

En diciembre de 2014 los Mossos d'Esquadra detenían a 11 personas y el juez Javier Gómez Bermúdez¹⁵ dictaba contra ellas un auto de procesamiento por «*constitución, promoción, dirección y pertenencia a organización terrorista*». Los meses siguientes se sucedieron otras tres operaciones policiales contra grupos vinculados a un supuesto nuevo tipo de terrorismo de corte anarquista que, finalmente, acabaron sin ninguna condena. Pero, desde el punto de vista jurídico, ¿cómo pudo el delito pertenencia a organización terrorista, el tipo penal más agresivo para las libertades individuales que existe, llegar a tener cabida aquí? Lo que el recorrido histórico del apartado anterior nos deja ver, es que no se trató de señalamientos a grupos anarquistas en abstracto, sino que, como en tantos otros

15. Javier Gómez Bermúdez es expresidente de la Sala de lo Penal de la Audiencia Nacional, fue magistrado en varios procesos de GRAPO y ETA y, además, es actualmente el abogado del empresario que ejerce la acusación contra las 6 sindicalistas de la Suiza.

momentos antes y como tantos otros que llegarían después, fueron la respuesta estatal a una época de gran movilización política y social, de las últimas grandes huelgas generales hasta el momento y de disturbios y protestas continuas en las calles. La inestabilidad política que este escenario trajo consigo sirvió de caldo de cultivo perfecto para generar un enemigo al que perseguir.

La primera de estas operaciones fue conocida como «Pandora» —tuvo dos fases que se conocerían como Pandora I y Pandora II—, iniciada a raíz de una investigación de los Mossos d'Esquadra el día 15 de julio de 2014 sobre la participación de distintas personas en los GAC (Grupos Anarquistas Coordinados). Los GAC eran viejos conocidos del Juzgado de Instrucción de la Audiencia Nacional desde que se incoara el Sumario 4/2014 a principios de 2014, a causa de un pequeño explosivo que se detonó en la Basílica del Pilar de Zaragoza el día 2 de octubre de 2013. Así, con los GAC definidos como una organización terrorista *insurreccional* dentro de la FAI/FRI (Federación Anarquista Informal/Frente Revolucionario Internacional),¹⁶ se les imputaban a los 11 detenidos los delitos de constitución, promoción, dirección y pertenencia a organización terrorista, en relación con los delitos de tenencia y depósito de sustancias o aparatos explosivos, y delitos de daños y estragos con finalidad terrorista. Siete de ellos pasaron más de mes y medio en prisión.

Casi un año después, en octubre de 2015, tuvo lugar la segunda fase de esta operación con la detención de nueve personas más bajo las mismas acusaciones, «a la vista de diferentes objetos intervenidos durante el registro domiciliario

16. Sentencia 932/2016 de la Sala de lo Penal del Tribunal Supremo.

obtenido en el primer procedimiento en relación con la posible pertenencia de estas personas a los GAC». Así justificaba la ampliación de esta operación judicial el Auto de incoación del procedimiento Pandora II, el 11 de mayo de 2015. La segunda fase de Pandora se archivó antes que la primera entre duros reproches a la investigación de los Mossos, llegando a afirmar en el Auto de sobreseimiento y archivo de las Diligencias Previas que, «pese al tiempo transcurrido y los diversos y sucesivos teléfonos intervenidos y documentos incautados en los registros practicados, el único resultado obtenido por los investigadores es la comprobación de que los investigados se relacionan con personas del colectivo anarquista, algunos de ellos condenados por pertenecer a los GAC». Los funcionarios policiales solo pudieron concluir que los investigados asistían a reuniones, la mayoría en sitios públicos, y que mantenían conversaciones entre ellos sin que en ninguna de ellas se refiriesen a hechos o actividades susceptibles de ser consideradas «terroristas». Incluso en varios de los informes se hacía constar que del contenido de las comunicaciones observadas en determinados teléfonos y extraído de los lugares utilizados para esas reuniones, no se había podido obtener ningún dato objetivo que aportase información sobre el emplazamiento a cometer actos violentos.

Siendo palpable la carencia de una base objetiva sólida en las afirmaciones genéricas que los funcionarios investigadores realizaban respecto al contenido de las conversaciones y de la documentación intervenida, la jueza Carmen Lamela desestimó que hubiera indicios de la participación de los investigados en los hechos que se les imputaban. Al no haberse indicado en ningún momento de la investigación qué frases o conversaciones concretas pudieran estar refiriéndose a un

acto concreto que encajase en la tipología penal de terrorismo ni advertirse ningún avance que sustentase la sospecha policial de que tales personas pertenecían a grupos terroristas, se consideró el sobreseimiento provisional y archivo de las actuaciones. Una vez el sobreseimiento y archivo de Pandora II adquirió firmeza, la defensa de los acusados en Pandora I solicitó al Juzgado Central de Instrucción el mismo destino para las este procedimiento.

Tras haber encontrado libros, panfletos, carteles, propaganda en distintos formatos, discos duros, ordenadores, teléfonos móviles y un largo etcétera en los registros domiciliarios practicados, en ningún caso se encontraron armas, explosivos o ningún objeto que indicase que los investigados estuvieran preparados para ejercer actos de violencia.

Entre las dos operaciones de Pandora, en marzo de 2015, tuvo lugar la Operación Piñata. De nuevo, treinta y tres detenciones tuvieron lugar por varias ciudades del Estado bajo la acusación de vinculación a una organización terrorista de ideología anarquista. En las primeras informaciones que publicó la policía se apuntaba a un estrecho vínculo de los detenidos con los atentados de la Basílica de Zaragoza de 2013 y se hablaba de haber detenido a los principales líderes de los GAC. Once de las personas detenidas estuvieron tres meses en prisión provisional y se les aplicó la política de dispersión. Tras solicitar la defensa de los acusados el sobreseimiento de esta causa por razones idénticas a las de las Operaciones Pandora, el 29 de enero de 2018 el Juzgado Central de Instrucción volvió a acordar el sobreseimiento provisional y archivo de la causa.

La última de las operaciones en cerrarse se conoció como Operación Ice. De entre todos estos procedimientos sería el único que llegaría a juicio con el resultado de una sentencia absolutoria. La Operación Ice se inició con la detención de seis personas en noviembre de 2015 a raíz de la quema de una sucursal bancaria en cuyas inmediaciones aparecieron pintadas del colectivo Straight Edge Madrid. Tras el oficio de la Brigada Policial de Información al Juzgado Central de Instrucción Decano de la Audiencia Nacional dando cuenta del incendio habido en el local de la entidad bancaria, así como de la existencia de pintadas con las siglas «SXEMAD» y símbolos de carácter anarquista, seis personas que formaban parte del colectivo Straight Edge fueron detenidas al mismo tiempo que se procedía al registro de sus domicilios y a la requisa de abundante información contenida en varios equipos informáticos. Las diligencias de intervención telefónica, las vigilancias y el material extraído de cuadernos y aparatos tecnológicos en dichos registros, sirvieron de base en un primer momento para definir una acusación de pertenencia a organización terrorista por parte del Ministerio Fiscal, una acusación que partía de que «puestos de común acuerdo y organizadamente conforme a un reparto de tareas acordado previamente entre todos ellos, desde abril de 2013 los acusados resolvieron crear una serie de perfiles en redes sociales bajo la denominación *Straight Edge*». No obstante, la acusación de los hechos por parte del Ministerio Fiscal fue mutando desde un delito de pertenencia a organización terrorista, tenencia de sustancias explosivas y daños y estragos con finalidad terrorista —vinculados, de nuevo, a los sucesos de la Basílica de Zaragoza y a las operaciones Pandora y Piñata— a un delito de enaltecimiento del terrorismo. Durante el juicio se consideró probado que el objetivo

que les movía era la realización de «propaganda en internet y en eventos públicos para difundir sus ideas críticas frente al Estado y sus instituciones personificadas en los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad y los bancos, poniendo con ello en valor las acciones de presos anarquistas y antifascistas y llamando a la lucha por el objetivo último de provocar una revolución que subvirtiera el orden constitucional».¹⁷ La defensa sostuvo que estos hechos únicamente permitían concluir que los investigados mostraban un inconformismo con las estructuras bancarias y sociales, realizando por ello manifestaciones a través de medios informáticos, pero sin que quedase de alguna forma acreditada su participación concreta en un hecho violento con caracteres delictivos.

Una vez descartada la acusación de pertenencia a organización terrorista en las conclusiones provisionales del Ministerio Fiscal, la principal cuestión jurídica a debate sobre la existencia o no del delito de «enaltecimiento del terrorismo» giraba en torno a su posible colisión con los derechos políticos de libertad de expresión y libertad de opinión. En otras palabras, se discutía acerca de cómo la deriva autoritaria de los regímenes parlamentarios-constitucionales socavan los derechos y las libertades políticas.

La sentencia entraba a este debate con una posición muy clara: el objetivo del tipo penal de enaltecimiento del terrorismo no es prohibir el elogio o la defensa de ideas o doctrinas por más que se alejen del marco constitucional, así como tampoco lo sería la prohibición de la expresión de opiniones subjetivas sobre acontecimientos históricos o de actualidad. De lo que se trata, dice, es de perseguir la exaltación de los *métodos*

17. Sentencia 28/2018 de la Sala de lo Penal de la Audiencia Nacional.

terroristas o la *incitación* directa o indirecta a cometer *delitos de terror*. Lo que hábilmente no entra a definir la sentencia es dónde estarían los extremos de estos métodos que considera «radicalmente ilegítimos desde cualquier perspectiva constitucional». Así, se sentencia que comportamientos que «producen perplejidad e indignación en la sociedad no merecen la cobertura de derechos fundamentales como la libertad de expresión o la ideológica. Unas libertades éstas que no encontrarían más limitaciones en sus manifestaciones que la necesaria para mantener el orden público protegido por la Ley y el respeto a los derechos constitucionales».¹⁸

Con la cotidiana arbitrariedad con la que acostumbra el poder judicial a sancionar los intereses del propio Estado y de las clases a las que sirve, la sentencia del Caso Ice nos acaba revelando las líneas maestras de la legislación antiterrorista, realiza el cierre argumental definitivo en pro del autoritarismo del Estado frente a quienes osen organizarse en defensa de unos intereses contrapuestos a los suyos, y nos permite entender el fondo del asunto con una claridad pasmosa: «no se trata de prohibir la defensa de ciertas ideas, siempre que no se exalten los métodos para llevarlas a cabo», es decir, para llevarlas a la práctica. El margen de posibilidad para acciones que se consideran de terror, queda así intencionalmente establecido en la vaguedad de «aquellas que producen perplejidad e indignación en la sociedad», las cuales no merecerán la cobertura de derechos fundamentales. Con esta declaración de intenciones y aviso a navegantes quedaba cerrado el ciclo de procesos judiciales que sobrevoló al movimiento anarquista del Estado español durante los años convulsos que dejó la crisis de 2008.

18. *Ibid.*

VIEJOS Y NUEVOS TERRORISMOS

Los ecos de estas operaciones parecieron escucharse cuando el 11 de septiembre de 2023 la Fiscalía General del Estado publicaba su informe anual e incluía la actividad de varios grupos ecologistas dentro del apartado Terrorismo Nacional, con el subtítulo «Ecologismo radical». El revuelo mediático ante este hecho fue generalizado y el Fiscal General del Estado se vio obligado a aclarar al día siguiente que dicho informe únicamente evaluaba las posibles amenazas existentes a partir de un informe remitido por las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado sobre las acciones violentas cometidas durante ese año. No obstante, cuatro meses después, la Brigada de Información de la Policía Nacional anunciaba la detención de veintidós integrantes del colectivo ecologista Futuro Vegetal por «conformar una estructura criminal» y causar «daños por valor de más de medio millón de euros».¹⁹ Las detenciones tenían lugar en más de diez ciudades del Estado y, según el comunicado policial publicado el mismo día que tenían lugar, entre los arrestos se encontraban los tres máximos responsables de dicha organización, al ser los que «coordinaban y dirigían el colectivo como una organización criminal». Estas veintidós detenciones no hacían más que sumarse a las veintiséis que ya habían tenido lugar en el mes de diciembre de 2023 en el marco de otra causa abierta por la Brigada de Información bajo los mismos cargos, en la que se acusaba a los investigados de la comisión de 65 hechos delictivos por toda España, destacando entre ellos el lanzamiento de pintura a las fachadas del Congreso de los Diputados, el corte de la circula-

19. Redacción El Salto (2024), «La Policía Nacional acusa a Futuro Vegetal de «conformar una estructura criminal», *El Salto diario*.

ción en carreteras de circunvalación de Madrid, daños a obras artísticas y otros bienes privados, y el acceso a las pistas de varios aeropuertos que supusieron el cierre temporal de las mismas.

Si bien el Ministerio Fiscal rectificó públicamente la inclusión de la actividad ecologista en el capítulo dedicado al terrorismo, el hecho de que de las veintiséis acciones incluidas en el informe en ninguna se explicitara violencia alguna, heridos, daños humanos o agresiones leves sino que se limitaran todas ellas a describir una serie de daños contra instituciones del Estado, cortes de tráfico o desórdenes públicos, refuerza la tendencia jurídico-política basada en la laxitud y amplitud de la definición del concepto de terrorismo que abarca una tipología de conductas cada vez mayor. Como venimos sosteniendo, en este caso fue una valoración completamente arbitraria del informe de la Policía sobre la aceptación social o el beneplácito que el conjunto de la ciudadanía habría dejado de otorgarle a las acciones de desobediencia civil que había llevado a cabo el colectivo, lo que motivó su inclusión en la categoría de «terrorismo».

La legislación ha mutado y el tipo penal parece en la actualidad no exigir el uso de violencia exacerbada y armada para ser apreciado. De una forma cada vez mayor, la organización o grupo terrorista es el grupo que ejerce resistencias con fines políticos contra el orden constitucional. Nos encontramos presenciando una de las mayores evoluciones de la definición de este delito, en la que se está más próximo a la disidencia política que a la pertenencia a banda armada.

CONCLUSIÓN

Los años que transcurrieron entre el último ciclo de protestas de masas y el cierre del proceso independentista han dejado toda una larga lista de procesos judiciales sustentados en la legislación antiterrorista aquí analizada. Si en estas páginas nos hemos centrado en analizar las operaciones policiales y jurídicas de Pandora, Piñata e Ice, es porque son las que pusieron al aparato burocrático-represivo estatal a tratar de justificar —sin éxito— la existencia de una organización criminal reunida en torno a la comisión de actos delictivos de terrorismo, encontrando semejanzas con las causas abiertas contra colectivos ecologistas o propalestinos en la actualidad, tanto dentro como fuera de nuestras fronteras. A finales de junio de 2023, el Ministro de Interior francés anunciaba la ilegalización del movimiento *Soulèvements de la Terre*, y no dudaba en utilizar públicamente el término «ecoterrorismo». De la misma forma, trazos de estas actuaciones pueden observarse en más países europeos como Alemania con el colectivo Letzte Generation o, de nuevo en el Reino Unido, con el movimiento Just Stop Oil. No nos tenemos que ir tan lejos para ver cómo la legislación antiterrorista no ha dejado de ser aplicada en nuestro pasado más cercano, con la persecución de un *enemigo interno* que aparece en cualquier momento en el que una mínima idea antagónica toma cuerpo. De los titiriteros a Pablo Hasél pasando por Alfon o los CDR catalanes.

Hace años, el término «banda armada» aparecía en el Código Penal como aquel grupo cuyo elemento más distintivo de terrorismo era el uso de una violencia exacerbada y armada. Hoy en día, este tipo penal ha evolucionado a «organización» o «grupo terrorista», refiriéndose a aquel grupo que ejerce la

violencia —ya no necesariamente armada— con fines políticos contra el orden constitucional. Así, el terrorismo se define hoy por el ejercicio de «violencia política» y no por el uso de armas, lo cual tiene unas notables consecuencias en la práctica jurídica, como hemos visto, y efectos inmediatos en la menor o mayor protección de derechos fundamentales como los de asociación, reunión, libertad de expresión o participación pública.

En el siglo XXI las democracias liberales se han valido de la legislación antiterrorista para reforzar el control sobre flancos que no tenían cubiertos en momentos en los que la protesta social de masas se encontraba en auge, especialmente tras la crisis de 2008. Estos ordenamientos jurídicos ya poseían las herramientas necesarias para combatir aquello que dice perseguir el delito de terrorismo; matar y organizarse para matar ya está penado, igual que lo están todos y cada uno de los delitos recogidos en la lista del artículo 573.1 CP. Estos Estados democrático-liberales han logrado vincular finalidades como la «subversión del orden constitucional», la «alteración grave de la paz pública», la «desestabilización grave de una organización internacional» o «la provocación de un estado de terror en la población» a la libertad de poseer unas ideas y organizarse sobre ellas y a la protesta ante injusticias sociales y abusos de poder, lo que ha dejado vía libre para un rearme autoritario del aparato burocrático-represivo del Estado que amplíe el margen legal para criminalizar la disidencia política. En este contexto, la defensa de la más amplia participación en los asuntos públicos y de los derechos políticos necesarios para expandir ideas se vuelve un deber ineludible para cual-

quiera que se proponga demoler la fortaleza sobre la que se esconde una minoría privilegiada y para cualquiera que luche por las más respetables y justas causas de libertad.

«La lucha contra el capitalismo es la lucha contra el imperialismo genocida»

Entrevista con Ray Brassier

Ray Brassier (Londres, 1965) es uno de los más brillantes filósofos contemporáneos. De vocación tardía, el joven Brassier abandonó la escuela y se desempeñó como trabajador manual durante una década, lo que le ofreció «una aguda comprensión de la realidad y la desigualdad de clases». Formado en una era de posestructuralismos y posmodernismos, durante años vio a Marx como un autor obsoleto. Pero su defensa de la razón frente a toda clase de relativismos acabó llevándole, Hegel mediante, a descubrir al revolucionario alemán —todo ello mientras su carrera daba un giro tras su mudanza a Beirut, Líbano, donde trabaja desde 2008—.

Brassier no quiere ser un filósofo-estrella, esa cobertura para el charlatanismo. Es tímido, reflexivo, tan serio que sus seguidores ya bromean con ello. Su estilo denso, sintético, de dificultad a veces mareante, refleja un pensamiento que busca el rigor antes que el aplauso. No publica un libro desde 2007, cuando todavía se le ubicaba en las coordenadas del «realismo especulativo», movimiento del que ha sido uno de los críticos más feroces. No es cuestión de desidia: son casi dos décadas de investigación, de perfilar un proyecto que tiene en Hegel, Sellars y Marx sus principales fuentes de inspiración. Quien quiera trazar su evolución tendrá que concentrarse en los artículos dispersos a través de los cuales —casi al estilo de las famosas migas del cuento— va trazando un camino filosófico.

Incluso tras el comienzo de la ofensiva israelí, Brassier no dudó de que su lugar estaba en el Líbano; y su responsabilidad consistía en seguir llamando a la barbarie por su nombre desde un país que permite ver el imperialismo «desde la perspectiva de sus víctimas». Ha vivido, junto a millones de personas, bajo la perpetua amenaza de los bombardeos, entre la ruina de los edificios destruidos y el aumento de cifras de víctimas de un genocidio que no cesa. Desde el mismo 7 de Octubre, Brassier y sus compañeros han dado una lección de antimperialismo consecuente a un mundo académico atenazado por el seguidismo y la cobardía. Quienes han seguido enseñando a Marx en un país atacado y han denunciado abiertamente el genocidio representan la dignidad del pensamiento frente al silencio o la complicidad miserable de buena parte de sus homólogos occidentales.

Esta entrevista fue realizada telemáticamente el 21 de enero de 2025. Desde entonces, solo cabe decir que los peores pronósticos de Ray no han hecho más que cumplirse.

* * *

Tu perfil no es exactamente común en el mundo académico. No terminaste el bachillerato y te dedicaste al trabajo manual durante 10 años. Tenías 30 cuando comenzaste tus estudios de filosofía. Más tarde, saliste de Europa para encontrar tu primer puesto estable en Beirut, Líbano. ¿Cuál es el vínculo entre tus orígenes de clase y tu actividad como filósofo? ¿Cómo fue tu encuentro con el mundo árabe?

Desde luego, no soy el único académico que se ha dedicado al trabajo manual antes de entrar en la academia. Pero sí creo que esta experiencia hace que mi relación con la academia sea muy diferente a la de quienes van directamente del instituto a la universidad y que ven, por así decirlo, la academia como

su hábitat natural. Nunca me percibí como de «clase obrera» cuando era un niño precisamente porque todo el mundo que me rodeaba era también de clase obrera. Pero en Reino Unido la clase está tan sofocantemente presente en cada aspecto de la vida que hubo quien se ocupó de hacerme consciente de este hecho. Tras entrar en la academia, empecé a conocer a gente con orígenes de clase muy diferentes. La mayoría tenía un talante igualitarista, pero no faltaron los casos en que me encontraba con personas para las cuales mi acento y maneras evidenciaban claramente mi inferioridad social (e intelectual). Sufrir la condescendencia de quienes se creen mejores que tú es un atajo infalible hacia la adquisición de conciencia de clase. No quiero exagerar tampoco: este tipo de gente era más la excepción que la regla, y había mucha gente con orígenes similares al mío. Pero fue en la academia cuando me di por primera vez de bruces con los privilegios de clase y comprendí cómo se refuerza la estratificación de clase. Podría decirse que la experiencia me hizo aprender sobre la realidad de la clase mucho antes de que comenzara a estudiar la teoría marxista. Sin embargo, durante mucho tiempo separé mis convicciones políticas de mis intereses filosóficos porque tenía miedo de que fusionarlos prematuramente comprometiera mi integridad como filósofo. Descubrir la obra de Alain Badiou fue un punto de inflexión: un pensador comunista que era a su vez un filósofo de primera categoría. Me costó muchos años construir el mapa mental que me permitió ver el lugar de la obra de Marx en el escenario filosófico posterior a Kant. Ahora veo a Marx como el pensador poshegeliano más importante.

Con respecto a tu segunda pregunta, quería dejar Reino Unido porque lo encontraba cada vez más asfixiante tanto personal como políticamente. No tenía pensado mudarme a

Oriente Medio: envié muchas solicitudes, pero solo recibí respuesta de la Universidad Americana de Beirut. Emigré al Líbano sabiendo poco del país más allá de lo que uno podía saber leyendo o escuchando las noticias. Pero me sentí inmediatamente en casa, mucho más de lo que me había sentido nunca en Reino Unido. Ahora bien, aquí todavía soy un extranjero y no querría aparentar que conozco profundamente la realidad del Líbano. Pero vivir aquí me ha enseñado cómo se ve Europa y EE. UU. desde fuera, especialmente desde la perspectiva de las víctimas. Eso lo cambió todo.

Se te identificó como uno de los autores clave de la corriente que fue bautizada como «realismo especulativo». No obstante, fuiste muy crítico con la etiqueta y la mayoría de las posiciones que encerraba desde el inicio, y también fuiste cambiando tus propias posturas. En algún momento posterior a 2010 diste una especie de «giro marxista». ¿Podrías hablarnos sobre esto?

El «realismo especulativo» fue una comedia de errores. Los problemas en torno a los cuales surgió inicialmente eran reales e importantes, pero su subsecuente bautismo y conversión en marca-movimiento lo convirtieron rápidamente en una broma pesada. En parte fue fallo mío: no fui capaz de darme cuenta de cómo una serie de provocaciones de pequeña escala sobre el realismo y el idealismo podrían convertirse en un espectáculo en redes sociales. Así que culpo a mi estupidez tanto como al oportunismo de otros. Mi interés por Marx, por otro lado, venía de lejos, pero como he explicado antes me llevó años poder comprender realmente su obra. Mi amigo Alberto Toscano siempre estaba tratando de dirigirme hacia Marx, pero su obra me intimidaba (los tres volúmenes de *El Capital* me miraban desde la estantería como un atemo-

rizante monolito). También fui siempre muy suspicaz hacia las posiciones políticas de la Teoría Crítica institucionalizada —susplicacia posteriormente más que confirmada por su silencio sobre el genocidio de Gaza—: la hostilidad hacia Badiou, a quien yo admiraba profundamente, era ubicua entre sus acólitos. Pero empecé a leer en profundidad a Adorno y a Marx y quedé asombrado de lo mucho que me había perdido. Y me lo había perdido por culpa de un longevo prejuicio hacia el pensamiento dialéctico inculcado por el posestructuralismo francés, de cuya influencia me llevó años liberarme completamente. Así, fue la reevaluación de mi anterior actitud despectiva hacia Hegel lo que me abrió las puertas a Marx. Creo que Marx es el crítico más profundo de Hegel, aunque la auténtica sustancia de su crítica no se encuentra en sus afirmaciones directas sobre corazas místicas y núcleos racionales.

¿Cuál crees que es el punto central de la crítica de Marx a Hegel?

Se han escrito montones de libros y artículos sobre este tema, así que cualquier respuesta será controvertida. Pero diría que la crítica de Marx se reduce a dos afirmaciones interrelacionadas. En primer lugar, que las prácticas, instituciones y actividades a través de las cuales se realiza el Espíritu frustran su libertad de maneras que le resultan opacas; ello hace que no siempre sea capaz de comprender de forma reflexiva cómo una institución —familia, Estado...— no satisface la demanda de libertad del Espíritu. Esto se debe a que estas instituciones ratifican una división entre la vida privada y la pública, o entre la familia y la sociedad civil, cuya base reside en la dominación. No toda dominación —o injusticia— puede deshacerse mediante el reconocimiento o la comprensión. En segundo lugar, que la superación especulativa de Hegel de las divisiones

y antinomias de la modernidad —público/privado, individual/colectividad, receptividad/espontaneidad, actividad/pasividad, etc.—, divisiones que son a la vez epistemológicas y sociohistóricas, fracasa precisamente por esta razón: su sublimación en y a través de la Idea deja un resto no superado de dominación o falta de libertad en la existencia social. Las instituciones de la sociedad burguesa son congénitamente incapaces de realizar la libertad del Espíritu, «congénitamente» porque dependen de la relación capitalista que perpetúa la antigua división de la humanidad en dominadores y dominados, que el Espíritu debería superar. En este sentido, la crítica de Marx sería que la filosofía de Hegel no logra lo que pretende lograr. Esta lectura hace a Marx más «hegeliano» de lo que a muchos marxistas les gustaría, pero creo que ayuda a dar sentido a una parte que, de otro modo, resultaría desconcertante.

Podría decirse que si tu carrera tiene un hilo conductor, es el de defender la razón contra diferentes formas de irracionalismo. ¿Cómo ves esto a día de hoy?

Esto nació simplemente como una aversión temperamental hacia la mistificación y el *pathos* de lo inefable que tan presentes están en la filosofía posheideggeriana. Esto es también lo que me empujó en primer lugar hacia la filosofía angloamericana, representada por figuras como Quine, Dennett, Churchland o Sellars. También es el motivo por el cual aprecié desde el principio a Badiou, cuyas polémicas contra el *pathos* de la finitud resultaban inspiradoras. Mi primer libro, *Nihil desencadenado*, fue concebido como una confrontación entre dos versiones enfrentadas de la Ilustración: la versión idealista alemana que defendía la autonomía de la razón y la

versión empirista anglosajona que exponía su heteronomía.¹ Intenté utilizar la obra de filósofos franceses como Badiou, Meillassoux y Laruelle como una suerte de alternativa a lo que entonces veía como las debilidades de ambas, proponiendo una concepción de la razón que era especulativa sin ser dialéctica y realista sin ser empirista. Pero rápidamente me di cuenta de que esto no iba a funcionar, y darme cuenta de ello me llevó a reevaluar la concepción idealista de la razón desarrollada en primer lugar por Kant y Hegel y posteriormente transformada por Marx. Fue leer a Sellars lo que me hizo entender finalmente por qué la razón es inherentemente social y por qué la concepción hegeliana de la socialidad de la razón destruye el racionalismo metafísico (o dogmático). Pero la crítica marxista de Hegel muestra cómo la deformación de la socialidad a manos del capital también deforma la razón. El capital como «religión cotidiana» es la mistificación por excelencia. En este sentido, la superación del capital es la condición para la realización de la razón.

El BICAR,² en el que participas, fue una de las pocas instituciones académicas que ya poco después del 7 de Octubre puso sobre la mesa una posición inequívocamente antimperialista, denunciando el genocidio en marcha y defendiendo el derecho de los palestinos a la resistencia armada... Por desgracia, aunque no inesperadamente, la mayoría de académicos han ido en otra dirección. ¿Cómo evalúas las reacciones académicas al genocidio en Gaza —incluyendo la amplia reticencia a llamarlo genocidio—?

1. BRASSIER, R. (2017), *Nihil desencadenado*, Ediciones Materia Oscura.

2. Acrónimo de «Beirut Institute for Critical Analysis and Research».

El genocidio y la renuncia de una gran mayoría de académicos a denunciarlo han expuesto lo que, en mi opinión, ya sabíamos desde hace tiempo: que los académicos actuales son o bien funcionarios estatales o bien empleados corporativos, y que están más que dispuestos a servir los intereses del Estado y el capital. Esto implica habitualmente proveer de justificaciones sofisticadas a los elementos esenciales del orden mundial neoliberal. El genocidio en Gaza ha hecho que esto pueda verse con toda claridad. Así, la ampliamente difundida carta de «Filósofos por Palestina», que denunciaba la política genocida de Israel e invitaba a los filósofos a expresar solidaridad con Palestina, consiguió reunir 408 firmas. Y sin embargo, la principal asociación de filósofos académicos, la Asociación Americana de Filosofía, tenía unos 5000 miembros en 2024, y se estima que hay unos 10.000 filósofos académicos profesionales en EE. UU. Esto implica que el porcentaje de filósofos profesionales dispuesto a denunciar públicamente este genocidio se mueve entre el 4 y el 8%. Es una estadística desoladora. La situación en países como Alemania es probablemente peor, con reputados filósofos pergeñando repugnantes justificaciones para el genocidio. Este es un indicio de la completa bancarrota moral y política de la filosofía académica. No sé cuál es la situación en otras disciplinas, pero sospecho que es similar. En cualquier caso, revela cuál es la función real de la Universidad: justificar y racionalizar cualquier cosa que la clase dominante considere oportuna.

Pronto hablaremos sobre la situación actual en el Líbano. Sin embargo, antes de pasar a eso, queríamos preguntarte sobre la situación de la izquierda en el país en los últimos años. Hemos oído

que tus compañeros y tú habéis conseguido, en medio de una situación general de crisis, convertir el BICAR en un pequeño baluarte del pensamiento emancipatorio.

La guerra civil destruyó a la izquierda socialista y comunista en el Líbano. Fueron atacados por los cristianos fascistas por un lado y por los militantes islamistas por otro. Los marxistas libaneses más prominentes, incluido Mehdi Amel, fueron asesinados durante la guerra. La reconstrucción de posguerra enfrentó a los defensores del capitalismo neoliberal, apoyados por EE. UU. y Arabia Saudí, contra la resistencia islámica apoyada por Irán y Siria, y este bloqueo continuó hasta la reciente ofensiva israelí que ha infligido importantes daños a la resistencia e inclinado la balanza de fuerzas hacia el eje yanki-saudí. Existe un Partido Comunista Libanés —fundado en 1924— cuya cifra de militantes ha aumentado levemente desde la crisis económica de 2019, pero no tiene una influencia política significativa, especialmente si lo comparamos con su punto álgido en los 70 (consiguió el 1,07% del voto en las elecciones de 2022). El fuerte empobrecimiento del 80% de la población tras el colapso económico de 2019 ha extendido una amplia repulsión hacia la absoluta corrupción de la oligarquía dominante, pero el aplastamiento de la revuelta popular contra el Estado en 2020 ha generado una sensación de desesperanza política. La élite gobernante azuza constantemente las tensiones sectarias que dividen a la población, evitando que se una contra ella. La gente joven cada vez es más consciente de esto, pero se sienten impotentes: la emergente nueva burguesía tecnocrática —prevalente en instituciones como la Universidad Americana de Beirut, que es el segundo empleador del país solo por detrás del Estado— es tan hostil a la izquierda radical como lo eran los fascistas e islamistas durante la gue-

rra. En este contexto, me temo que la influencia política del BICAR es mínima. Es una institución minúscula sin recursos financieros. Fue creada en 2015 como espacio para desarrollar el tipo de pedagogía radical y crítica que está siendo deliberadamente erradicada de las universidades. Hemos organizado clases, seminarios, talleres y escuelas de verano, algunas de las cuales han logrado reunir a un buen número de gente. Pero me temo que esto no se traduce en ningún tipo de praxis política concreta, aunque aspiramos a que acabe por hacerlo. Por el momento, nuestro objetivo es proveer a estudiantes políticamente inquietos, activistas y militantes con algunos de los recursos teóricos que podrían resultarles útiles, aunque lo cierto es que nuestro éxito en esta tarea ha sido limitado. Aun así, queremos seguir perseverando en esta tarea porque es cada vez más evidente que el pensamiento y la política radicales están siendo expulsados de las universidades.

¿Cómo evalúas el estado actual de la teoría marxista? Se ha convertido en un lugar común afirmar que el marxismo ha experimentado un retorno tras la crisis de 2008. No obstante, parece que este resurgir todavía no ha logrado establecer un vínculo convincente entre la teoría y la práctica. Por ejemplo, eres crítico con algunas propuestas de ultraizquierda surgidas de grupos como Théorie Communiste y Endnotes.³ ¿Está aún por descubrir la forma de la política revolucionaria marxista del siglo XXI?

Si lo comparamos con el abatimiento de los 80 y los 90, la reactivación del interés por el marxismo como fuerza política y teórica es tan notable como significativa. Hubo un esfuerzo consciente por desacreditar al marxismo teórica y políti-

3. Véase BRASSIER, R. (2014), «Wandering Abstraction», *Mute Magazine*; y «La política de la brecha: sobre Théorie Communiste» (2023), *Abwerten*.

camente, tanto fuera como dentro de la academia, que resultó más que exitoso. Duró básicamente desde los 70 hasta los 2000. Su punto álgido fue probablemente en los 90, cuando los izquierdistas académicos estaban más cómodos llamándose posmarxistas que marxistas. Sin embargo, es cierto que el creciente interés en la teoría marxista todavía está por ver si da lugar a una praxis política significativa. Con todo, ello se debe a factores sociales objetivos, no a la falta de espíritu por parte de los teóricos. Y en este punto creo que los análisis de grupos como *Théorie Communiste* son muy valiosos, especialmente su insistencia en que hay una desconexión creciente entre la reproducción del capital y la reproducción del proletariado. Este análisis es controvertido, pero existe abundante evidencia empírica que lo apoya, incluso aunque el fenómeno no sea tan ubicuo como TC y otros afirman, y pese a que las conclusiones políticas que extraigan de él sean dudosas. Pero explica por qué las políticas crecientemente ofensivas de la clase capitalista en el Norte Global no han recibido el tipo de respuesta organizada que uno esperaría de la clase obrera, una vez se tiene en cuenta cuánto peores son sus condiciones hoy que hace 20 o 30 años. Obviamente, su abandono por parte de la «izquierda» electoral oficial y el surgimiento del populismo neofascista tienen mucho que ver con esto. También existe una falta de atención a las dinámicas de clase en el Sur Global y su dimensión colonial, que no es solo esencial para la lucha de clases en Oriente Medio, África, América Latina y Asia, sino también indispensable para entender la racialización de las poblaciones que catapulta al fascismo.

También has sido muy crítico con la teoría del antisemitismo de Moishe Postone, tan del gusto de los «antialemanes» y otros promotores de la falacia según la cual el antisionismo es antisemitismo.

Existe una discrepancia asombrosa entre la profundidad y rigor de los análisis de Postone en *Tiempo, trabajo y dominación social* y el burdo razonamiento analógico que sostiene su teoría del antisemitismo. Básicamente, Postone distingue el antisemitismo del racismo ordinario porque el primero inviste al judío de un poder e influencia corruptora que no se atribuye a otras razas. Así que el judío sería para los antisemitas una personificación del capital financiero «abstracto» en contraposición al capital industrial, presentándose este último como sanamente productivo y el primero como un contaminante patológico que mina la vitalidad de la raza aria. Es mediante la personificación de este poder financiero abstracto que el judío manipula razas «inferiores» en su plan para destruir la civilización aria. Este esquema es superficialmente atractivo, pero también completamente metafórico, y fracasa a la hora de explicar los mecanismos a través de los cuales el judío acaba siendo seleccionado como encarnación privilegiada de la abstracción a la vez que ignora las muy concretas y tradicionalmente racistas difamaciones del judío como sucio, perverso, lascivo, conspirativo, deshonesto... Cuando esta analogía tosca es utilizada para ratificar la afirmación sionista según la cual la existencia de Israel es la negación necesaria del intento nazi de negar lo judío, las consecuencias políticas son catastróficas. El absoluto desprecio de Postone por las horribles consecuencias que el Estado israelí impone a los palestinos para sostener esta «negación de la negación» es tan chocante como en última instancia racista. Esto ya sería por sí mismo motivo para la consternación, pero se vuelve abiertamente repelente cuando anima activamente a algunos izquierdistas alemanes a convertirse en jaleadores del genocidio.

Entiendo. Volviendo a una cuestión anterior: ¿y si la marxología contemporánea es insuficientemente rigurosa a la hora de abordar la historia política del marxismo? La crítica del «programatismo» por parte de TC, Endnotes etc., siempre me ha parecido tan unilateral como debilitante. La apariencia de novedad puede ser un disfraz para la repetición de viejos errores, y la crítica del programatismo tiende a conducir a formas escasamente novedosas de bakuninismo. Personalmente, no veo ninguna razón convincente por la cual el proyecto de construir partidos de masas con un programa revolucionario pudiera estar realmente obsoleto (de hecho, es interesante cómo hay grupos provenientes de este tipo de críticas ultraizquierdistas del «programatismo» que han pasado a defender la necesidad de lo anterior).⁴ Siempre me ha parecido que tus críticas a Endnotes y similares conducen lógicamente a una reivindicación de la política marxista clásica. ¿Qué opinas de esto?

Estoy de acuerdo en que desestimar cien años de teoría y práctica marxistas como «programatismo» o lo que Postone menosprecia como «marxismo tradicional» es demasiado simplista y hasta frívolo. Lo digo también porque soy muy consciente de cuán poco sé de la historia del marxismo revolucionario. Es una historia extensa y multifacética, no fácilmente reducible a esquemas simples. También creo que existe una tendencia en la izquierda a aceptar el chantaje liberal que condena todo intento de construir un Estado socialista como si llevara directamente a una tiranía estalinista. A veces me sorprendo de la facilidad con la que los ultraizquierdistas aceptan la afirmación liberal según la cual el leninismo conduce directamente al estalinismo. Pero las críticas marxistas al estalinismo se retrotraen a los años 30 y son mucho más detalladas y penetrantes que las críticas liberales. El colapso

4. Véase «¿Qué hacer en tiempos de debilidad?» (2023), *Contracultura*.

del «socialismo real» ha transformado decisivamente las condiciones de la lucha revolucionaria en el Norte y Sur Global. Y considero también que es imperativo renovar el vínculo entre la lucha de clases y la lucha anticolonial, que es esencial aquí en Oriente Medio y en todo el cono sur, y que parece haber sido olvidada tanto por los marxistas ortodoxos eurocéntricos como por los ultraizquierdistas.

Volviendo a tu trabajo: ¿cómo describirías la aportación a la teoría marxista que estás intentando hacer?

He escrito un libro que trata de dilucidar las implicaciones filosóficas de la obra de Marx, que creo que han sido sistemáticamente menospreciadas por la mayoría de los filósofos (no todos, obviamente, y dialogo con aquellos que creo que no lo han hecho).⁵ Así que diría que estoy tratando de convencer a los filósofos de la profundidad filosófica de Marx —no para relegitimar la independencia de la filosofía, sino precisamente para explicar por qué esta no puede separarse de la lucha de clases—. Pero no sé si lo que digo es original y me temo que su utilidad política será prácticamente nula.

Para ir cerrando, deberíamos volver a la situación actual en el Líbano y Palestina. ¿Cómo ves las perspectivas de futuro? ¿Qué papel juega la causa palestina en el antimperialismo contemporáneo?

Las perspectivas en el Líbano son extremadamente sombrías hoy por hoy: todo parece preparado para su conversión en otro dócil Estado-cliente de los EE. UU. La «timocracia» gobernante, responsable de todos los males del país, todavía

5. El libro, titulado *Fatelessness* y dedicado a la resistencia palestina, será publicado en cuanto Ray encuentre un editor dispuesto a aceptar esta dedicatoria.

está firmemente asentada en el poder a pesar de cinco años de catástrofes: colapso económico, pandemia, desastre civil y ahora la guerra. El último cambio de poder respaldado por Estados Unidos no ha hecho sino consolidar su control sobre el país. La resistencia continuará, pero ha sido severamente debilitada. Por su parte, Palestina es absolutamente central para toda política antimperialista en el presente y el futuro predecible. Lo que está sucediendo allí prefigura el futuro de la humanidad: una población sobrante encarcelada, asediada, sometida a un control policial total, y ahora sistemáticamente exterminada utilizando las más sofisticadas tecnologías, provistas por EE. UU. y Europa. Está claro que el Norte Global ve Palestina como un test para escenarios futuros en los que poblaciones enteras que huyan de los efectos catastróficos del cambio climático traten de entrar a Europa y EE. UU., algo que están decididos a detener a toda costa. Así que el futuro de Palestina es el futuro de la humanidad. Cualquier política anticapitalista coherente debe ser antimperialista: la lucha contra el capitalismo es la lucha contra el imperialismo genocida.

Autores como Ilan Pappé han sostenido que bajo la terrorífica ofensiva asesina de Israel se esconde una debilidad sin precedentes. Su legitimidad está en mínimos históricos. Las poblaciones árabes vecinas no olvidarán lo que ha sucedido. Su economía muestra profundas grietas. Personalmente, diría que su análisis es muy unilateral, pero querría preguntarte: ¿Hay motivos para la esperanza? ¿Podríamos estar ante una monstruosa huida hacia adelante, el último paso antes del colapso de Israel? Como digo, creo que, a pesar de las innegables flaquezas de Israel, su papel crucial dentro del proyecto imperial americano hace que este escenario resulte más que dudoso, al menos en el corto plazo. Pero me gustaría conocer tu opinión.

Es difícil tener esperanzas a día de hoy, sabiendo que Trump está preparado para dejar a los israelíes completar el genocidio en Gaza y anexarse Cisjordania. La valentía de los palestinos es extraordinaria, pero parece que con Hezbollah mutilado, Siria neutralizada e Irán amedrentado, están más aislados y desamparados que nunca. Solo los hutíes de Yemen siguen en pie a su lado. Pero su solidaridad no bastará para prevenir nuevas atrocidades. Aunque el racismo genocida de Israel es hoy patente para casi todo el mundo, aquellos dispuestos a pararlo carecen del poder económico y militar para hacerlo, mientras que quienes concentran ese poder carecen de la voluntad de frenarlo. Esto implica que los horrores de los que hemos sido testigos en los últimos 15 meses podrían ser solo el principio. EE. UU. no dejará de armar y proteger a Israel, con independencia de la repugnancia e indignación que ello suscite. Israel les representa. El fin de Israel está ligado al fin de EE. UU.; no derrotaremos al primero hasta que derrotemos al segundo.

Adorno dijo famosamente que no podía haber poesía después de Auschwitz. Habría que pensar qué sucede con la filosofía. ¿Cuál podría ser el rol de la filosofía en medio de un genocidio?

Lllamarlo por su nombre. La filosofía no puede prevenir el genocidio, pero puede destruir las coartadas, excusas y racionalizaciones que lo hacen posible.